



Boletín Oficial del Instituto Nacional
de Antropología e Historia



AN
TRO
POLO
GÍA



NUEVA ÉPOCA
JULIO-SEPTIEMBRE DE 1999

HISTORIA

Tomás Pérez Vejo
La Conquista de México en la pintura
española y mexicana del siglo XIX:
¿dos visiones contrapuestas?

ANTROPOLOGÍA

Marcelo Abramo Lauff
La burla y el deseo.
Los carnavales y sus funciones

*Íñigo Aguilar Medina y María
Sara Molinari*
Entre dos indios. Nacionalismo
e identidad en el cine

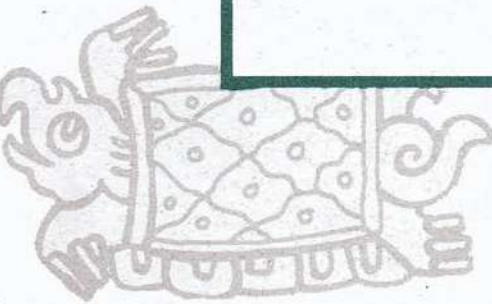
Martha Hernández Cáliz
Microcurtidurías domiciliarias
en León, Guanajuato

Faustino Hernández Pérez
Las enfermedades crónicas y el
reumatismo en el norte de México

Zaid Lagunas Rodríguez
La diversidad humana
y las relaciones interétnicas

NOTAS

Araceli Rivera Estrada,
José A. Garza Leal
y José Garza Garza
Ignacio Guzmán Betancourt
Sergio Tamayo Flores



ESC. NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HIST
BIBLIOTECA
PUBLICACIONES PERIODICAS

55

ISSN 0188-462-X



COLABORADORES

José Íñigo Aguilar Medina
Solange Alberro
Beatriz Braniff
Jürgen K. Brüggemann
Fernando Cámara Barbachano
María Gracia Castillo Ramírez
Beatriz Cervantes
Eduardo Corona Sánchez
Jaime Cortés
Fernando Cortés de Brasdefer
Roberto Escalante
Marisela Gallegos Deveze
Roberto García Moll
Carlos García Mora
Leticia González Arratia
Jorge René González M.
Eva Grosser Lerner
Ignacio Guzmán Betancourt
Paul Hersch Martínez
Irene Jiménez
Fernando López Aguilar
Gilberto López y Rivas
Rubén Manzanilla López
Alejandro Martínez Muriel

Eduardo Matos Moctezuma
Jesús Monjarás-Ruiz
J. Arturo Motta
Enrique Nalda
Margarita Nolasco
Eberto Novelo Maldonado
Julio César Olivé Negrete
Benjamín Pérez González
Gilberto Ramírez Acevedo
José Abel Ramos Soriano
Catalina Rodríguez Lazcano
Salvador Rueda Smithers
Antonio Saborit
Cristina Sánchez Bueno
Mari Carmen Serra Puche
Jorge Arturo Talavera González
Rafael Tena
Pablo Torres Soria
Julia Tuñón
Víctor Hugo Valencia Valera
Françoise Vatant
Samuel Villela
Marcus Winter

DIRECTORA GENERAL: **MARÍA TERESA FRANCO** ■ SECRETARIO TÉCNICO: **SERGIO RAÚL ARROYO**

SECRETARIO ADMINISTRATIVO: **JORGE CARLOS DÍAZ CUERVO** ■ COORDINADORA NACIONAL DE DIFUSIÓN: **ADRIANA KONZEVIK**

DIRECTOR DE PUBLICACIONES: **MARIO ACEVEDO** ■ EDICIÓN: **ÁNGEL MIQUEL, CELIA RODRÍGUEZ Y VERÓNICA TRINIDAD MARTÍNEZ**

DISEÑO DE PORTADA: **ÉRIKA MAGAÑA**

Correspondencia: Liverpool 123, 2o. piso, col. Juárez, 06600 México, D.F., tel. 5207 4592, fax 5207 4633.

Antropología es una publicación trimestral. Editor responsable: el titular de la Dirección de Publicaciones del INAH. Núms. de certificados de licitud, de título y de contenido en trámite. Núm. de reserva al título en derechos de autor en trámite. Impreso en los talleres gráficos del INAH, av. Tláhuac 3428, Culhuacán, 09840 México, D.F. Distribuido por la Coordinación Nacional de Control y Promoción de Bienes y Servicios del INAH, Frontera 53, San Ángel, 01000 México, D.F.

 HISTORIA

Tomás Pérez Vejo

La Conquista de México en la pintura
 española y mexicana del siglo XIX:
 ¿dos visiones contrapuestas?

2

 ANTROPOLOGÍA

Marcelo Abramo Lauff

La burla y el deseo
 Los carnavales y sus funciones

16

Íñigo Aguilar Medina y María Sara Molinari

Entre dos indios.
 Nacionalismo e identidad en el cine

21

Martha Hernández Cáliz

Microcurtidurías domiciliarias
 en León, Guanajuato

27

Faustino Hernández Pérez

Las enfermedades crónicas
 y el reumatismo en el norte de México

33

Zaid Lagunas Rodríguez

La diversidad humana y las relaciones interétnicas

40

 NOTAS

*Araceli Rivera Estrada, José A. Garza Leal
 y José Garza Garza*

Unidades bioculturales en el sur de Nuevo León

48

Ignacio Guzmán Betancourt

Ramón Arzápalo Marín y Yolanda Lastra (comps.)
*Vitalidad e influencia de las lenguas
 indígenas en Latinoamérica*

52

Sergio Tamayo Flores

Amparo Sevilla
*Flor de Asfalto.
 Las expresiones culturales del
 Movimiento Urbano Popular*

55



Tomás Pérez Vejo

La Conquista de México en la pintura española y mexicana del siglo XIX: ¿dos visiones contrapuestas?

El proceso de construcción-invencción de las naciones, de creación de comunidades imaginarias, tiene uno de sus elementos centrales en la apropiación de la historia, en la conversión del pasado de la comunidad en un relato coherente capaz de hacer de una nación concreta el sujeto único de identidad colectiva frente a otras naciones posibles, frente a otras comunidades imaginarias posibles. Como ya he expuesto en otras ocasiones¹ este proceso de apropiación de la historia aparece reflejado de forma especialmente nítida, tal vez más que en cualquier otra forma de expresión, en la pintura de historia oficial, un género pictórico cuyo nacimiento, auge y decadencia está indisolublemente unido al nacimiento y desarrollo de la nación como forma hegemónica de identidad colectiva.

Este proceso de apropiación de la historia, de plasmación del pasado en imágenes, no actúa de forma aleatoria sino que privilegia determinados momentos históricos, aquellos que se consideran determinantes en la formación de la nación, en detrimento de otros, aquellos que, por el contrario, se consideran marginales en la formación del espíritu de la nación. Lo que el discurso de la pintura de historia hace, posiblemente lo mismo que cualquier relato sobre los orígenes, es re-

construir el pasado desde el presente, recrear el pasado de la nación de forma que la comunidad nacional existente en ese momento aparezca como algo natural, al margen del tiempo y de la historia misma, como una realidad objetiva y no como el fruto del mismo discurso nacionalizador. No es necesario insistir en lo que de arbitrario, incluso de tautológico, tiene esta forma de razonamiento, pero la invención de las naciones se decide en el campo de lo emotivo y no en el de lo racional.

Tanto en el caso de la pintura de historia española como en el de la mexicana, aunque, como se intentará demostrar a continuación, por motivos y con intensidades diferentes, la Conquista de México ocupa un lugar significativo, lo que se correspondería con su importancia en el imaginario historicista de españoles y mexicanos. En ambos casos vendría a ser uno de esos episodios privilegiados en torno a los cuales se construye la idea de la existencia de la nación como realidad objetiva.

En la pintura de historia decimonónica mexicana los cuadros que ilustran episodios de la Conquista son claramente mayoritarios en relación con cualquier otro periodo histórico. Tras un primer momento, que abarca hasta la llegada de Maximiliano, en el que, por una serie de motivos que no vienen aquí al caso (pervivencia de una identidad colectiva de tipo religioso, hegemonía conservadora en la Academia de San Carlos, nazarenismo de Clavé, etcétera),² los cuadros sobre te-

¹ Véase en especial T. Pérez Vejo, "La pintura de historia y la invención de las naciones", en *Focus: Revista de historia*, vol. 5, núm. 1, Juiz de Fora, 1999, pp. 139-159. Para un análisis más teórico del carácter imaginario de toda construcción nacional, T. Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Ediciones Nobel, 1999.

² Para un análisis más pormenorizado de estos motivos véase T. Pérez Vejo, "Iconographie historiciste dans les expositions de l'Academia de

mas de historia mexicana son prácticamente inexistentes, y, por lo tanto, también los referidos a la Conquista, los cuadros sobre este periodo se mueven siempre por encima del 30 por ciento (véase el cuadro 1). Más de un tercio de las imágenes históricas que los mexicanos del siglo XIX ven en los cuadros, grabados y otras formas de ilustración gráfica, se refieren a unos pocos años de la primera mitad del siglo XVI; más de un tercio de la imagen que tienen de su pasado histórico corresponde a episodios de la Conquista. Esto significa, al margen de otras consideraciones, que la Conquista aparece claramente sobrevalorada en el imaginario historicista mexicano del siglo XIX.

<i>Periodo histórico</i>	<i>Conquista</i>
1850-1855	0.00
1856-1863	0.00
1864-1866	0.00
1867-1875	37.50
1876-1898	38.71
<i>Total</i>	34.88

Cuadro 1. Porcentaje de cuadros inspirados en episodios de la Conquista presentados en las Exposiciones Nacionales celebradas en el siglo XIX sobre el total de cuadros con tema de la historia de México.

El primer cuadro de la pintura académica decimonónica mexicana en presentar un episodio de la Conquista es *La noche triste*, llevado por Francisco P. de Mendoza a la Decimocuarta Exposición de la Escuela de Bellas Artes de México en el apartado de pinturas remitidas de fuera de la Academia.³

Representa la tremenda batalla conocida en la historia con el nombre de Noche Triste. No es fácil que el artista eligiera un episodio aislado de aquella terrible jornada: así es que prefirió representar todo en un

San Carlos de Mexique et son importance dans l'invention d'une identité nationale", en P. Ragon, A. Hémond y B. Tatard (eds.), *Usages, appropriations et transgressions de l'image au Mexique*, París, CEMCA-I' Harmattan (en prensa).

³ La presencia de los cuadros en las Exposiciones Nacionales aparece documentada en los *Catálogos* impresos con motivo de la celebración de cada una de ellas. Existe una edición moderna de todos los catálogos de las celebradas en el siglo XIX en M. Romero de Terreros (ed.), *Catálogo de las Exposiciones de la antigua Academia de San Carlos de México*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, 1963. Con el fin de no resultar reiterativo se omite en la referencia bibliográfica a cada uno de los *Catálogos* en los diferentes cuadros citados a continuación.

gran grupo y logró trasladar al lienzo la formidable escena que se han podido imaginar todos los que conocen la historia. Infinitas son las figuras del cuadro, y muchas de aquéllas son retratos verdaderos. Allí están Hernán Cortés, Alvarado, Sandoval, doña Marina, el señor de Ixtapalapa, Cacamatzin, los hijos de Moctezuma y otros personajes, fielmente reproducidos y caracterizados todos, así por sus trajes, por sus armaduras, por sus actitudes y fisonomías. Excusado es decir que la escena es de noche: la luz de un relámpago ilumina; una parte de ella está alumbrada por el rojizo resplandor de una antorcha, y a lo lejos se ven en un edificio de la ciudad las llamas de un incendio.⁴

Es éste un tema muy interesante desde la perspectiva de la construcción de la identidad nacional. Interesante sobre todo porque, como se verá más adelante, podría ser perfectamente un tema de la pintura de historia española: la misma predilección por los aspectos épicos de la Conquista, la misma ausencia de juicios morales sobre el hecho histórico, etcétera. No aparece todavía en este cuadro la que podríamos denominar la imagen "mexicana" de la Conquista hegemónica en años posteriores. Es como si las élites criollas, tal como ya he escrito en otra ocasión,⁵ ante el dilema de elegir entre una tradición colonial, contra la que habían construido su independencia, y una tradición indígena de la que se declaraban herederos pero que planteaba algunas dificultades de identificación para un grupo humano racial y racistamente blanco, hubiesen decidido optar por una cierta ambivalencia. Es la Conquista vista como un episodio bélico y todavía sin las implicaciones emotivas que va a tener posteriormente.

⁴ "Honor al genio mexicano", en *El Siglo XIX*, México, 21 de noviembre de 1869 (es la reproducción de un artículo de *La Iberia*). Estas largas y minuciosas descripciones de los asuntos de los cuadros, habituales en la prensa del siglo XIX, tienen un gran interés histórico ya que, al margen de ser una clara muestra de cómo era visto en la época este tipo de pintura (es obvio que el asunto, el qué, era considerado mucho más relevante que la técnica pictórica, el cómo), permitían que los hechos representados en los cuadros tuviesen una difusión mucho más amplia que la del público artístico. Prácticamente la totalidad de los lectores de prensa tenían un conocimiento de los temas representados en los cuadros llevados a las Exposiciones Nacionales. Por estos motivos, para la descripción de los cuadros voy a utilizar, en la medida de lo posible, la descripción que de los mismos hace la prensa de la época.

⁵ T. Pérez Vejo, "Iconographie historiciste dans les expositions de l'Academia de San Carlos de Mexique et son importance dans l'invention d'une identité nationale", *op. cit.*

Estas primeras obras acerca de la Conquista⁶ van a pasar inadvertidas. El primer cuadro relacionado con la Conquista, aunque de forma tangencial, que va a tener eco en la vida pública mexicana, es *El Senado de Tlaxcala* de Rodrigo Gutiérrez, pintado en 1875. Un lienzo que curiosamente no llegó a ser expuesto en ninguna de las Nacionales, pero sí fue adquirido por el Estado, lo que le da derecho a figurar con todos los honores dentro de la pintura oficial, y con gran éxito, cabría añadir (reproducciones en grabado,⁷ envío a las exposiciones universales de París y Chicago, etcétera). Es ésta una obra de significado ideológico complejo. Nacida de un encargo de Sánchez Solís con la finalidad expresa de formar parte de una galería de cuadros sobre hechos de la historia mexicana,⁸ representa la discusión entre los dos Xicoténcatl, padre e hijo, con Maxiscatzin a propósito de la propuesta de Cortés de una alianza militar entre el conquistador español y los caciques tlaxcaltecas para combatir a Tenochtitlan. En la versión decimonónica este hecho histórico (véase la novela *Xicoténcatl*, publicada en Filadelfia en 1826, por cierto una de las primeras novelas indigenistas de la literatura mexicana, si no la primera) tiene una lectura inmediata directamente relacionada con la reciente guerra contra los franceses: la colaboración con el enemigo (el héroe del cuadro es Xicoténcatl que se opone a la colaboración con Cortés en contra de la opinión de Maxiscatzin, quien, por motivos de rencillas personales, está dispuesto a traicionar a su patria) y la traición como causa de los males de la patria.⁹ Pero no es esta interpretación, muy obvia por otra parte, la que aquí nos interesa. Hay otro trasfondo ideológico que, des-

de la perspectiva de la construcción de la nación mexicana, resulta todavía más relevante. Tenemos aquí, por primera vez en la pintura oficial,¹⁰ la Conquista vista desde la perspectiva de los vencidos. Estamos ante una de las primeras plasmaciones pictóricas de esa idea tan cara a los liberales mexicanos del siglo XIX, la de que la nación mexicana es la de los indios derrotados y la Conquista sólo un desgraciado paréntesis en la historia de la nación. Pero hay más cosas. El mismo empleo del término *Senado* no es casual, remite a la idea de una tradición democrática propia. Lo que el cuadro nos está diciendo no es sólo que los indios son nuestros antepasados, sino que representan una tradición legítima y democrática frente al absolutismo de la Colonia: son nuestros antepasados y, además, son mejores que los conquistadores. Hasta las nuevas instituciones democráticas que el liberalismo triunfante estaba intentando arraigar en el país tenían sus orígenes en la época prehispánica y no en la herencia de la Colonia. En este sentido, el aire general de asamblea griega que, al margen de algunos detalles puntuales, emana del cuadro es todo menos casual. Por lo demás el que, en la interpretación de la época, el debate se plantee como una discusión entre los traidores a la nación y los héroes de la Independencia también tiene más implicaciones de las que parece. Socializados en un discurso nacionalizador que ha acabado identificando lo mexicano con lo azteca nos resulta difícil ver lo que esto tiene de construcción ideológica. ¿Por qué los tlaxcaltecas tenían más intereses en común con los habitantes de Tenochtitlan que con los guerreros de Cortés? ¿Por qué eran traidores apoyando al uno y no a los otros? Estamos aquí ante uno de los mayores éxitos del proceso nacionalizador mexicano. Ante la negativa a asumir que el Estado mexicano es en realidad el heredero del Virreinato, la opción es hacer que todo el México prehispánico sea azteca. Sin esto no hay nación mexicana posible. La Conquista debe aparecer como el choque frontal entre una nación mexicana, intemporal y eterna, y unos invasores que representan lo ajeno y lo extraño al ser nacional, y para esto es necesario que todos los pueblos prehispánicos, de lo que posteriormente será México, fuesen ya mexicanos, pudiesen ya ser juzgados en función de los intereses de la nación mexicana.

¹⁰ En el campo de las ideas políticas el fenómeno es muy anterior.

⁶ Al anterior habría que añadir la *Visita de Cortés al Templo Mayor* de Casarín, Nacional de 1873.

⁷ En 1892 el editor Rafael B. Ortega, a través de la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, hace una petición para que se le permitiera sacar copia de esta pintura para reproducirla y popularizarla (*Archivo de la Antigua Academia de San Carlos*, documento núm. 8183).

⁸ "Ha hecho pintar en grandes cuadros los más notables episodios de la historia antigua. Algunos de ellos ya están terminados, como el *Descubrimiento del pulque*, que tanta fama ha dado a su autor, José Obregón, y otros se hallan cerca de su término, como *La prisión de Cuauhtemotzin* que pinta el señor Rebull, y la deliberación del senado tlaxcalteca después de la embajada de Cortés, que ejecuta el señor Gutiérrez" (Pilades, "Boletín, reunión artística, museo de antigüedades. Breve mirada sobre ellas", en *Revista Universal*, México, 17 de junio de 1875).

⁹ Para un estudio reciente del contexto ideológico en que fue pintado este cuadro, véase A. Sánchez Arteché, "Vida secreta de dos cuadros: *El descubrimiento del pulque* y *El Senado de Tlaxcala*", en *Memoria* núm. 7, México, 1998, pp. 7-29.



El Senado de Tlaxcala, de Rodrigo Gutiérrez, 1875.

Tras *El Senado de Tlaxcala*, los cuadros acerca de la Conquista se hacen cada vez más frecuentes y, también, cada vez con una imagen más negativa. Si el Estado-nación mexicano —y me refiero, claro está, al plano ideológico— es el heredero de los derrotados y no de los conquistadores, si la Conquista es sólo un desgraciado episodio en el devenir histórico de México al que la Independencia había puesto felizmente final, la Conquista debía de ser vista, representada, bajo sus aspectos más crueles y sanguinarios. Era necesario que perdiese su carácter épico y apareciese a la luz de la historia, no como algo lejano, ocurrido en un pasado remoto, sino como algo todavía vivo, dolorosamente presente y, por lo tanto, susceptible de un juicio moral.

Félix Parra lleva a la Exposición de 1875 *Fray Bartolomé de las Casas*. Un episodio de la Conquista sobre cuyo exacto significado no hay nada mejor que la reproducción que de la descripción del cuadro hace unos pocos años más tarde Altamirano en el *Primer Almanaque Histórico Artístico y Monumental de la República Mexicana*:

representa al nobilísimo defensor de los indios, al sublime fraile humanitario que consagró su vida a defender a los vencidos contra la bárbara crueldad de los vencedores. El P. Las Casas entra en un teocali y se presenta a su vista un espectáculo pavoroso y desgarrador. Al pie del ara en que se levanta todavía el ídolo azteca y que permanece adornada con la cadena de

flores que acababa de depositar allí la mano del infeliz e ignorante adorador indio, yace el cadáver de éste, traspasado por las espadas españolas. Los matadores que no aparecen en el cuadro, se ven sin embargo; parece que se alejan, y la imaginación, por débil que sea, se representa sin embargo las crueles figuras de aquellos fanáticos cuyas férreas pisadas parecen escucharse alejándose del templo. Una infeliz india, aterrada, desesperada, loca de dolor, se abraza a los pies del apóstol como demandando protección, y éste teniendo en las manos la cruz, la cruz del verdadero evangelio, símbolo de la bondad y del perdón, levanta los ojos al cielo, con una indignación sublime como una queja inmensa, como en una apelación suprema al Dios contra la barbarie de los que creen servirle asesinando a los ignorantes.

Todo en este cuadro está concebido con grandiosidad, con profundo conocimiento de la naturaleza humana, y con igual conocimiento de aquella oscura época de la conquista, del carácter del P. Las Casas y del respeto y amor que le profesaban los indios, aún persistiendo en la idolatría.

Cuando un pintor histórico quiera producir una obra en que la crítica nada encuentre que decir desfavorable, debe poseer su asunto como Parra, uniendo la belleza del arte a la verdad de los hechos y de los caracteres. En este lienzo todo es verdad y todo es bello. No hay en él más que tres personajes, un altar, un ídolo, algunas flores, un trozo de la arquitectura azteca; los asesinos ni aún se ven, y sin embargo se conoce en él toda una época, encierra una noción histórica más elocuente que cien libros, y da a conocer el carácter de los hombres del tiempo de la conquista, mejor que podrían hacerlo las páginas de los cronistas. El ánimo al contemplar esta obra del inspirado pintor de México se siente sobrecogido de una impresión trágica indecible, y nadie puede sustraerse a ella.¹¹

Pocos comentarios caben hacer a esta larga cita. Están aquí presentes todos los elementos de lo que va a ser la visión canónica de la Conquista en el imaginario historicista mexicano posterior: la crueldad, el horror, el carácter positivo de la intervención de la iglesia... y, desde la perspectiva de este artículo, la importancia de la pintura de historia como la mejor forma de entender y recrear el espíritu de una época: "encierra una noción histórica más elocuente que cien libros".

¹¹ Ignacio M. Altamirano, "Revista artística y monumental", en M. Caballero, *Primer Almanaque Histórico Artístico y Monumental de la República Mexicana*, El Noticioso, México, 1883, pp. 97-98.

El discurso puesto a punto por Parra en su *Fray Bartolomé de las Casas* va a ser el repetido por la pintura de historia mexicana prácticamente hasta fin de siglo. Cabría incluso afirmar que hasta mucho más tarde: esta misma historia piadosa es parte del argumento de las pinturas de Rivera en los muros del Palacio Nacional. Y es que, dejando de un lado las obvias diferencias estilísticas, el muralismo mexicano es en gran parte, desde una perspectiva ideológica, el continuador natural de la pintura de historia decimonónica: el mismo carácter propagandístico, el mismo carácter de pintura oficial, etcétera.

El propio Parra expone con gran éxito en la Nacional de 1877 (primer premio y compra por el Estado y envío a la Exposición Universal de Nueva Orleans) *La matanza de Cholula*, descrito así por un contemporáneo,

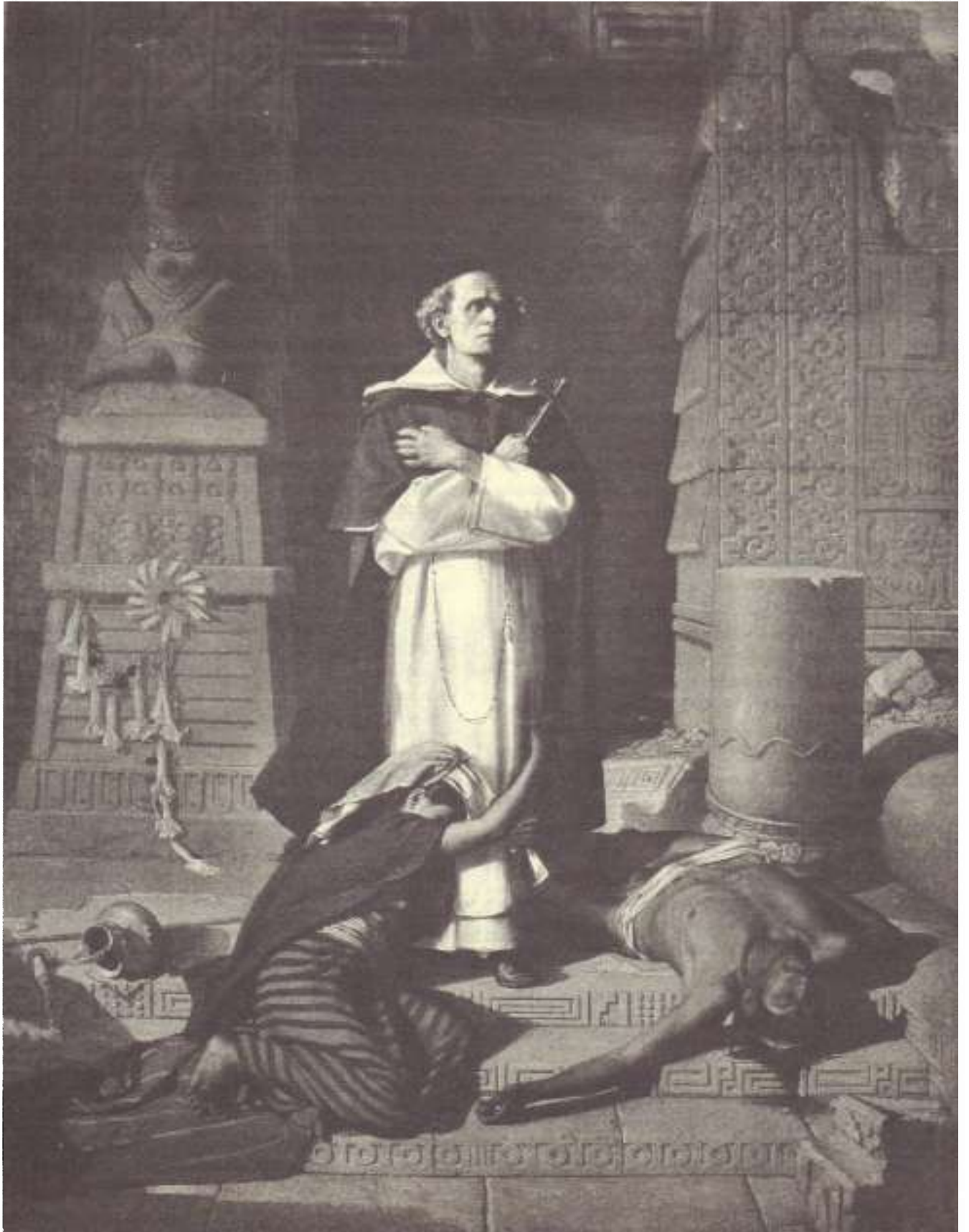
representa un episodio de aquella feroz carnicería llevada a cabo traidoramente por Cortés, a causa de la denuncia hecha por la fatal doña Marina, su barragana y su espía.

Dos soldados españoles que llevan armadura completa, altos, pálidos, de catadura feroz y cruelísima, acaban de asesinar en el atrio de un templo o en el patio de un palacio a hombres, mujeres y niños, cuyos cadáveres yacen ensangrentados acá y acullá; los han despojado de ricas alhajas de oro que examinan con mirada codiciosa, teniendo aún en la mano y tinta en sangre la espada asesina. Una india joven, aterrada hasta el estupor, hasta el tedio, se ve en primer término, inclinada sobre un bastón y arrodillada, como bajo el peso de aquella catástrofe tremenda. [...] Y luego, en segundo término los muros de un vasto edificio, las estatuas aztecas, las calles, escombros, algo en que se adivina la destrucción y la matanza; el cielo sereno pero triste, los cuervos acudiendo al olor de los muertos, las siluetas de otros soldados españoles que se alejan; en fin, corre en la escena un aire de exterminio que se siente en todo, que cubre como un velo lúgubre y trágico las piedras, los cadáveres, el semblante verdoso y ceñudo de los españoles, y sobre todo, el estoico y desesperado de la joven india.¹²

Esta imagen negativa y sanguinaria de la Conquista tiene su culminación en el *El suplicio de Cuauhtémoc*, expuesto por Izaguirre en la Nacional de 1898. Su éxi-

¹² *Ibid.*, pp. 97-98.

HISTORIA



Félix Parra, *Fray Bartolomé de la Casas*, 1875.

to fue apoteósico, adquirido inmediatamente por el Estado en tres mil pesos, la cifra más alta que nunca se había pagado por una pintura en México,¹³ fue copiado por otros pintores, reproducido en grabado por las revistas ilustradas, enviado a las exposiciones internacionales de Filadelfia y Chicago, entre otras. Pero, sobre todo, este cuadro consiguió eso a lo que toda pintura de historia aspiraba: convertirse en la imagen arquetípica en la que una comunidad se reconoce y se identifica, en la imagen del hecho histórico mismo. A partir del cuadro de Izaguirre todo mexicano, socializado por el Estado para ser mexicano, verá ya la Conquista de la misma forma: la crueldad de unos conquistadores llegados de fuera enfrentada a la nobleza de un príncipe azteca, cruelmente torturado, pero que será vengado 300 años más tarde con el grito de Dolores. Es el triunfo definitivo del indigenismo en los últimos años del siglo XIX como corriente ideológica en la construcción nacional mexicana. Como ocurre con la mayoría, si no con todos, de los cuadros de historia que llegaron a convertirse en emblemáticos, el acierto de Izaguirre fue conseguir una perfecta equivalencia simbólica entre el hecho histórico concreto representado y la historia de la nación, entre la escena que aparece en el cuadro y la nación como personaje histórico: no es Cuauhtémoc quien está siendo torturado por Cortés y sus compañeros, es la nación mexicana la que sufre estoicamente la crueldad de unos conquistadores que han podido vencerla pero no someterla; no es un hecho histórico aislado el que se representa, es un capítulo más del drama moral de la nación mexicana personalizada en Cuauhtémoc que el espectador tiene ante sus ojos. Resulta significativo a este respecto el aire de intemporalidad que emana del cuadro de Izaguirre, más parece que estamos asistiendo a la representación de un sacrificio ritual que a la plasmación de un hecho histórico. Recuerda más al sacrificio de un mártir cristiano que a la muerte de un héroe laico. Y esto no debe ser casual, al fin y al cabo el cristianismo, con su cohorte de santos y mártires dispuestos a dejarse matar por su fe, es una buena escuela de socialización nacionalista. No hay demasiadas diferencias entre el martirio de San Lorenzo y el de Cuauhtémoc, salvo el ancho de la pa-rrilla.

Junto a esta visión sigue conviviendo otra más tradicional, centrada en episodios bélicos o anecdóticos,

¹³ *Archivo de la Antigua Academia de San Carlos*, documento núm. 9269.

menos negativa, en la que la Conquista es vista de forma más neutra, cuando no incluso favorable. Resulta sin embargo llamativo que, a pesar de que cuantitativamente parece ser mayoritaria, su influencia en la construcción de un imaginario nacional fue mucho menor. Ninguno de estos cuadros tuvo, ni siquiera de lejos, una presencia pública equiparable a los de Parra e Izaguirre. La mayoría de ellos pasaron prácticamente desapercibidos. Entre los que tuvieron un cierto éxito habría que citar¹⁴ el *Moctezuma recibe a Cortés* de Ortega, Nacional de 1887. Premiado y adquirido por el Estado, fue una de las pinturas que el editor Rafael B. Ortega solicitó a la Secretaría de Instrucción Pública poder sacar copia “para reproducirlas y popularizarlas”.¹⁵ Presenta una visión casi caballerescas y cortesanas del encuentro entre el conquistador hispano y el emperador azteca,

Moctezuma acompañado de sus sobrinos los príncipes de Ixtapalapan y Tlacotalpan, se adelanta hasta el centro de la sala para recibir a Cortés que viene acompañado de sus intérpretes Doña Marina y el padre Aguilar, y de los capitanes Sandoval, Alvarado, Velázquez de León, Ordaz y algunos soldados.¹⁶

Y pasemos ya al caso español. Lo primero que llama la atención es la escasa importancia comparativa de la Conquista de México en la iconografía historicista decimonónica española. Como se puede ver (cuadro 2) apenas poco más de uno por ciento del conjunto de los

¹⁴ A éste habría que añadir *La captura de Guatimoc en la laguna de Texcoco*, de Luis Coto, Nacional de 1881; *La noche triste*, también de Luis Coto, Nacional de 1881; *Cortés y Moctezuma*, de Juan Ortega, Nacional de 1881; *El padre Gante, maestro de los indios*, de Isidro Martínez, Nacional de 1891; *Los pintores aztecas comisionados por Moctezuma, muestran a éste dibujos representando la llegada de los españoles*, de Unzueta, Nacional de 1898; *Los informantes de Moctezuma*, de Isidro Martínez, Nacional de 1898; *Rendición de Cuauhtémoc a Hernán Cortés*, de Joaquín Ramírez, Nacional de 1898; *Prisioneros españoles sacrificados por los aztecas en un Teocali*, de Unzueta, Nacional de 1898; y *Escena de la Conquista*, de Mendoza, Nacional de 1898.

¹⁵ Las otras fueron el ya citado *El Senado de Tlaxcala* de Gutiérrez, *Cristóbal Colón ante Isabel la Católica* y *El descubrimiento del pulque* de Obregón (*Archivo de la Antigua Academia de San Carlos*, documento núm. 8183).

¹⁶ *Catálogo General de las Obras Presentadas en la XXI Exposición de Obras de Bellas Artes, abierta el 8 de diciembre de 1886*. México, Tip. Berruete Hnos., 1887. Reproducido en M. Romero de Terreros (ed.), *Catálogo de las Exposiciones de la Antigua Academia de San Carlos de México*, op. cit., pp. 549-573.

cuadros españoles, se tome el apartado que se tome,¹⁷ se refieren a la Conquista de México, una cifra que en principio cabría considerar como prácticamente despreciable. Todavía más, a diferencia de lo que ocurre en México, donde algunos de los cuadros sobre la Conquista (por ejemplo *El Senado de Tlaxcala* o *El suplicio de Cuauhtémoc*) forman parte del grupo más emblemático de lo que es la pintura de historia mexicana, en España ninguno de estos cuadros llegó a tener una importancia ni siquiera parecida. Son otros los temas que monopolizan el imaginario historicista español como la guerra de Independencia contra los franceses o el Descubrimiento de América. Pero el asunto es más complejo de lo que parece. Fundamentalmente porque en el imaginario español la Conquista de México no es tanto la Conquista de México como un elemento más de una serie de rasgos que, en el proceso de invención de una nación española, el Estado español acabó considerando como específicos y definatorios de lo que España significaba en el mundo: tradición imperial y carácter belicoso. Cuando Cortés aparece representado en un cuadro de historia español del siglo XIX no está simbolizando el hecho concreto de la Conquista. Está representando la confirmación histórica del carácter imperial y militarista de la nación española. En este sentido, la batalla de Otumba tiene el mismo significado que la de Lepanto o la de Trafalgar; y la Conquista de México, el mismo que la del Perú o las victorias de los tercios en los campos de batalla europeos. Y estos temas sí tienen una presencia mucho mayor (véase el cuadro 2). Para acabar de tener una idea precisa de la importancia de la Conquista de México y de su lugar privilegiado en el imaginario historicista español hay que tener además en cuenta que comparativamente su presencia en la pintura de historia española es muy superior a la de cualquier otro episodio relacionado con el Nuevo Mundo, salvo el propio Descubrimiento; que, por ejemplo, y por referirnos a un hecho de características similares, no es en absoluto comparable el número de cuadros referidos a Cortés y a la derrota del imperio azteca con el referido a Pizarro y a la derrota del imperio inca. La importancia cualitativa y cuantitativa de los primeros es muy superior a la de los segundos.

¹⁷ Para estos datos véase T. Pérez Vejo, *Pintura de historia e identidad nacional en España*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense, 1996.

<i>Temas de los cuadros de historia</i>	<i>Total</i>	<i>Adquiridos por el Estado</i>	<i>Premiados</i>	<i>Medalla primera clase</i>	<i>Medalla segunda clase</i>	<i>Medalla tercera clase</i>	<i>Reprod. en grabado</i>
Tradición imperial	14	14	10	10	7	9	13
Carácter belicoso de la nación española	23	26	23	15	26	15	25
Conquista de México	1.7	1.8	1.3	0	1.8	3.9	0.7

Cuadro 2. La Conquista de México en la pintura de historia española del siglo XIX. Las cifras indican porcentajes sobre el total de cada apartado.

Al margen de todo esto, y dado el mayor número de cuadros de historia en la pintura académica española, tenemos un número significativo de obras que permiten un análisis importante de lo que la Conquista de México supuso para el imaginario historicista español del siglo XIX. Lo primero que llama la atención es la temprana aparición del tema en la pintura española. Quizás aquí sería interesante aclarar que por motivos de desarrollo histórico el proceso de invención de España es significativamente más temprano que el de invención de México. Ya en el siglo XVIII el padre Sarmiento en su programa de decoración del Palacio Real de Madrid incluye un relieve titulado *México, su toma y conquista* y una estatua del emperador Moctezuma,¹⁸ esta última especialmente interesante ya que parece colocar al emperador azteca, junto con el último emperador inca, al mismo nivel que otros antepasados imaginarios de la monarquía española (reyes godos, monarquía asturiana, monarcas castellanos, aragoneses y navarros, etcétera), situación que no ocurre con otros reyes de los territorios que en ese momento formaban parte de la monarquía española, como, por poner un ejemplo obvio, los reyes moros de Granada o Córdoba. Es como si en estos primeros

¹⁸ El programa del padre Sarmiento para el Palacio Real de Madrid, no realizado en su totalidad, fue publicado por Sánchez Catón en 1956 (F. J. Sánchez Catón (ed.), *Opúsculos gallegos sobre Bellas Artes de los siglos XVII y XVIII*, Colección de Bibliófilos Gallegos, III. Santiago de Compostela, 1956).

HISTORIA

intentos de vertebración de una identidad nacional en España, de invención de España, la élite intelectual dieciochesca mostrase un decidido interés en integrar imaginariamente los territorios americanos en la nación española.

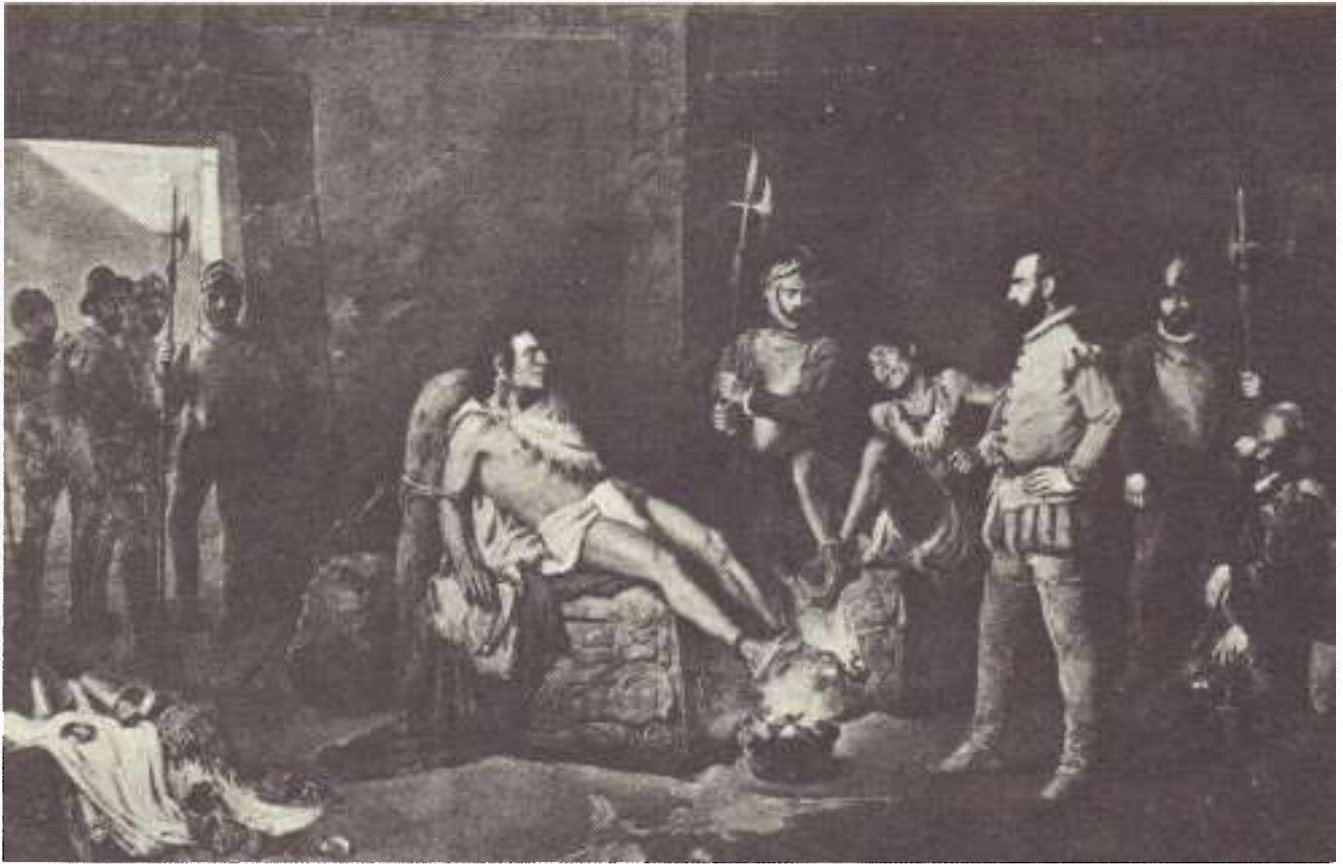
En pintura el tema figura ya entre los propuestos por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando para el concurso de 1808 para la prueba de pensado, "Hernán Cortés destruyendo las naves en Veracruz".¹⁹ Madrazo piensa en la Conquista de México, concretamente en la quema de las naves por Cortés, como uno de los temas para la decoración del hemicycle Palacio del Congreso y aunque finalmente el tema no aparece como tal en el programa definitivo de Carlos Luis de Ribera, con-

cluido en 1852, sí lo hace Cortés en una de las doce medallas que, como símbolo de las virtudes españolas, ornan el techo del hemicycle. Para entender en su justa medida esta presencia, por anecdótica que pueda parecer, debemos tener en cuenta que estamos en el *sancta sanctorum* de la representación nacional, una especie de templo laico donde se guardaba el alma de la nación.

Ya en la pintura de historia propiamente dicha, el primer cuadro con una cierta relevancia²⁰ es *La batalla de Otumba* de Antonio Gómez y Cros, que la reina Isabel II adquiriría en 1852 por, para la época, importante cifra de 100 mil reales. Obra de carácter triunfalista, casi una apoteosis de Cortés, que presenta al conquistador extremeño en el centro de la composición cabalgando un caballo blanco y enarbolando el estan-

¹⁹ *Distribución de los Premios concedidos por el Rey Nuestro Señor á los Discipulos de las tres Nobles Artes, hecha por la Real Academia de San Fernando en la junta pública de 24 de Septiembre de 1808*, Madrid, 1832.

²⁰ Anterior a éste es la *Presentación a Hernán Cortés de Guatimocín por el capitán García de Holguín*, de Fernández Cruzado, que pasó completamente inadvertido por la Exposición de la Academia de 1842.



Leandro Izaguirre, *El suplicio de Cuauhtémoc*, 1898.

darle azteca que le entrega un soldado, mientras, a su alrededor se arremolinan los cuerpos de los guerreros vencidos. Resulta casi un trasunto iconográfico del Santiago Matamoros de la iconografía barroca española. Su interés radica en que muestra ya desde muy pronto la preferencia de la pintura española por una imagen militar de la Conquista, una forma de exponer el arrojo y valor de los conquistadores, que se consideraba consustancial al carácter español.

Pero será la aparición de las Exposiciones Nacionales la que marcará el éxito definitivo del tema entre los pintores de historia. Sólo por referirme a los cuadros que tuvieron algún tipo de eco y reconocimiento público,²¹ ya en la primera, la de 1856, obtuvo un gran éxito la *Prisión de Guatimocín, último emperador de los mejicanos, por las tropas de Hernán Cortés y su presentación a éste en la plaza de Méjico*²² de Carlos María Esquivel, medalla de segunda clase y compra por el Estado. La escena se desarrolla en un marco arquitectónico lejanamente arqueológico, con extrañas construcciones que quieren ser aztecas; Hernán Cortés, en el centro, se enfrenta con gesto generoso a un altanero Guatimocín, la eterna caballerosidad hacia el vencido que, desde la *Rendición de Breda*, acompaña necesariamente a todo cuadro con un vencedor español. La Conquista parece más un lance de novela de caballería que un episodio histórico real. Pero tampoco hay que desdeñar lo que de una determinada imagen nacional supone, al fin y al cabo la “caballerosidad española” es una especie de fantasma recurrente en el imaginario nacionalista español decimonónico.

Luis López Piquer expone en la Nacional de 1866 *Primera entrevista de Hernán Cortés y Montezuma*,

²¹ A los cuadros que voy a referirme a continuación habría que añadir algunos otros cuya presencia en las Exposiciones Nacionales pasó bastante inadvertida. Es el caso de *Hernán Cortés entrando en el aposento de Moctezuma*, de Gómez y Cros, medalla de tercera clase en la Nacional de 1858; *Hernán Cortés liberándose de los dos indios que trataban de asesinarle*, también de Gómez y Cros, Nacional de 1862; *Guatimocín y su esposa presentados prisioneros a Hernán Cortés*, de Eusebio Valldeperas, consideración de medalla de tercera clase en la Nacional de 1866; y *La noche de Zempoala: expedición de Hernán Cortés contra Pánfilo de Narváez*, de Francisco de Paula van Halen, Nacional de 1866.

²² También en el caso de España se editaron catálogos para cada una de las Exposiciones Nacionales; lo mismo que en el caso de México se omiten las referencias bibliográficas a cada una de ellas para no resultar reiterativo. A diferencia del caso mexicano en el español no hay edición moderna de estos catálogos.

acogido desigualmente por la crítica. Así, mientras que para Tubino “la trivialidad del asunto se alcanza a los menos avisados [...] ni hay verdad en los tipos, ni los personajes de la escena han sido pintados con arreglo a lo que acerca de cada uno de ellos nos han dicho de consumo la tradición y la historia”.²³ Para el crítico de *El Museo Universal*, el cuadro resulta “grandioso en el asunto, el pintor ha sabido acertadamente escogerlo, en ese inmenso campo de glorias nacionales, donde pueden cosechar motivos para sus obras todos los pintores de los presentes y venideros siglos”.²⁴ Es llamativo que el grandioso asunto de un crítico se convierta en trivial para el otro, aunque quizá sólo sea una cuestión de matices: es grandioso el asunto de la Conquista pero no el episodio que se ha elegido para representarlo. Lo interesante en todo caso es el hecho de que la Conquista se considera como un motivo de gloria nacional. Es obvio que desde la perspectiva española la Conquista es sólo un episodio caballeresco que forma parte de las glorias nacionales españolas y en la que los conquistadores aparecen siempre bajo la imagen más benévola posible.

Eduardo Jimeno y Canencia presenta a la Nacional de 1871 el boceto de *Episodio de la Conquista de México*, ingenua composición que nos muestra a Cortés impidiendo un sacrificio humano, mientras, al fondo, unos soldados entronizan a la virgen sobre las ruinas de un templo pagano. Una vez más la imagen de la Conquista como una empresa de cristianización, a la que, en este caso, se une, de forma explícita, la reivindicación de la labor española en América, una empresa civilizadora que termina con la barbarie de los sacrificios humanos a la vez que entroniza la fe verdadera. Y es que, como pone de manifiesto Ossorio y Bernard en su crítica:

El pensamiento es esencialmente nacional. Jimeno había oído muchas veces con impaciencia poner en duda y en tela de juicio la bondad del descubrimiento del Nuevo Mundo para los americanos, y se propuso contrarrestar esta idea.²⁵

²³ F. M. Tubino, “Exposición Nacional de Bellas Artes. La pintura de historia”, en *Revista de Bellas Artes*, núm. I, Madrid, 1866-1867, p. 155.

²⁴ J. de Dios de la Rada y Delgado, “Exposición Nacional de Bellas Artes”, en *El Museo Universal*, Madrid, 1867, p. 42.

²⁵ M. Ossorio y Bernard, “Visita a la Exposición de Bellas Artes de 1871”, en *Las Novedades*, Madrid, 26 de noviembre de 1871.

Resulta curioso que en este caso concreto la visión mexicana y española casi parece coincidir, lo que merece salvarse de la Conquista es la cristianización. Recuérdese el cuadro de Parra acerca del padre Las Casas.

Manuel Ramírez Ibáñez expone en la Nacional de 1887 *De la Conquista de Méjico; Otumba*, que nada añade a la imaginería de un hecho ya varias veces representado de la misma forma en la pintura de historia. Un Cortés victorioso eleva el estandarte que le tiene un soldado sobre los despojos del ejército azteca, cuyas insignias y guerreros yacen por tierra en caótica mezcolanza: “representa a Hernán Cortés en el campo de batalla, rodeado de restos del fausto imperial de Montezuma, a quien acaba de vencer”.²⁶ Aunque finalmente adquirido por el Estado y reproducido en grabado por algunas revistas ilustradas, las críticas fueron bastante adversas: “¿Es el aspecto de la batalla, o una alegoría del triunfo que alcanzó en ella el heroico caudillo, lo que el pintor se ha propuesto expresar? Cualquiera que fuese el intento, le ha resultado lo último.”²⁷ Para entender en su justa medida el alcance de esta crítica hay que considerar que lo que se le pedía a la pintura histórica es que representase los hechos “tal como habían ocurrido”, que fuese verosímil. Acusar a un cuadro de historia de ser una alegoría era una de las críticas más negativas que se le podían hacer.

A medida que avanza el siglo el carácter épico y victorioso parece dejar paso a una visión más pesimista, con una imagen relativamente sombría. Buen ejemplo de esta nueva tendencia, más crítica e introspectiva, es *Noche triste. Retirada de los españoles de Méjico*, del mismo Manuel Ramírez Ibáñez, expuesto en la Nacional de 1890 y posteriormente adquirido por el Estado, una imagen melancólica de la primera derrota de Cortés:

El héroe a quien España debió no menos que un imperio, aparece sentado en una peña en actitud que denota profundo abatimiento; tras él está la india que le amó, de quien fue amado y que supo servirle con fidelidad admirable; no lejos de ellos se ven varios capitanes y hacia la parte de la derecha desfilan los restos destrozados de las tropas entonces allí por primera vez vencidas y que luego tomaron gloriosas venganzas.²⁸

²⁶ R. Blasco, “La Exposición de Bellas Artes”, en *La Regencia*, Madrid, 26 de mayo de 1887.

²⁷ R. Blanco Asenjo, “La Exposición de Bellas Artes”, en *Iberia*, Madrid, 21 de mayo de 1887.

²⁸ J. O. Picón, “Exposición Nacional de Bellas Artes”, en *El Imparcial*, Madrid, 19 de mayo de 1890.

El ciclo sobre Cortés en la pintura de historia española se cierra con el *Hernán Cortés ante Carlos V* de José Uría y Uría. Expuesto también en la Nacional de 1890, se inspira en la *Conquista de Méjico* de Prescott y es una representación bastante banal del primer encuentro, tras la Conquista de México, entre el emperador alemán y el conquistador extremeño: “Llega el héroe acompañado de indígenas de las tierras conquistadas, los cuales traen ricos presentes, y es recibido por el emperador.”²⁹ La crítica se ensañó con él, pero debemos considerar que en esas fechas el desprestigio del género era ya más que evidente:

Supónganse mis lectores, un lienzo grande, muy grande; figúrense, pintados en este lienzo, bajo un dosel un caballero que quiere ser Carlos I y su señora, ante los que se arrodilla otro caballero que asegura el pintor ser Hernán Cortés; agrupe a derecha e izquierda del dosel damas exuberantes y nobles anémicos; coloque por último a la extrema izquierda la colección más abigarrada y cómica de indios de guardarropía que pueda concebir su imaginación; ponga el todo sobre un bien pintado piso de madera y tendrá cabal idea del cuadro del Sr. Uría.³⁰

Capítulo aparte merecen dos cuadros sobre la Conquista de América, que, aunque pintados por artistas diferentes, acabarán formando pareja. El primero, *El desembarco de los puritanos en América del Norte*, fue expuesto por Gisbert en la Nacional de 1864; el segundo, *Hernán Cortés quemando las naves* de Francisco Sans, corresponde a un encargo de Miguel Aldana, rico indiano cubano, para hacer pareja con aquél y con la finalidad explícita de representar en una especie de juego de espejos la colonización española e inglesa en América. Una magnífica ocasión de contraponer dos formas de entender el mundo, y de ser en él, diferentes y antagónicas; y, desde nuestra perspectiva, de entender el trasfondo ideológico con el que las élites españolas decimonónicas veían la Conquista de México. El cuadro de Sans, a pesar de responder a un encargo privado, tuvo ya desde el principio un cierto carácter oficial, se expuso en julio de 1863 —inmediatamente después de ser pintado— al público en el Ministerio de Fomento.

²⁹ J. O. Picón, “Exposición Nacional de Bellas Artes”, en *El Imparcial*, Madrid, 13 de mayo de 1890.

³⁰ G. de C., “La Exposición de Bellas Artes juzgada por un profano”, en *La Publicidad*, Madrid, 4 de junio de 1890.

Finalmente ambas obras acabaron colgadas en las paredes del Palacio del Senado, lugar al que, sin duda alguna, estaban abocadas por su importancia simbólica.

Los temas elegidos en uno y otro caso son enormemente significativos. Para la representación de la colonización inglesa, Gisbert elige el momento en que los peregrinos del Mayflower ponen pie por primera vez en tierra americana, Cape Cod, noviembre de 1620; para la española, Sans elige la quema de las naves por Cortés con el fin de que sus soldados no piensen en retroceder. Al margen de la importancia objetiva de cada uno de estos sucesos históricos, lo que subyace aquí es una visión, plasmada en imágenes, de dos caracteres nacionales, tal como los veía el pensamiento español decimonónico. La colonización inglesa se nos aparece como el resultado de un acto normal, casi cotidiano se podría decir; la española es fruto de un arranque de valor, de una decisión trágica en que la voluntad del individuo se impone sobre las circunstancias que le rodean. Estamos ante esa visión épica, cargada de gestos dramáticos, que impregna toda la visión decimonónica española sobre el ser nacional, desde Sagunto y Numancia hasta los sucesos del 2 de mayo en Madrid.

El desembarco de los puritanos en América del Norte de Gisbert tuvo un éxito extraordinario: medalla de primera clase en la Nacional de 1864, tercera medalla en Exposición Universal de París de 1867 y compra por el marqués de Salamanca, un indicio más de su carácter de símbolo liberal, en la, para la época, increíble cifra de 30 mil pesetas, durante mucho tiempo la mayor cotización en España de un artista vivo, pasando después, y tras diferentes avatares, al Senado. La crítica se mostró también enormemente elogiosa:

Henos frente al gran cuadro de la exposición; de la mejor obra que, a nuestro juicio, ha producido el arte español en estos últimos tiempos; del Desembarco de los Puritanos en la América del Norte, última composición del señor Gisbert [...] Dejamos apuntado en el artículo anterior, y lo repetimos ahora, que este lienzo vale por sí solo toda una exposición.³¹

El hecho de que fuese Gisbert, el pintor liberal por excelencia, el encargado de pintar el cuadro de los puritanos plantea la duda de una posible interpretación

³¹ P. A. de Alarcón, "Exposición de Bellas Artes", en *El Museo Universal*, Madrid, 1865, IX, p. 10.

directamente política del cuadro, con la que sin duda se hubieran podido sentir también identificados los liberales mexicanos. En un doble sentido: los puritanos representaban la huida de un poder despótico y absolutista buscando la libertad lejos de su patria —hay una obvia identificación puritanos/progresistas³² en la que aquellos se convertían en un símbolo de la larga lucha por la libertad— y ésta es, por ejemplo, la interpretación que del cuadro hará Pi y Margall:

Esos humildes puritanos que oraban al pisar las playas de América eran los antecesores de hombres que, después de haber fundado la más libre de las repúblicas, poseídos los unos de inmenso amor, y los otros de inmensa cólera están hoy decidiendo en cien campos de batalla una de las más transcendentales cuestiones de los tiempos modernos.³³

Pero también podía verse como una crítica implícita a la época imperial española, basada en la conquista militar de la tierra. Cortés aparece como un guerrero, frente a la ocupación pacífica de los anglosajones. La iconografía es a este último respecto enormemente significativa. En el cuadro de Gisbert un grupo compacto y homogéneo de piadosos burgueses da gracias a Dios nada más pisar tierra:

Los emigrados acaban de tomar tierra, uno de sus ministros, con la Biblia en la mano, levanta los ojos y los brazos al cielo, alrededor los puritanos postrados se agrupan en diversas actitudes; la playa es desnuda y peñascosa, el mar sombrío; y el *Mayflower* en el fondo, despliega sus banderas sobre un cielo triste [...].

Todas las edades de la vida están representadas en aquel grupo humano, que, como las tribus antiguas, llevando consigo sus dioses y sus bienes, busca lugar

³² Años más tarde un crítico se referirá irónicamente al cuadro como *el Desembarco de los Montero Ríos* —el político progresista protector y amigo de Gisbert que, siendo ministro de Fomento, encargó a éste el cuadro de *El fusilamiento de Torrijos*—: "¡Ah! Si hubiera estado en Madrid el pintor de 'Los Comuneros', el autor del *Desembarco de los Montero Ríos*, digo de los 'Puritanos', el inmortal ejecutante de Torrijos, el pintor del partido progresista, el artista más famoso de aquellos felices tiempos de la libertad" (A. del Sarto, "Sobre la Exposición de Bellas Artes", en *La Unión Católica*, Madrid, 20 de mayo de 1890).

³³ F. Pi y Margall, "Estado del arte en España: recuerdo de la última exposición de Bellas Artes", en *La América. Crónica Hispano-Americana*, Madrid, 1865, 2, p. 4.

tranquilo donde plantar sus tiendas, desde la niña en mantillas, que duerme inocente de cuanto pasa, el más feliz de todos, puesto que no ha conocido su patria natural y no habrá de sentir su falta y llorarla alguna vez, hasta el anciano que se humilla y besa con ardor la tierra a la que le trae la Providencia [...].

Ni uno solo de ellos vuelve la vista hacia el mar y el barco que los ha traído; han roto sus lazos con el viejo continente; patria la llevan consigo, pasado no le reconocen, historia no la tienen, su historia comienza en aquellos instantes; van a crear una nación.³⁴

Dos cosas llaman la atención en esta descripción: a diferencia de la práctica totalidad de los cuadros sobre la Conquista española, no hay nativos, la colonización inglesa parece realizarse sobre un territorio vacío, se ocupa la tierra, no se la conquista; y el carácter fundacional de la llegada de los peregrinos, éstos fundan una nueva nación, mientras los conquistadores castellanos amplían la española.

Por lo demás, el cuadro, pintado en el característico estilo de Gisbert, aparece impregnado de una densa atmósfera de piedad religiosa, muy apropiada al tema, acrecentada por el patetismo del personaje central, con las manos hacia lo alto dando gracias a Dios, y los tonos oscuros.

La composición de Francisco Sans, *Hernán Cortés quemando las naves*, es casi la antítesis de la de Gisbert. En el centro del cuadro la figura de Cortés, a caballo, se dirige a sus atribulados compañeros —Diego Ordaz, sentado sobre una cureña, pensativo, con un codo en la rodilla y la cabeza en la mano, a su lado, y apoyando la mano izquierda en su hombro, Sandoval [...]—, exhortándolos al camino de la victoria; a la izquierda del cuadro, formando un pequeño grupo que hace contrapeso al de Diego Ordaz y Sandoval, los indios. Pero lo interesante no es la composición sino la iconografía. Cortés es representado como un guerrero renacentista, como un caballero; frente a los burgueses del cuadro de Gisbert, los conquistadores del de Sans. Es, una vez más, la imagen de la España belicosa y caballerisca como elemento de identificación histórica. También a diferencia de los peregrinos, Cortés y los suyos no llegan a un territorio vacío, desembarcan en una tierra poblada que sólo será suya gracias a las armas; no colonizan, conquistan.

³⁴ J. García, "La Exposición de Bellas Artes. Cartas familiares a un ausente", en *La Época*, Madrid, 30 de diciembre de 1864.

Una prueba de que esta imagen era ampliamente aceptada por las élites españolas del siglo XIX la tenemos en que el tema de la quema de las naves fue considerado como digno de un cuadro de historia por toda la crítica, sin excepción. La actitud de Cortés era considerada como emblemática de una forma de ser española. El heroico ¿o descabellado? gesto de Hernán Cortés mandando quemar las naves para evitar así a sus hombres la tentación de una posible retirada fue unánimemente considerado como ejemplo representativo de la colonización española en América. Frente a la colonización inglesa, representada por las grises figuras de los puritanos desembarcando en una playa desolada, la española parecía encontrar su mejor imagen en el bello gesto de un aventurero capaz, prueba suprema de valor, de jugárselo todo a una carta. Se supone que esto representaba la quintaesencia de lo español, hasta el punto de que, como ya se ha visto, la quema de las naves por Cortés había sido uno de los temas considerados por Federico de Madrazo para la decoración del Palacio del Congreso, lo que nos indicaría en qué medida la actitud de Cortés era considerada como emblemática de una forma de ser español: la capacidad de crecerse en la derrota.

hombre entusiasta por su patria [se refiere a Sans] se circunscribe casi siempre a reproducir en el lienzo las glorias y los desastres de nuestra nación, tan imponente en sus días de prosperidad como en sus días de desgracia.³⁵

¿Qué conclusión podemos sacar de esta sucesión de cuadros sobre la Conquista de México en la pintura española y mexicana? Yo diría que básicamente dos. Para ambos imaginarios, el español y el mexicano, la conquista del imperio azteca es importante, pero, también para ambos, de una forma diferente. Mientras que para el mexicano, y eso estaría reflejando la pintura de historia mexicana, es uno de esos episodios históricos claves en la definición de la nación, el acto fundacional por excelencia (al fin y al cabo se trataba de decidir si la nación mexicana era la heredera de los conquistadores o de los conquistados); para el español es también clave pero de una forma distinta, no por el hecho en sí,

³⁵ F. Pi y Margall, "Hernán Cortés en Méjico: Cuadro de D. Francisco Sanz", en *La América. Crónica Hispano-Americana*, núm. 17, Madrid, 1863, 17, p. 11.

sino porque junto con otros del mismo tipo muestra aspectos que se consideran consubstanciales a la identidad de España como nación: carácter guerrero y tradición imperial.

Estas diferencias son las que explican el diferente tratamiento en un caso y en otro. En la versión mexicana la plasmación pictórica de los hechos de la Conquista tiene una lectura esencialmente moral. Se trata de determinar si ésta fue buena o mala, y se decide, obviamente dada la orientación de la construcción nacional mexicana, que fue mala, salvo la cristianización. En la versión española este carácter moral falta casi por completo. No se trata de discutir sobre si la Conquista fue buena o mala, algo irrelevante desde la perspectiva española, sino de mostrar cómo determinados rasgos que el nacionalismo español consideraba distintivos del ser nacional (valor, caballerosidad, espíritu bélico, cristianismo, etcétera) habían tenido su plasmación en el momento de la Conquista. Ésta era sólo el decorado donde se representan las virtudes del carácter español. No es el argumento, sólo el escenario.

Hay por último un hecho que no me resisto a traer aquí a colación por lo que de revelador tiene con respecto a los procesos de construcción nacional, aunque merecería mucho más espacio de lo que se le puede dedicar en un artículo de estas características, y que resulta enormemente revelador del carácter imaginario de toda construcción nacional. Como se ha podido ver en lo escrito anteriormente, las élites españolas del siglo XIX, desde muy pronto optan por la idea de considerarse herederas de los conquistadores. Esto explica esa ima-

gen caballeresca que, con raras excepciones, se tiene de la Conquista: son las hazañas de los antepasados las que se representan. Mientras que, por el contrario, las élites mexicanas, aunque con algunos titubeos al principio, eligen considerarse herederas de los conquistados: son el valor de éstos y la crueldad de los conquistadores lo que predomina en los cuadros mexicanos. Desde la perspectiva de los españoles y mexicanos actuales, socializados en el discurso nacionalizador puesto a punto por los respectivos nacionalismos decimonónicos, ambas opciones parecen completamente coherentes y fruto de la objetividad histórica. Sin embargo, el asunto es más complicado de lo que parece. Nada obligaba a las élites españolas del siglo XIX a verse a sí mismas como herederas espirituales y físicas de los conquistadores del siglo XVI, y en todo caso, desde la mera objetividad histórica, no lo eran más que sus coetáneos mexicanos: aun dentro de la arbitrariedad que toda genealogía histórica supone, no parece demasiado arriesgado afirmar que las clases dirigentes mexicanas eran, como mínimo, tan “herederas” de los conquistadores como las clases dirigentes españolas. Lo mismo que, en sentido contrario, un bracero extremeño era tan poco heredero de los conquistadores del siglo XVI como un pelado mexicano. En ambos casos es sólo la fidelidad a una imagen construida la que nos indica la pertenencia a una identidad nacional u otra y el que una opción nos parezca más lógica que otra sólo es una muestra del éxito de los procesos nacionalizadores español y mexicano y la capacidad de ambos estados para crear imágenes asumidas por la colectividad.

Marcelo Abramo Lauff

La burla y el deseo

Los carnavales y sus funciones

Semel in anno licit insanire

El carnaval es un corto periodo (tres días) que antecede la Cuaresma, tiempo sagrado en el cual el cristiano debe observar ciertos preceptos de conducta, alimentación y otros que le son impuestos por las normas vigentes entre los fieles. Durante los tres días precedentes los cristianos tienen licencia para cometer excesos en su conducta y en las relaciones con las demás personas; a primera vista se les concede libertad para burlarse de sus semejantes, excederse en el consumo de alimentos, bebidas y otras drogas y en las expresiones de su sexualidad.

La fecha para la celebración del carnaval es movable porque el calendario cristiano en boga impone un curioso procedimiento para el cálculo de la Pascua de Resurrección, dicho sea de paso una de las más importantes celebraciones cristianas.

El procedimiento para el cálculo de la Pascua se instituyó en el Concilio de Nicea, en el año 325. En esa reunión se ordenó que la Pascua debería ser siempre un domingo, el primer domingo después de la luna llena que ocurre luego del primer equinoccio del año. El primer equinoccio, el de primavera, cae siempre entre los días 20 y 22 de marzo. De acuerdo a ello, la fecha de la Pascua nunca empieza antes del 20 de marzo, ni después del 25 de abril. La Pascua sirve asimismo para marcar varias celebraciones cristianas, que deben efectuarse antes o después de esa fecha.

Para el cálculo del carnaval se deben contar siete días antes de la Pascua, y se obtiene la fecha del Do-

mingo de Ramos; 40 días antes del Domingo de Ramos se inicia la Cuaresma, con el Miércoles de Cenizas, y los tres días anteriores a esta última fecha son domingo, lunes y martes de carnaval. De ese modo, se combinan sucesos solares y lunares para el cálculo de esas fechas.

En este breve artículo no me ocuparé del significado de la palabra "carnaval", ni de su historia; hay muchos e insuperables ensayos al respecto.¹ En cambio quiero hacer notar ciertas características de algunas manifestaciones carnavalescas urbanas de otras latitudes, y compararlas con carnavales indígenas mexicanos.

Cuerpo y comunicación

Un diario de vasta circulación² publicó en su primera plana, en febrero de 1995, una única foto de una bella mujer casi desnuda, para ilustrar una noticia referente al carnaval de Río de Janeiro. El hecho en sí podría pasar inadvertido, pues fotos de mujeres desnudas no son raras, ni habría quizá llamado particularmente la atención, pero el periódico en cuestión es serio, cuyo foco de atención generalmente se orienta al análisis de los sucesos de la política y la economía nacionales. Hoy día dicho periódico es uno de los más leídos en el país.

¹ Véanse los estudios clásicos de Julio Caro Baroja, Claude Gaignebet, María Isaura Pereira de Queiroz, José Carlos Sebe, Roberto da Matta.

² *La Jornada* de la Ciudad de México.

Cabría preguntar por qué los editores escogieron una foto como esa para su primera plana. No fue un “gancho” publicitario, ni para promover viajes repentinos a Brasil, de ello estoy seguro. ¿Habría sido quizá por la sorprendente belleza de la mujer fotografiada? Podría ser esto parte de la respuesta, aunque insuficiente, ya que en el terreno de la belleza femenina publicada en portadas de revistas la competencia es muy fuerte; por otro lado, no se habían visto, de manera regular, fotos semejantes en la primera plana de ese periódico. Es probable que nunca sepamos con seguridad cuáles fueron los motivos de los editores, pero no deja de llamar la atención el manifiesto homenaje al cuerpo.

La foto de referencia mostraba una mujer, la Reina del Carnaval, que en un lugar público encabezaba el desfile de las “escuelas de samba” de Río de Janeiro. Cabe señalar que en tal desfile la casi completa desnudez de los integrantes de las “escuelas de samba” (especialmente las mujeres) es frecuente, lo cual sugiere que el cuerpo es el pretexto y el gran homenajeado del carnaval carioca. Este hecho contrasta de modo notable con la relativamente pequeña importancia de los disfraces. Las máscaras, casi siempre indispensables para otros carnavales, no están ausentes, pero son prescindibles en el carnaval de Río.

La ocultación de la identidad, que pretende provocar la ilusoria presencia de un ser que sólo existe a través de la persona disfrazada, al parecer ha cedido su lugar al anonimato de los individuos inmersos en la multitud y “uniformados” mediante la masiva y exuberante ostentación de algunas partes del cuerpo que normalmente se ocultan. Los modos de exhibición del cuerpo dependen de la creatividad individual, pero son muy notables los senos femeninos desnudos, caderas *idem* apenas surcadas por delgadas tiras de tela que cubren lo esencial (aunque a veces ni siquiera). Esta uniformidad, a veces manifiesta por grupos compactos de participantes del festejo, y en menor medida por tertulios aislados, contribuye a la ocultación de las identidades individuales, entre otras cosas porque las miradas, así como las cámaras de video, cine y/o fotográficas se dirigen de forma ineluctable a partes distintas del rostro.

Cabe señalar que, en ese carnaval, tan importante como la desnudez de bellos cuerpos femeninos, es la grotesca semidesnudez del Rey Momo, exhibida quizá con tanto orgullo como los otros. Este personaje carna-

valesco es seleccionado entre los candidatos que cada año se presentan a un concurso *ad hoc*. El criterio de selección es el volumen corporal y, como consecuencia, el seleccionado es el varón más gordo entre los concursantes. De ese modo, lo grotesco y lo bello, opuestos en un plano estético, comparten un mismo espacio físico y social. Pero los personajes identificados hasta ahora no son más que eso: el Rey Momo y la Reina del Carnaval. Son encarnaciones que deben ser vistas al inicio de la fiesta, personas que con su cuerpo se presentan y asumen una identidad que no es la suya; a nadie interesa sus nombres, ni sus ocupaciones o dirección. Pertenecen a un imaginario colectivo que les impone el desempeño de un silente papel, para el cual no necesitan más que su corporeidad. Su propio cuerpo es su disfraz.

La ausencia de las máscaras y su sustitución por la exhibición impúdica del cuerpo, ya sea bello o grotesco, es un hecho que garantiza, en el carnaval de Río, lo que las máscaras en otros carnavales: la presencia de seres diferentes, inexistentes hasta el momento en que se



Dos mujeres, la atracción de un *show* carnavalesco, en Río de Janeiro, 1983.



Carnaval de Xicayán, Oaxaca, 1992. (Foto: Samuel Villela.)

enmascaran o se desnudan, cuando las ilusiones empiezan a tomar forma.

La sustitución de las máscaras (algo ajeno que se añade al cuerpo y lo oculta) por la desnudez (la exhibición del cuerpo despojado de elementos extraños a él) no cambia la naturaleza del hecho carnavalesco, ya que tanto un acto como el otro operan transformaciones ilusorias de la personalidad.

Máscaras y disfraces crean ilusiones, del mismo modo que la desnudez carnavalesca. Ambos lenguajes corporales actúan, en la percepción, como operadores de sentimientos universales, presentes en muchas sociedades, algunas más desinhibidas, otras más puritanas.

A través de nuestro cuerpo establecemos la comunicación con nuestros semejantes, porque es el cuerpo el más importante instrumento para esa comunicación.³ En instantes la comunicación se realiza con el sólo hecho de verse, juntarse, caminar, bailar y cantar juntos, como sucede en los carnavales y en otros momentos catárticos, los mensajes se transmiten, ante la ausencia de mensajes discursivos, con la presencia omnímoda del cuerpo. Y en las ocasiones carnavalescas eso parece ser suficiente.

³ Es común hablar de lenguaje corporal al referirse a las necesidades de expresión de estados de ánimo, estatus, intenciones de cortejo, mediante el simbolismo corporal (vestido, peinado, gestualidad). Aún en los casos de las culturas que privilegian la comunicación mediante el verbo, y tratan de eliminar la menor gesticulación en los procesos comunicativos, no pueden dejar de usar la boca ni sus cuerdas vocales para expresarse.

Pero ¿cuáles son los mensajes emitidos con el cuerpo, y su uso en el carnaval? El disfraz provoca un simulacro, induce la burla; la desnudez, salvo en el caso del Rey Momo (o quién sabe), provoca el deseo, favorece el contacto, y públicamente rara vez el asunto (la comunicación entre los cuerpos) pasa de allí.

El culto al cuerpo mostrado en esos carnavales tiene antiguo origen, pero su naturaleza ha cambiado poco; los cuerpos del Rey Momo y de la Reina del Carnaval simbolizan salud, belleza, abundancia, exceso, generosidad, compañía, unión.

Pero tanto una intención (burla) como la otra (deseo) no son más que diferentes polos, no siempre opuestos, de una tendencia universal: crear una ilusión de libertad, disfrutar con esa creación y hacer que otros también la disfruten.

Pero esta libertad ilusoria, que parece ser una necesidad universal, tiene soluciones concretas muy diferentes según la sociedad que presenta y actúa su forma concreta de carnaval. Tomemos como casos extremos los carnavales indígenas de México y los carnavales de Río. Los carnavales de Veracruz y Mazatlán se incluyen en la categoría de "carnavales urbanos", y en sus manifestaciones masivas no son cualitativamente diferentes del de Río. En los carnavales indígenas o tradicionales de México encontramos siempre personajes fijos (*chinelos, zacapoaxtlas, tejorones, viejos, monos, apaches*), que desempeñan papeles específicos, según modelos preestablecidos por la tradición de los pueblos.

Los actores deben actuar estos personajes siempre del mismo modo, y en cada ocasión ocupan un lugar social predestinado. Más allá del ingenio histriónico de los actores y de su capacidad de improvisación, la participación individual en estas festividades está normada por la pertenencia de cada persona a grupos específicos, ritualistas en quien la sociedad deposita la esperanza de un buen desarrollo del espectáculo.

El resto de la población se divierte con los múltiples actos (farsa, burla, danza, música, escarnio a sectores sociales definidos, etcétera), pero a eso se reduce su participación: son espectadores que se solazan con la imagen especular que los grupos de ritualistas carnavalescos presentan de la sociedad. Se ríen de sí mismos, tiran papel picado, agua coloreada con anilinas, bailan, y manifiestan una aparente libertad de compromisos y de formas rígidas de comportamiento.

En los carnavales urbanos la participación, ilusoriamente libre, tiene otro carácter. Cualquiera puede qui-

tarse ciertas prendas de ropa o ponerse un disfraz de algún personaje vinculado a la cultura popular europea, como por ejemplo en Río (tendencia cada vez menos frecuente), los de la *Commedia dell'arte* (Polichinela,⁴ Arlequín, Pierrot, etcétera) o, en otros países, personajes de la vida pública, ya sea de la política o de la farándula. Hay licencias para la inventiva individual, de lo cual pueden surgir los disfraces más sorprendentes.

La broma es algo serio

Algo frecuente en los carnavales, tanto urbanos como tradicionales, son los fenómenos de inversión. En los segundos consignamos la presentación de lo feo como bello, de lo masculino como femenino, de lo divino como diabólico, de lo limpio como sucio, de lo viejo como nuevo, de lo servil como señorial, de lo injusto como justo, de lo despreciable como respetable, y obviamente viceversa en todos los casos.

En los carnavales urbanos la inversión es también frecuente, pero las actuaciones elaboradas de grupos organizados (en las cuales se ve con claridad todas las inversiones señaladas) ceden su lugar a espontáneas personificaciones de un orden personal invertido; el travestismo es la manifestación más conspicua de esta situación.

Se ha hecho costumbre entre los antropólogos tratar estos asuntos como si la función básica de los carnavales fuese crear un espacio de expresión popular donde se puedan desahogar o disminuir las tensiones ocasionadas por la vida cotidiana, ciertamente constreñida por una serie de normas rígidas, prohibiciones, serias y profundas divisiones sociales y demás incomodidades. Un representativo estudio en ese sentido es el de Peter Burke (1985). Pero, según esta forma de comprender el problema, el carnaval no pasaría entonces de un mecanismo destinado a hacer permanecer el sistema social en que se vive, y reproducirlo indefinidamente, ya que la posibilidad de conflicto social y su resolución son desplazadas, cuando no canceladas. El carnaval, según esta perspectiva, es la fiesta del conformismo.

⁴ Como dato curioso no quisiera dejar pasar la oportunidad de señalar que en los carnavales tradicionales del estado de Morelos, México, existe un popular personaje, el "chinelo", cuyo nombre probablemente provenga del nombre italiano de uno de los personajes de la *Commedia dell'arte* ("Pulchinella").

Otra tendencia, en los estudios contemporáneos acerca del carnaval, es tratar de comprender esta fiesta popular como una tentativa de crear una división simbólica en un ciclo temporal más o menos amplio:⁵ lo cual marcaría una diferencia radical con otras fiestas. Esta división simbólica, las fiestas carnalescas, "proporciona los medios expresivos para que el periodo natural del invierno y su terminación sea asociado, en las emociones de los hombres, con diversas imágenes e ideas donadoras de euforia individual y colectiva".

Esta visión se extiende a la contradicción Carnaval-Cuaresma, por lo que respecta a las actitudes morales de las personas, licenciosas en una época y ascéticas en otra. Así, la vida cotidiana sería de comedimiento, y estaría en un justo medio, en el que ni el Carnaval, ni la Cuaresma serían los modelos de vida permanente (*loc. cit.*).

A pesar de que el carnaval es una fiesta típicamente occidental,⁶ y su presencia está enmarcada en países que se formaron por la profunda influencia del occidente católico, podemos constatar que el carnaval no es unívoco; carece de un sentido único que explicaría de manera suficiente y definitiva todas las manifestaciones asociadas a ese fenómeno. Dicha fiesta ha tenido múltiples variaciones en el curso de la historia, y actualmente las tiene en los diferentes países.

El propio catolicismo, en su proceso de expansión en Europa, tuvo que hacer una reinterpretación de historias y culturas anteriores, y fue obligado a transformarse al mismo tiempo que intentaba transformar sociedades desbordantes en tradiciones populares que a su vez se remontaban a Egipto, Babilonia, Grecia y Roma. Mitos, temas festivos y pretextos fueron reelaborados por el catolicismo en expansión, y en esa medida sus sentidos y significados cambiaron, fueron resemantizados.

Pero, a pesar de la resistencia y condena pública a que muchos personeros de la Iglesia Católica se dedicaron con ahínco, en el siglo XV el papa Paulo II lo

⁵ Manuel Gutiérrez Estévez, *Una visión antropológica del carnaval*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

⁶ Marion Aubrée me sugiere que quizá sería más correcto decir, en lugar de "occidental", "hemisferio norte". Prefiero, sin embargo, la primera expresión dado que lo que hoy designamos Occidente fue el agente responsable de la difusión del carnaval en América. No es por lo tanto un referente geográfico, sino histórico-cultural.



Comparsa mascaritas, Oaxaca. (Foto: Samuel Villela.)

incorporó definitivamente en el calendario cristiano. Lo que ha pasado entre esos tiempos y hoy es historia; las múltiples eventualidades que los diferentes pueblos formados por la influencia católica adecuaron a las fiestas carnavalescas, llegaron a transformarlas en rasgos propios.

Cada sociedad le ha impuesto a las celebraciones carnavalescas modalidades propias, según su propio inconsciente étnico, pues las actuaciones aparentemente aberrantes del carnaval (ya sea en los tradicionales o en los urbanos) responden a sentimientos reprimidos o bloqueados en la vida cotidiana. Sin embargo, el carnaval proporciona, entre otras cosas, en las sociedades que cultivan esta expresión popular, modelos que permiten deformar de manera simbólica la realidad, cancelar ilusoriamente la frontera entre lo real y lo imaginario, entre lo permitido y lo deseado.

A mi manera de ver, buscar una única función básica del carnaval es una empresa ociosa, porque lo que puede parecer fundamental para una cultura, resulta irrelevante para otra. Algo que parece haber sido abolido ya en las celebraciones carnavalescas contemporáneas es la relación que en otros tiempos había con los ciclos agrícolas (los tiempos primordiales de Grecia y Roma, los tiempos de los *saturnalia*, los *lupercalia*, los *bacanales*).

Hoy día, si buscáramos la respuesta a las interrogantes: por qué esos hombres se visten como si fuesen mujeres, por qué esos desposeídos se atavían como si fuesen marqueses, por qué el Demonio ocupa el lugar del Dios, y todas las demás recurrentes inversiones, la respuesta estaría vinculada a los anhelos, deseos, frustraciones, constreñimientos, que enmarcan la vida cotidiana de cada sociedad.

Ésta es una posición relativista, lo reconozco, pero me consuelo con decir que este relativismo atañe solamente a las formas que adquieren los distintos carnavales en su realización; el sentido profundo de la fiesta escapa a este simplismo. Debe indagarse acerca del inconsciente étnico de cada sociedad para identificar las razones de cada carnaval.

Por lo pronto podemos resumir que el carnaval es una necesidad occidental católica (su propia presencia en el mundo católico lo sugiere), sin cuya satisfacción la vida social tendría quizás otros caminos y otras formas. Pero ¿cuál sería el aspecto de una vida cotidiana sin ilusiones de libertad? Desconozco la respuesta.

Bibliografía

- Abramo, Marcelo, "O carnaval mixteco", ponencia presentada en el Congreso América 92, Sao Paulo, agosto de 1992.
- Burke, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, México, FCE, 1985.
- Caro Baroja, Julio, *El carnaval. Análisis histórico-cultural*, Madrid, Taurus (La otra historia de España, 2), 1979.
- , *La fiesta del amor*, Madrid, Taurus, 1968.
- Da Matta, Roberto, *Carnavais, malandros e heróis: para uma sociologia do dilema brasileiro*, Río de Janeiro, Zahar, 1978.
- Gaignebet, Claude y Marie-Claude Florentin, *Le Carnaval. Essays de mythologie populaire*, París, Payot (col. Le regard de l'histoire), 1974.
- Gutiérrez Estévez, Manuel, *Una visión antropológica del carnaval*, Madrid, Siglo XXI, 1990.
- Queiroz, María Isaura Pereira de, "Las escuelas de samba de Río de Janeiro o La domesticación de una masa urbana", en *Diógenes*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1985.
- Sebe, José Carlos, *Carnaval, carnavais*, Sao Paulo, Editora Atica (Serie Principios, 65), 1986.
- Sevilla, Amparo, Samuel Villela y Marcelo Abramo, "El carnaval mixteco", ponencia presentada ante el congreso interno de la DEAS-INAH, México, 1992.

Íñigo Aguilar Medina y María Sara Molinari

Entre dos indios. Nacionalismo e identidad en el cine

Antropología y cine

A lo largo de la historia las concentraciones humanas han creado formas de comunicación masiva que les permiten compartir y vivir en la aglomeración; así tenemos, entre otros, el teatro, el circo, las corridas de toros, las festividades y actividades religiosas y, en el siglo XX, además el cine y los espectáculos deportivos.

No sólo nos interesa el cine por su participación en la aprehensión etnográfica de la realidad, o por su supuesta capacidad de captar la verdad tal cual es por medio de la cámara, sino también en lo que tiene de irreal, de imaginario, donde la colectividad comparte con los hacedores de la película una visión del mundo y del deber ser.

A los estudiosos de la cultura nos interesan todas las manifestaciones del ser humano, todas sus creaciones, y el cine es el resultado de un nuevo lenguaje que conjuga lo visual con lo auditivo y que constituye además un documento por sí mismo. El cine, a diferencia por ejemplo del teatro puede reproducirse, sin alteraciones, una y otra vez y por lo mismo puede ser “leído” por multitud de personas, ya sea de manera simultánea o sucesiva. Y por las reacciones que produce en los públicos, en las masas y en las sociedades, se puede valorar el grado en que se comparten socialmente los mensajes así elaborados y transmitidos.

La película exitosa es la que logra dar cauce a la expresión de los anhelos de la sociedad de su época, ante determinados problemas o situaciones sociales, políti-

cas, culturales, religiosas, interétnicas, económicas, etcétera. La película, como producción cultural, también puede ser un medio de resistencia; ante el cambio sociocultural ya sea de facto o inminente puede buscar mantener la tradición, al sancionar el “deber ser”, el “ideal”, la “costumbre” y así tanto los transgresores de determinada pauta cultural como los agraviados por la nueva conducta pueden, mediante el cine, reconciliarse, al reconocer el trastorno casi siempre más ficticio que real, que su nueva forma de actuar provoca o pudiera suscitar en la sociedad. La que desde luego no están obligados a abandonar, sino sólo a “purificar”, en la oscuridad de la sala cinematográfica.¹

El cine tiene un papel determinante dentro de los medios de comunicación en la sociedad contemporánea, que obliga al estudioso de los fenómenos culturales a considerar su relación con la dinámica de la sociedad que lo produce. No obstante, hay pocos estudios antropológicos relacionados con el cine: en una exhaustiva revisión bibliográfica acerca de la antropología visual, en el *Boletín* del INAH encontramos sólo ocho artículos entre octubre de 1989 y junio de 1998, de los cuales cinco² tratan de la fotografía o de lo audiovisual

¹ Véase Julia Tuñón, “La imagen de la mujer trabajadora en el cine mexicano (1939-1952)”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 28, México, octubre-diciembre, 1989, pp. 2-11.

² Véase Marco Antonio Hernández Badillo, “Un acercamiento a la fotografía etnográfica en México”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 28, México, octubre-diciembre, 1989, pp. 28-

como herramienta del etnógrafo, y los tres³ restantes analizan la concepción que el cine ha tenido de las cuestiones sociales, como pueden ser la mujer trabajadora, los inmigrantes españoles y libaneses o la familia.

Los indios del cine

El cine es un lenguaje dirigido a sociedades que pueden o no hacer suyos sus mensajes, pero sus creadores pertenecen a una determinado grupo social y por lo tanto expresan la visión de su propia cultura. En tanto que los otros grupos humanos que reciben dichos productos “leen” la película desde sus propios valores y tradiciones, es decir, desde su propio ser cultural.

Es por ello que el cine nos puede hablar de lo que la sociedad mexicana, o algún sector de ella, entiende por ser indio, pero a la vez le “enseña” a esa misma sociedad lo que “debe ser” el ser indio, incluidos desde luego a los otros, a los mismos indios. Así pues, lo indio en el cine también se puede convertir en un punto de contacto entre las diferentes etnias; en el caso de México se tiene por un lado al sector dominador: la sociedad nacional, y por el otro, al dominado: los indios. Sin duda, el cine ha influido tanto en el reforzamiento de la identidad y de la cultura nacional e india como en su permanencia, transformación o destrucción.⁴

La identidad étnica es parte de la cultura pero puede —como el cine lo muestra de manera clara en los filmes que aquí se analizan— manejarse de manera alterna a la cultura. Uno puede identificarse o no como indígena, es decir, se puede tener una cultura india y ésta

puede ser negada o no por la persona; sobre todo cuando se ha migrado, para tratar de ser aceptado por los miembros de la otra sociedad se niega la cultura y la identidad propias, en tanto que al regresar o al relacionarse con individuos del mismo grupo se puede volver a recurrir a la identidad negada, aunque la cultura étnica desaparezca o haya sido modificada. Por lo tanto, la aceptación de la identidad y de la práctica de determinada cultura pueden o no darse de manera simultánea.⁵

Por otra parte, la definición de cultura nacional resulta de un imaginario colectivo que nos habla de la mexicanidad; sin embargo, es claro que los “mexicanos” del sur son diferentes a los del norte y ambos a los de la costa: se es mexicano porque se comparte una serie de patrones culturales, pero en las diferentes regiones encontramos gran cantidad de particularidades que harían pensar en que se está ante distintos grupos étnicos, a los que sin embargo se les denomina como los miembros de “la sociedad nacional” o “los mexicanos”.

En este artículo se intenta confrontar la imagen del indio en dos momentos de la historia de México, a través de dos personajes, actores-directores del cine, como son Emilio Fernández, *El Indio* Fernández y María Elena Velasco, *La India* María. Como reflejo de la construcción de la identidad de lo “otro”, como es el indígena, y al mismo tiempo de lo propio, es decir, lo indio como parte del pasado y del presente del ser nacional.

Nos interesa comparar cómo se presenta la identidad del indígena y de lo indígena en dos películas, una, de los años cuarenta y otra de los noventa, tanto en el aspecto de reflejar los valores y criterios con los que la sociedad se comporta, como el deber ser que se desea transmitir a los espectadores. Es decir, se considera que el cine se nutre de la realidad social, pero al mismo tiempo trata de sancionarla, ya sea modificándola o manteniéndola.

Se parte del principio de que ambos directores nos hablan de las características socioculturales que un sector de la sociedad le da a lo indio y por contraste a su propia identidad. Se han elegido a estos dos directores porque han tenido un fuerte impacto en la sociedad de su tiempo y porque se considera, como ya se mencio-

33; Samuel Villela, “Fotografía y antropología”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 2, México, enero-marzo, 1990, pp. 24-31; Octavio Hernández, “Antropología visual”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 31, México, julio-septiembre, 1990, pp. 46-50; Samuel Villela, “Panorama de la antropología visual en México”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 32, México, octubre-diciembre, 1990, pp. 38-43; Margarita Nolasco, “Los medios audiovisuales y la antropología”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 35, México, julio-septiembre, 1991, pp. 42-49.

³ Véase Julia Tuñón, *op. cit.*; Julia Tuñón, “Españoles y libaneses en pantalla”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 44, México, julio-diciembre, 1996, pp. 54-66; Julia Tuñón, “La familia: ausencia y deseo en los ‘Los olvidados’ de Luis Buñuel”, en *Antropología. Boletín Oficial del INAH*, nueva época, núm. 50, México, abril-junio, 1998, pp. 3-20.

⁴ Véase Margarita Nolasco, *op. cit.*

⁵ Véase Miguel Alberto Bartolomé y Alicia Mabel Barabas, *La pluralidad en peligro*, México, INAH-INI, 1996.



En primer plano, Columba Domínguez, Diego Rivera y Emilio Fernández. (Fototeca Nacional del INAH en Pachuca.)

nó, que la película de éxito es la que sabe expresar y dar cauce a los anhelos de la sociedad de su época.

Desde luego la sociedad mexicana de los años cuarenta es totalmente diferente a la de los ochenta y noventa, tanto por sus anhelos y dimensiones como por sus características socioculturales, al igual que las circunstancias de los dos actores-directores seleccionados.

Emilio Fernández⁶ nació en Hondo, municipio de Salinas, Coahuila, en 1904 y murió en el Distrito Federal en 1986. También se dice que nació en Torreón y que a los 12 años se incorporó a la revolución y obtuvo el grado de capitán de caballería. Durante los años veinte estuvo en Hollywood, donde le dieron el apodo de *El Indio*, fue extra de cine como actor y como bailarín. Al regresar a México actuó en *Corazón Bandole-*

ro (1934), primera de las 43 cintas en las que apareció; fue protagonista de *Janitzio* (1934) y se inició como director con *La isla de la pasión* (1941). En 1943 formó equipo con el guionista Mauricio Magdaleno y el fotógrafo Gabriel Figueroa. El crítico Jorge Ayala Blanco lo considera como el más grande realizador del cine mexicano en la Época de Oro y el máximo representante del nacionalismo en el terreno fílmico; entre las cintas dirigidas por él se cuentan por lo menos diez clásicos de la cinematografía mexicana: *Flor Silvestre* (1943), *María Candelaria* (1943), *La perla* (1945), *Enamorada* (1946), *Río escondido* (1947), *Salón México* (1948), *Pueblerina* (1948), *La malquerida* (1949), *Víctimas del pecado* (1950) y *Una cita de amor* (1956). A las anteriores películas se agregan otras 32 para sumar un total de 42 filmes dirigidos por él entre los que se encuentran: *La red*, *Las abandonadas*, *Bugambilia*, *Islas Marías*, *México norte*, *Un dorado de Villa*, *La choca*, *Zona roja*. *El Indio* recibió varios premios internacionales y en 1976

⁶ Datos biográficos tomados de Humberto Musacchio, *Diccionario Enciclopédico de México*, México, 1989, p. 626.

la Asociación Nacional de Actores le otorgó el premio “Eduardo Arozamena” por sus 50 años como actor.

Por su parte, María Elena Velasco⁷ nació en la ciudad de Puebla dentro de una familia de la clase trabajadora, con la cual se trasladó en su adolescencia a México, donde tiempo después encontró su primer trabajo como corista en el teatro de revista (género que por varias décadas fue el espectáculo principal de la gran capital). Durante varios años Velasco desempeñó dicho oficio hasta que incursionó como “patíño” (actor que ayuda al cómico) de grandes comediantes como *Palillo, Mantequilla, Borolas, Resortes* y tiempo después surgió el personaje de *La India María* en el teatro Blancaquita y al poco tiempo recibió la oportunidad de aparecer en televisión y así comenzar una carrera dentro de los medios electrónicos participando en un inicio en *Siempre*

⁷ Los datos biográficos fueron obtenidos por comunicación personal con María Elena Velasco, México D. F., 31 de julio de 1998.



La India María (Foto: Vlady Realizadores, S.A. de C.V.)

Cuadro 1. Películas de *La India María*

Películas	Año de producción	Director
<i>Tonta tonta pero no tanto</i>	1970	Fernando Cortés
<i>Pobre pero honrada</i>	1971	Fernando Cortés
<i>El miedo no anda en burro</i>	1972	Fernando Cortés
<i>La madrecita</i>	1973	Fernando Cortés
<i>La comadrita</i>	1974	Fernando Cortés
<i>Duro pero seguro</i>	1975	Fernando Cortés
<i>La presidenta municipal</i>	1976	Fernando Cortés
<i>Sor tequila</i>	1977	Rogelio González
<i>O.K. mister Pancho</i>	1978	Gilberto Martínez Solares
<i>El que no corre vuela</i>	1979	Gilberto Martínez Solares
<i>El coyote emplumado</i>	1981	María Elena Velasco
<i>Ni Chana ni Juana</i>	1982	María Elena Velasco
<i>Ni de aquí ni de allá</i>	1985	María Elena Velasco
<i>Se equivocó la cigüeña</i>	1992	María Elena Velasco
<i>Las delicias del poder</i>	1997	Ivan Lipkies

Fuente: Comunicación personal con María Velasco, México, 31 de julio de 1998.

en *Domingo* y posteriormente en varias series propias, siendo la última *Ay María que puntería*. Al poco tiempo de aparecer en la televisión *La India María* comenzó su camino por el cine, que de alguna manera es el que más ha identificado al personaje con el público de habla hispana tanto nacional como internacionalmente. Velasco ha realizado los guiones de sus últimas cinco películas, de las cuales ha dirigido cuatro. También escribió y dirigió el espectáculo teatral “México canta y aguanta”. El personaje de *La India María* se ha presentado en teatro, palenque, centro nocturno, jaripeo, cine y televisión, e incluso se han hecho *comics*. Hasta la fecha ha aparecido en 15 películas (véase el cuadro 1).

Las dos realidades

Los años cuarenta y los ochenta representan dos épocas y dos cines: a la primera se le llama Época de Oro del cine nacional y en ella se siente retratada la sociedad nacional, a la segunda se le considera la época del “churro” y sólo es aceptada por algunos sectores de nuestra sociedad.

En la producción de estos dos cines también interviene otros factores, como son el monto de la población y por lo tanto una diversidad social de magnitud diferente, y las características del cine. Uno era en blanco y negro, quizás más cercano al sueño, en una época en que sólo se lo veía en salas, era una pantalla enorme y una sala oscura que le permitía al espectador colocarse lo más cercano posible a “soñar despierto”. Se hacía cine para el cine, a diferencia del actual que se hace también pensando en la televisión y que va dirigido a una sociedad más diversa, con más carga de “realidad”, pues el filme es “a todo color”; se ve lo mismo en la pantalla grande que en la chica y por medio del video no se le obliga al auditorio a asistir a la sala cinematográfica en la temporada de exhibición, se accede a él en cualquier tiempo y lugar, así la sociedad no comparte ya el mensaje de manera simultánea, pues nadie corre a ver el estreno, sabiendo que es posible tener acceso a él ahora o siempre y por lo tanto el gran impacto que tuvo el cine en el total social en la década de los cuarenta se diluye sensiblemente para la época actual.

La película de El Indio

De entre la numerosa producción realizada por Emilio Fernández se eligió para ser descrita aquí la película *Río escondido*, producida en 1947, donde participan como guionistas *El Indio* y Mauricio Magdaleno, mientras que de la fotografía se encarga Gabriel Figueroa.

Río escondido es una película que hace eco de algunos de los postulados de la ideología de los gobiernos posteriores a la Revolución, donde la escuela y la salud se convierten en el binomio del desarrollo y de la integración nacional, pues con ellos “los indios progresan y se convierten en mexicanos”.

Los valores del filme están representados por la alfabetización y la salud, esta última ejemplificada en la lucha contra la viruela por medio del uso de la vacuna. Por ello realizar el servicio social en las comunidades más apartadas se convierte para maestros y médicos en un signo de solidaridad y ayuda al país.

Los antivalores están representados por el cacique, que apoyado en un fuerte machismo y aliado con la enfermedad y el analfabetismo, le permiten impedir que los indios se integren a la nación y sean fáciles víctimas de su explotación.

Los héroes son la maestra y el médico que al alfabetizar y curar, a pesar de los obstáculos que les pone el cacique, liberan e integran al indio a la nación; en tanto que las expresiones del ser indio se hacen folclore por medio del ballet, o se encauzan al presentar a Benito Juárez como el modelo del deber ser del indio, que sólo se realiza en su integración a la nación mexicana. El papel de la Iglesia, por medio del sacerdote, sólo se convierte en decisivo con la presencia entusiasta de la maestra y del médico preocupados por los indígenas, ya que ante la llamada de la campana del templo los indios sólo acuden “como borregos”. Pero una vez unidos la maestra, el médico y el cura en favor de los indios y exasperados éstos por las arbitrariedades del cacique que los obliga a la rebelión, terminan linchándolo junto con sus cómplices. Así queda abierto el camino para la libertad de los indios y su integración a la nación.

La película de La India

La película *Se equivocó la cigüeña* parte de un hecho de nuestra patología social urbana: el robo de recién nacidos en los hospitales. En ella, Velasco desarrolla un tema de enredos “cómicos”, donde utiliza a su personaje, que se caracteriza por su ignorancia, su persistente desconfianza a la policía y la manía porque los miembros de la sociedad nacional la consideran, en principio, por ser india, como un ser culpable, situación que también aprovechan los malos para sacar ventaja; sin embargo, la inocencia de la indígena le permite salir airoso de las acusaciones y problemas que se le presentan.

En la película destaca el hecho de que las mujeres que salen de su pueblo a trabajar a la ciudad se llenan de hijos, mismos que llevan a encargar con sus padres al pueblo.

La comicidad del filme parte de los dos lenguajes que hablan, por un lado, el indio, y por el otro, los miembros de la sociedad nacional: inclusive el sacerdote cae en la trampa del doble lenguaje cultural.

A la policía no le interesa descubrir al culpable sino castigar a la india, lo que da motivo para que en una buena parte de la película, ésta se dedique a enfrentarse con la policía, golpeándola y burlándose de ella.

El malo de la cinta es el único que se preocupa por dialogar con la indígena, pero sólo para conseguir sus fines perversos, y así logra de manera inmediata que ella esté dispuesta a cooperar con él para salir de un

problema que nadie ha podido entender y menos resolver, lo que finalmente lleva a la conclusión de la historia, donde un personaje bondadoso y blanco, el abuelo del niño secuestrado, logra hacer entender a la policía que la india es inocente y víctima de las circunstancias propiciadas por un lado por los malos y por el otro por la misma sociedad y su policía, que nunca la comprenden.

La moraleja nos dice, al repetirse la misma situación que se originó al inicio de la cinta, que ésta es la condición recurrente del indio que vive en la ciudad.

Conclusiones

Los dos "indios" del cine tienen en común el no ser indios, sino miembros de la sociedad nacional; por tanto, en sus películas describen el ser indio desde la percepción que les da su identidad diferente: es una visión del indio, pero sin él.

El Indio Fernández se reafirma por su nacionalismo, basado en el mestizaje; *La India María* por el uso de la indumentaria de las mujeres mazahuas, por su peculiar forma de hablar el español y por su terquedad en continuar siendo, película tras película, india! No la vemos integrarse a la sociedad nacional, sino que permanece con su estatus de indígena.

El Indio Fernández comparte la ideología de la Revolución acerca de la necesidad de integrar a los indios a la nación. El personaje de *La India María* surge de las reivindicaciones étnicas de las mazahuas durante las décadas de los sesenta y setenta, que utilizaban su atuen-

do para evitar ser detenidas por la policía mientras realizaban la venta de mercancías en la vía pública de la Ciudad de México.

En los años cuarenta, los indios en México vivían en su gran mayoría en comunidades aisladas y dispersas por todo el país;⁸ en los noventa viven también en la ciudad⁹ y han hecho de ella un novedoso tipo de comunidad indígena.¹⁰

Para Emilio Fernández, el indio vive en la comunidad rural aislado, explotado por el cacique y lejos del progreso que requiere para ser integrado a la nación; para *La India María*, vive en la ciudad pero sin comunidad, sus miembros o se han quedado en el pueblo o como ella han migrado, pero perdiendo o al menos disfrazando su identidad.

Los indios no producen su propio cine, pero se sigue haciendo cine sobre ellos; en los años cuarenta, para enseñarles cómo integrarse a la nación, y en los ochenta y noventa para mostrarles las consecuencias de la migración y de mantener su identidad, la que los lleva a encontrar distintas y variadas formas de fricciones interétnicas.

Estamos muy lejos aún de que los propios indígenas utilicen el cine para recrear su cultura, y también nos damos cuenta que no sabemos nada de la opinión que los indígenas tienen del cine que se hace tomándolos como protagonistas y a su situación social como trama del argumento desarrollado.¹¹ No sabemos si ven ese cine y en caso de que lo vean: ¿les divierte, les enseña, lo consideran burlón, se identifican con él, o piensan que los valora?

⁸ Véase G. Aguirre Beltrán, *Regiones de refugio: el desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en mestizo América*, México, SEP-INI (Sepini, 17), 1973.

⁹ Véase Luz María Brunt Rivera, "Tenochtitlan recobrada. Migración indígena a la zona metropolitana Ciudad de México, 1980", tesis de maestría, México, ENAH, 1992.

¹⁰ Véase Héctor Tejera Gaona, "La comunidad indígena", en *Diversidad étnica y conflicto en América Latina*, vol. II, México, UNAM y Plaza y Valdés, 1995, pp. 217-227.

¹¹ *La India María* nos dice que: "En mis presentaciones personales descubro que el público indígena que asiste se divierte mucho", comunicación personal con María Elena Velasco, México, D. F., 31 de julio de 1998.

Martha Hernández Cáliz

Microcurtidurías domiciliarias en León, Guanajuato

El objetivo del presente escrito es conocer las relaciones entre los espacios productivo y doméstico en las viviendas de los curtidores domiciliarios de la ciudad de León, Guanajuato. Asimismo se intenta conocer el aporte familiar tanto en fuerza de trabajo como en espacios vitales, para hacer posible la existencia de microempresas familiares domiciliarias, en una rama industrial muy intensiva en capital y tecnología en sus primeras fases.

Este texto toma como soporte los resultados de un primer periodo de trabajo de campo realizado en los meses de junio y julio de 1996, en torno a las microempresas curtidoras domiciliarias en León, Guanajuato.

La industria curtidora en León

En la ciudad de León se ubica el 76.5 por ciento de las empresas curtidoras del país, el resto de las compañías se disemina en siete entidades federativas y en la capital de la República.

Dicha concentración de la actividad curtidora se debe a que en esa misma también se encuentra asentada la industria del calzado más importante de la nación (el 55.7 por ciento de sus empresas). Además, la rama curtidora abastece a subsectores como los del vestido, artículos de viaje y marroquinería.

De las 600 a 700 empresas que aproximadamente constituyen la industria del curtido que opera en esa ciudad guanajuatense, 80.1 por ciento está representa-

do por microempresas que emplean de uno a 15 trabajadores.¹ Se dice que la rama curtidora sigue la ley del 80/20, ya que el 80 por ciento de sus firmas aporta únicamente el 20 por ciento de la producción total de la rama, mientras el 20 por ciento de las empresas, que son medianas y grandes, abastece el 80 por ciento de la demanda del mercado de pieles.²

Las microcurtidurías se encargan de procesar los cueros provenientes de los recursos locales. Dichos cueros son muy delgados o pequeños y tienen defectos ocasionados por epidemias o durante el proceso de desuello. Esas pieles no siempre son demandadas por las principales empresas de calzado ubicadas en León, que se encargan fundamentalmente de la fabricación de zapato masculino, sino por los pequeños y microtalleres de calzado, especializados en zapato femenino e infantil, así como por los talleres que elaboran prendas de vestir, artículos de viaje y marroquinería y objetos de talabartería (Morris, 1992:194). No obstante, una proporción de esas pieles, que podrían considerarse de mediana y baja calidad, se destina a la elaboración de calzado masculino y también a manufacturar forros, guantes de carnaza y tubos de bota.

Aunque los microtalleres de curtido trabajan sobre todo para talleres de calzado igualmente diminutos y

¹ Cámara de la Industria de la Curtiduría, *La industria de la curtiduría en México y el estado de Guanajuato*, 1994.

² Entrevista con el gerente de la Asociación Nacional de Curtidores, ingeniero Guillermo Morfín Luna.

pequeños —fundamentalmente de León, pero también de otros estados de la República—, existen pequeñas y medianas empresas de calzado que se abastecen de pieles en las microcurtidurías que pueden ofrecer productos de mediana y alta calidad, y además a crédito.

La microcurtiduría domiciliaria

De acuerdo con Morris, en León se produce el 60 por ciento de la industria nacional de curtido en aproximadamente 600 tenerías, la mayoría de las cuales aparece y desaparece de los negocios y varias de ellas laboran, especialmente al principio, sin registro oficial (Morris, 1992:194). Dentro de este universo de empresas existe un sector de curtidurías diminutas, que son las que operan en el interior de las viviendas de sus propietarios.

Un número importante de tales microempresas se dedica, paradójicamente, a las primeras etapas del procesamiento de pieles de ganado bovino, equino y asnal, pese a que son las fases que demandan mayor inversión de capitales.

Gran parte de las microempresas familiares estudiadas venden sus productos en *croce*, es decir, sin acabados, etapa que es la más intensiva en cuanto a fuerza de trabajo y requiere menor inversión de capitales. Esto es así porque sus viviendas no cuentan con el espacio suficiente para establecer una zona de acabados y porque no tienen la capacidad económica para contratar más de dos trabajadores de manera permanente. No obstante, algunas microcurtidurías domiciliares pueden proveer pieles acabadas a empresas medianas y grandes, lo cual es posible gracias a la existencia de una mayor fuerza de trabajo familiar.

Como señalamos antes, la etapa “húmeda” del procesamiento de pieles es altamente intensiva, tanto en capital como en tecnología, y se subdivide en más o menos ocho fases, para este desempeño las microempresas domiciliares no cuentan con toda la maquinaria requerida. Por tal motivo, al menos cuatro de las partes del “proceso húmedo” salen del taller domiciliario y se realizan o “maquilan” en otras curtidurías o en empresas concentradas en cada uno de los pasos del proceso de curtido que exigen una maquinaria especializada. Por ejemplo, hay maquiladoras encargadas sólo de dividir, escurrir, aflojar o raspar las pieles. Algunas curtidurías evitan los costos que supone mandar

a maquilar las fases señaladas y se realizan allí mismo de manera artesanal, lo cual da lugar a un proceso productivo largo y tedioso que triplica la labor de los miembros de la familia y trabajadores asalariados, además de que la calidad de las pieles pierde homogeneidad.

La clase de equipo disponible en estas microcurtidurías es el mínimo necesario para echar a andar el proceso químico, esto es, tambores y paletos de madera, así como piletas de concreto (residuos de antiguas tenerías paternas, en algunos casos). Debido al espacio reducido que puede concederle una vivienda a un taller de curtido, y también al limitado capital disponible, la capacidad del equipo es restringida, de tal suerte que el volumen de producción de las casas-tenería es de 200 a 300 pieles a la semana, cantidad mínima si la comparamos con el rendimiento de microcurtidurías no domiciliares, que procesan de 600 a 700 pieles semanalmente.

Organización espacial y uso de la casa-tenería

Para ejemplificar las relaciones entre los espacios doméstico y productivo que tienen lugar en las microcurtidurías domiciliares, a continuación describiremos su estructura espacial, así como el uso que de ellos hacen los miembros de la familia y trabajadores asalariados, mediante las actividades que desarrollan.

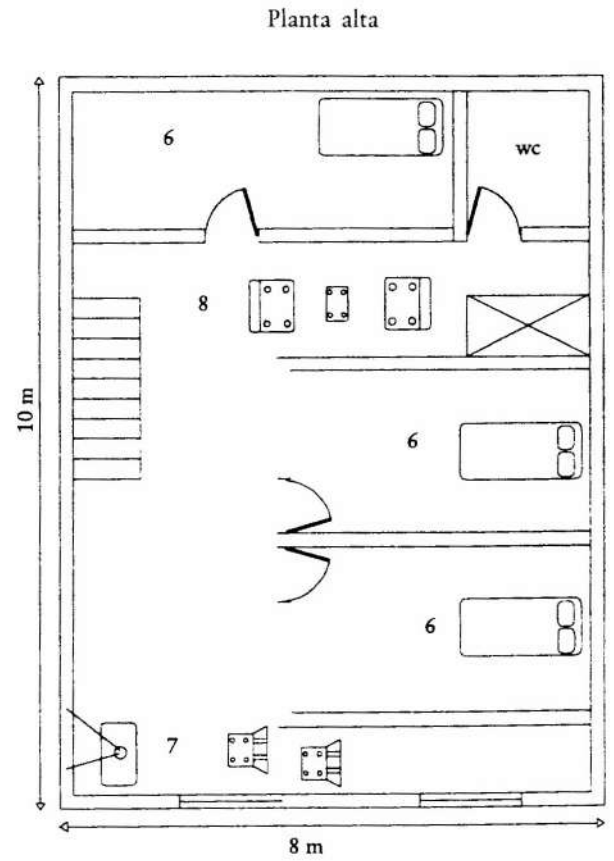
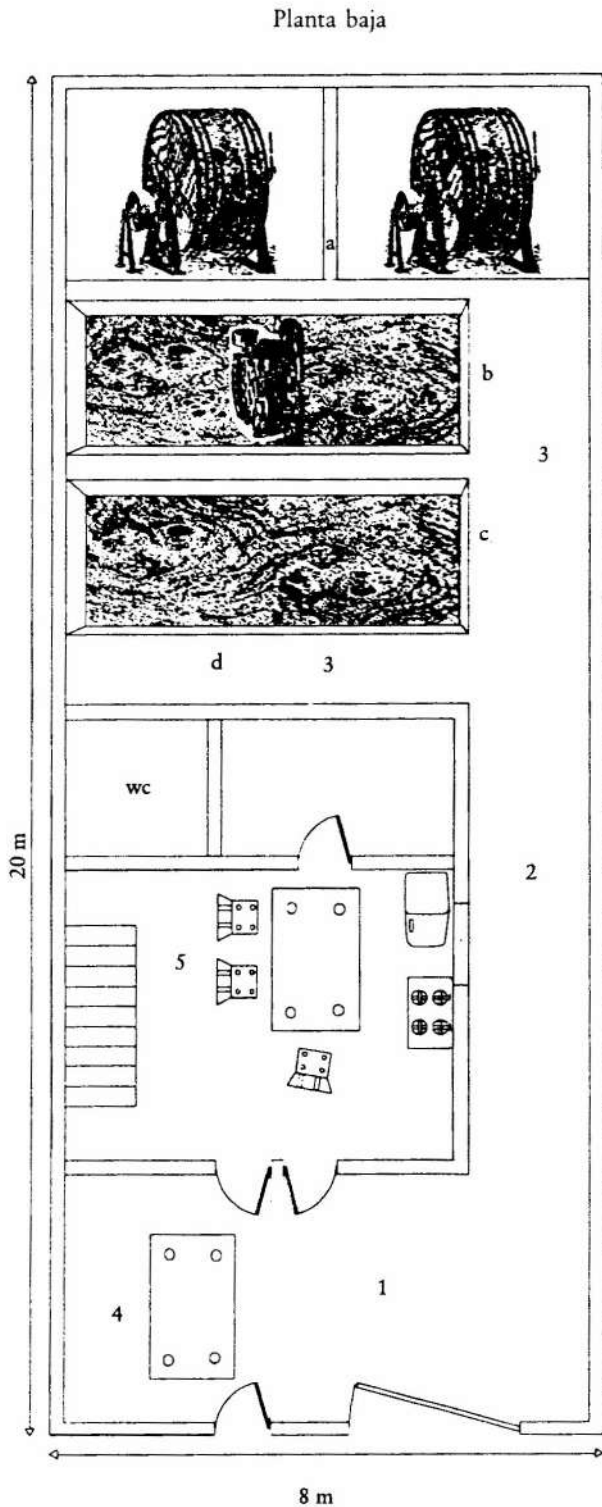
La mayoría de las casas-tenería estudiadas se localiza en el barrio donde se establecieron los primeros curtidores de la ciudad de León, el Barrio Arriba. Actualmente esta actividad se ha expandido a colonias de la periferia y a los parques industriales creados por el gobierno del Estado con el propósito de controlar los desechos altamente contaminantes de esta industria; sin embargo, en el Barrio Arriba todavía se concentra una importante actividad de curtidurías medianas, pequeñas y microtalleres.

Las tenerías domiciliares estudiadas son empresas familiares, cuya historia nos indica dos formas de establecimiento:

- a) La que siguieron los hijos de antiguos curtidores, quienes heredaron de sus padres una porción del equipo y casa o terreno, así como un oficio que requiere de extensos conocimientos técnicos.
- b) La que siguieron los curtidores que se iniciaron en el ramo, primero como asalariados, después maqui-

ANTROPOLOGÍA

Microcurtiduría 1



(Dibujos: Margarito Hernández Pérez.)

1. Entrada a garage y zona de descarga de pieles.
2. Pasillo y almacén de instrumentos y materiales de trabajo.
3. Patio de curtido: a) tambores, b) paleta, c) piletas, d) zona de descarte.
4. Entrada a casa y cuarto de "desorillado".
5. Cocina-comedor y zona de actividades secretariales.
6. Recámaras (en algunas se almacenan pieles terminadas).
7. Pasillo para ver televisión.
8. Sala.

lando por su cuenta todas las fases del proceso de trabajo y al final adquiriendo terrenos donde construyeron algunas habitaciones. Paulatinamente, conforme el éxito de la empresa lo permitía, fueron adecuando parte del terreno de la vivienda para instalar el equipo donde procesarían las pieles.

En todos los casos, el crecimiento de la tenería obligó a modificar la vivienda. Los cambios fueron graduales, de acuerdo con las posibilidades económicas y preferencias de sus dueños. Las soluciones fueron diversas: derribaron antiguas recámaras y cocinas, y se construyó un segundo nivel para la vivienda; otros recorrieron el espacio productivo a la parte trasera o delantera de los terrenos y también adquirieron lotes aledaños para incrementar la infraestructura de la tenería. Asimismo, el crecimiento de la familia también fue motivo para que la residencia creciera hasta un segundo y tercer nivel.

Aunque con diferente distribución de los elementos físicos y distintos tamaños y materiales, las casas-tenería poseen actualmente una organización espacial básica que depende de la existencia, en la zona de la vivienda, de una cocina, recámaras, pasillos y azotea; en las empresas de mayor tamaño también incluyen un patio, sala y estudio. En el área productiva se ubica el llamado "patio" de curtido, donde se encuentran los principales medios de trabajo para el procesamiento de las pieles; también puede incluir un espacio donde se realiza el "desorillado", o separación de las orillas maltratadas de las pieles; este espacio puede situarse también dentro de la zona habitacional. Las tenerías domiciliarias de mayor tamaño pueden incluir una zona para el secado de las pieles y otra para realizar los acabados. Las que no cuentan con estos espacios dentro de la casa-tenería, rentan solares para el secado de las pieles o las venden sólo curtidas, sin acabados.

Dependiendo de la extensión del terreno que ocupan las curtidurías estudiadas, muestran diferentes niveles de sobreposición entre los espacios doméstico y productivo, es decir, a falta de mayor lugar para trabajar las pieles en el patio de curtido, las viviendas pueden fungir como espacios de trabajo, simultánea o alternadamente, y como espacios de la vida familiar.

En las tenerías más pequeñas, el taller y la casa comparten la puerta de entrada. Los pasillos y los patios se utilizan para actividades domésticas y del curtido. Las cocinas pueden funcionar como la oficina de la empre-

sa y como comedor para los trabajadores asalariados y miembros de la familia. En las recámaras se almacenan las pieles terminadas y el cuarto donde se realizan los acabados de las pieles puede utilizarse como estudio para los niños.

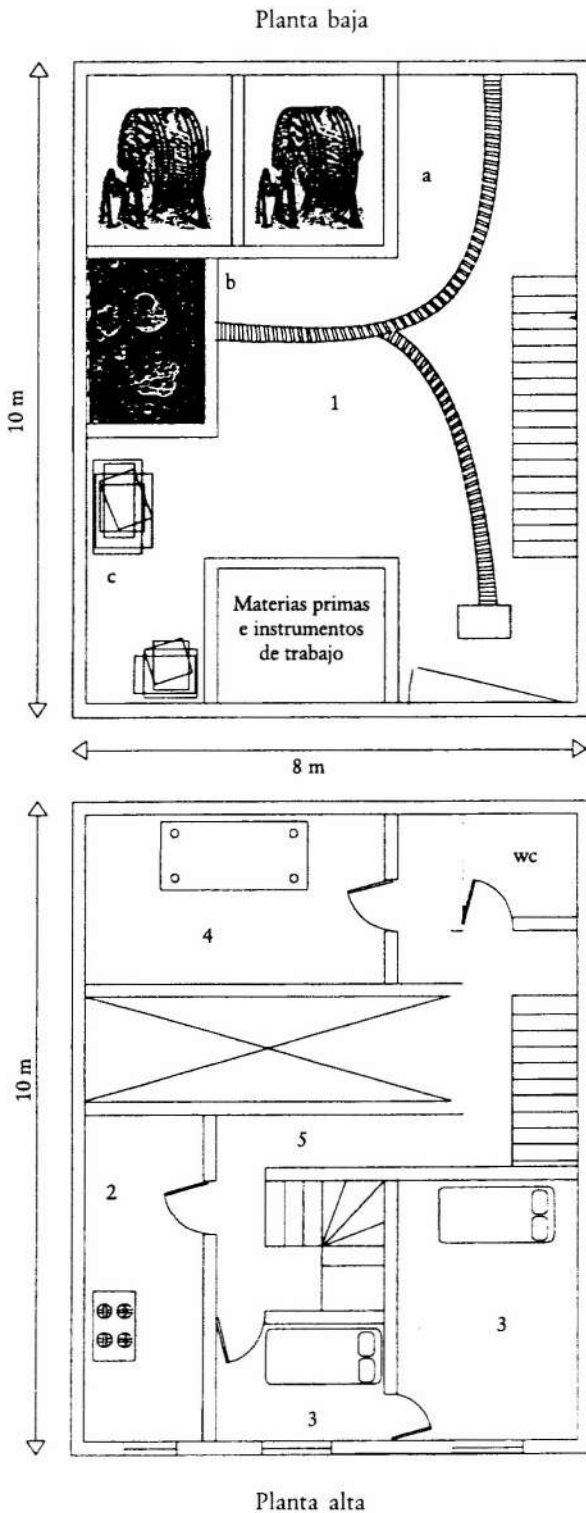
Las casas-tenería más grandes logran una separación e independencia mayores entre ambos espacios, con barreras físicas como puertas y paredes. Se busca la separación a medida que aumentan los recursos de la empresa. Sin embargo, la independencia que se logra no es total, ya que las recámaras o los pasillos internos se siguen usando como almacén de pieles, la cocina o recámara para las actividades secretariales y algunas fases del proceso productivo (como el desorillado) se efectúan en cuartos de la vivienda. Asimismo, el ruido y olores provenientes del lugar de trabajo, y los juegos de los niños y su proceso de aprendizaje del oficio, traspasan las fronteras físicas entre la casa y el "patio" de curtido. Se puede decir entonces que las barreras físicas han limitado la injerencia de trabajadores no emparentados y clientes en la esfera privada de la familia, pero no han evitado totalmente la superposición de los espacios domésticos y productivos.

En cuanto al uso de estos lugares, las actividades que realizan los miembros de la familia y los trabajadores asalariados determinan diferentes radios de acción o niveles de acceso y uso de los lugares que constituyen el conjunto casa-tenería. A su vez, el lugar que se ocupa en las estructuras familiar y laboral influye en las actividades que desarrollan los usuarios de las microcurtidurías domiciliarias.

Por ejemplo, el jefe de familia tiene acceso a todos los lugares públicos y privados de la tenería domiciliaria pero, como dueño del negocio y en sus diferentes funciones de trabajador directo, supervisor, administrador y vendedor de las pieles, tiene como espacios de movimiento el patio de curtido y los cuartos de la casa donde se desarrollan tareas productivas. Además, su área de acción se extiende también a las calles del Barrio Arriba y a diferentes puntos de la ciudad, donde realiza actividades claves para la empresa, por ejemplo, la compra de materias primas, el transporte de las pieles para maquilar algunas fases del proceso de trabajo y la entrega de pedidos.

Los espacios de movimiento de las esposas se centran casi exclusivamente en la casa-tenería porque son las encargadas de las tareas domésticas, las cuales no las exentan de funciones relacionadas con la empresa,

Microcurtiduría 2



Dibujos: Margarito Hernández Pérez.

como la supervisión del trabajo y trato con clientes (en ausencia del marido), tareas secretariales, y fases del trabajo menos especializadas, como el colgado de las pieles para que se escurran y el desorillado.

El espacio más frecuentado por el ama de casa es la cocina; desde ahí realiza la mayor parte de sus actividades y supervisa el trabajo de los asalariados y miembros de la familia. Una actividad importante que tiene lugar en la cocina es la preparación de la comida tanto para la familia como para los miembros de la empresa, pues algunos productores domiciliarios consideran preferible encargarse de la alimentación de sus trabajadores para evitar que las fases de curtido se retrasen con el traslado de los obreros a sus casas; esto se debe a que el proceso de curtido, si bien no demanda en todo momento un esfuerzo físico excesivo, sí requiere atención constante a los tiempos en que los agentes químicos deben cambiarse.

Las actividades de las hijas están más centradas en la esfera doméstica y desempeñan funciones de apoyo a las amas de casa en las tareas hogareñas y secretariales. Al igual que aquéllas, los espacios públicos donde se desenvuelven se limitan a la tienda, mercado y escuela.

En el caso de los hijos varones, a medida que crecen amplían sus espacios de actividad; ellos se integran más a las operaciones del procesamiento de pieles y, pasan de actuar casi exclusivamente en la vivienda, al taller de curtido, al barrio y a la ciudad. Desde los siete u ocho años comienzan como ayudantes en tareas sencillas. A los adolescentes, quienes suelen dividir su tiempo entre la escuela y el trabajo en la empresa familiar, se les exige mayor participación como asistentes de los curtidores a cargo del proceso y participan también como desorilladores para evitar la contratación de trabajadores externos.

En el caso de los hijos jóvenes y adultos, ya sea que sigan formando parte de la unidad doméstica o que sólo trabajen como asalariados, tienen una mayor partici-

1. Patio de curtido: a) tambores, b) pileta, c) cueros sin procesar.
2. Cocina-comedor.
3. Recámaras.
4. Cuarto de desorillado y pigmento.
5. Pasillo desde donde se pueden supervisar los trabajos que se realizan en la planta baja.

pación en la empresa familiar, tanto en el aspecto técnico como en el administrativo. Aunque es el padre quien sigue tomando las decisiones, los hijos mayores asumen una función similar a la de consejeros.

Por tanto, al igual que los jefes de familia, los hijos varones, si bien tienen acceso a todos los lugares de la casa-tenería, sus principales espacios de acción son los productivos y las áreas urbanas relacionadas con el funcionamiento de la microempresa.

La organización del curtido domiciliario se basa en la aportación laboral de los integrantes de la unidad doméstica y en la participación de trabajadores asalariados. La planta de asalariados de las tenerías estudiadas están conformadas de dos a cuatro trabajadores eventuales y dos hijos.

Los trabajadores eventuales sólo asisten una o dos veces a la semana para separar los residuos de carne de los cueros recién depilados y para clavarlos en tablas y exponerlos al sol.

Las funciones de los obreros fijos son el tratamiento de las pieles, verificar que circulen entre piletas y tambores para que sean agitadas y reposen con las cantidades adecuadas de químicos y agua y en los tiempos precisos, si no se quiere alterar la calidad que se esperaba obtener. A este tipo de trabajadores se les conoce como "tamboreros", ya que es en los tambores donde realizan la mayor parte de las fases que demanda el curtido de pieles, aunque también reciben el nombre de trabajadores de "patio", porque así se llama a la parte de las tenerías donde se realiza el proceso húmedo de los cueros; precisamente ésta es el área principal utilizada por los asalariados no emparentados con la familia propietaria de la curtiduría.

En ocasiones los trabajadores fijos pueden traspasar el espacio doméstico cuando tienen tiempo libre y ayudan en tareas como el desorillado y el almacenamiento de las pieles en las recámaras, o cuando los dueños acostumbra alimentar a sus trabajadores en la cocina familiar. Esto no siempre ocurre, ya que las familias curtidoras tratan de limitar en lo posible el acceso de trabajadores y clientes a las habitaciones que constituyen su esfera de vida privada.

Conclusiones

De acuerdo con Amos Rapoport, las actividades que lleva a cabo un grupo determinado de personas son expresiones de su cultura, valores y estilo de vida y los entornos en los cuales desarrollan tales tareas son creados, al menos en principio, para favorecer su desarrollo. Como las labores importan, no sólo por su aspecto instrumental, sino también por la forma en que se vinculan con otras operaciones y por su significado, no se pueden estudiar funciones aisladas, sino sistemas de actividades en el contexto de los estilos de asentamientos o foros, en los cuales tales ocupaciones tienen lugar (Rapoport, 1977).

Aquí consideramos que la casa-tenería es un sistema de foros de actividad que favorece la continuación de un estilo de vida y que valora la permanencia del oficio de curtidor como productor independiente; para ello se invierten importantes haberes de la unidad doméstica propietaria: espacios vitales, fuerza de trabajo familiar y redes de relaciones sociales, que facilitan el reclutamiento de mano de obra flexible, contratable o despedible según los requerimientos del mercado y sin atender a la legislación laboral vigente.

Estimamos que el aporte de estos tres elementos hace posible que las casas-tenería sean capaces de adaptar su producción a las necesidades cambiantes del mercado y de proveer pieles de bajo costo; eso les ha permitido sobrevivir, a pesar de los pronósticos desfavorables, y formar parte de la red de empresas, de distintos tamaños y giros, que alimentan a la principal industria de calzado del país.

Bibliografía

- La industria de la curtiduría en México y el estado de Guanajuato*, México, Cámara de la Industria de la Curtiduría, 1994.
- Lawrence, Denise L. y Setha M. Low, "The Built Environment and Spatial Form", en *Annual Review of Anthropology*, 19, 1990.
- Morris, Arthur y Stella Lowder, "Flexible Specialization: The Application of Theory in a Poor-Country Context: Leon, Mexico", en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 16, núm. 2, 1992.
- Rapoport, Amos, *Human Aspects of Urban Form*, Inglaterra, Pergamon Press, 1977.
- , "Systems of activities and Systems of Settings", 1977.

Las enfermedades crónicas y el reumatismo en el norte de México

De acuerdo con Haggard (1962:15), los padecimientos reumáticos han afectado a la humanidad desde épocas prehistóricas. Los estudios paleontológicos han detectado afecciones articulares que datan de miles de años, como lo constata el hallazgo de huesos con alteraciones patológicas causadas por la artritis reumatoide en Francia, Alemania, Escandinavia e Inglaterra. Las osamentas encontradas en esas regiones pertenecen al periodo Neolítico.¹ Estos huesos presentan una superficie irregular, en vez de una lisa normal,² hecho que indica que las personas afectadas por enfermedades reumáticas sufrieron un proceso inflamatorio³ del periostio (periostitis) y de la médula ósea (osteomielitis). Tales enfermedades se han registrado en restos óseos hallados en países africanos como Egipto (Löbsack, 1986:118) y en épocas recientes (900-1521 dne) en el continente americano, específicamente en México (Mansilla, 1995:2327-2330).

El inventario de datos de estos trastornos en los habitantes de distintos continentes da pauta para aseverar que los enfermos con este mal sufrieron dolores articulares y probablemente, al progresar la enfermedad, presentaron miembros anquilosados e invalidez parcial o total.

¹ Periodo del Cuaternario comprendido entre los años 600 y 250 dne, caracterizado por el trabajo en el tallado de la piedra y la construcción de casas en zonas lacustres.

² El periostio se vuelve áspero cuando existe una generación de osteoblastos causada por una inflamación.

³ El proceso inflamatorio se debe al ingreso de microorganismos al hueso, por ejemplo las bacterias.

Para enfrentar estos padecimientos es posible afirmar, de manera general, que las diferentes culturas médicas del mundo han ensayado varios remedios terapéuticos para atenuar esas dolorosas afecciones. Por ejemplo, en los países asiáticos, como China y Japón, se sabe que los representantes del saber médico utilizaron la *crioterapia*, un tratamiento que consiste en introducir al paciente en una cámara fría, la cual se gradúa de acuerdo con la resistencia física del enfermo.

En España está consignado el uso de la *artrocentesis*, que es una punción en las articulaciones afectadas y cuya finalidad es extraer el líquido sinovial derramado, causante de la inflamación y el dolor (Córdova, 1980:218). Para el caso de México se tiene documentado el uso de tisanas a base de hierbas medicinales como la gobernadora (*Felger E Lowe*), el barboso (*Diosorea* sp), la cola de zorro (*Petiveria alliacea*), el cordo santo (*Cirsium ehremerqii* sch. Bip), entre otras (Aguilar, 1994:204). También se siguen utilizando compresas humedecidas con aguardiente para mitigar el dolor muscular, así como los masajes con médula ósea y grasa caliente de animal en las regiones lesionadas.

En la actualidad, la biomedicina reconoce que las enfermedades reumáticas constituyen cerca de 200 cuadros nosológicos distintos (Alarcón, 1983:VIII) y se clasifican internacionalmente como enfermedades del sistema osteomuscular y del tejido conjuntivo. Esta clasificación incluye a la artritis, espondilitis, artropatías, dorsopatías y reumatismo, y otras más, las cuales afectan al 0.3% de la población mundial (González, 1992:37).

Según los datos registrados en los archivos del IMSS, las enfermedades reumáticas se encuentran entre las 30 principales causas de consulta en la República Mexicana (Alarcón, 1987:10). Entre estas anomalías figura la artritis reumatoide, considerada como una entidad nosológica de etiología desconocida, que provoca inflamación crónica de las articulaciones, a las que puede llevar a la destrucción parcial o total, causando una serie de deformidades e incapacidad funcional en la persona afectada. Se sabe que este padecimiento es de carácter universal y que es más frecuente en mujeres, con una relación de tres veces a uno respecto de los varones (Robbins, 1988:1324). La artritis puede aparecer en cualquier edad, aunque se ha detectado una mayor incidencia en personas entre la tercera y sexta décadas de la vida (González, 1992:37).

Ahora bien, con la finalidad de abordar la temática de las enfermedades reumáticas en México, este trabajo se apoya en datos epidemiológicos que comprenden el periodo de 1988 a 1995. Por un lado, esta información revela un decremento de los indicadores de la mortalidad infantil a causa de las llamadas enfermedades infectocontagiosas pero, por otro, un incremento de los índices de mortalidad de las afecciones denominadas crónico-degenerativas.

Este comportamiento ascendente de las enfermedades crónicas se debe a los cambios de los estilos de vida de las personas, provocados por la creciente industrialización y urbanización. Si bien se han registrado decesos considerados propios de la patología de la pobreza a causa de enfermedades infecciosas e intestinales, neumonía, influenza y tuberculosis —incluidas entre los primeros 15 lugares de la mortalidad general—, también se han identificado precedentes de muerte comunes en los países industrializados, como afecciones cardíacas, tumores malignos, diabetes mellitus, accidentes cerebrovasculares y cirrosis hepática.

Este tipo de muertes se correlaciona con la modificación de hábitos y costumbres de un sector de la población; entre dichos cambios se debe mencionar el aumento significativo de grasas saturadas y altos contenidos de sal en los alimentos. Aunado a esto, se ha observado un incremento del tabaquismo y del consumo de bebidas alcohólicas, así como una propensión al sedentarismo. Es claro que tales factores han llevado a estas enfermedades crónicas a ocupar un sitio dentro de los diez primeros lugares de mortalidad general en la República Mexicana (Secretaría de Salud, 1988-

1995), y según los datos estadísticos proporcionados por diferentes instituciones regionales, estos padecimientos también representan causas de mortalidad en los estados de la frontera norte del país.

Mortalidad por enfermedades crónicas en el norte del país

Aquellos estados patológicos cuyo curso estático y prolongado dificulta la recuperación de la salud son las llamadas enfermedades crónicas, entre las que figuran la diabetes mellitus, anomalías isquémicas del corazón, neoplasias traqueales, bronquiales y pulmonares, nefropatías (nefritis, síndrome nefrótico, nefrosis), enfermedades cardiovasculares, afecciones hepáticas (hepatitis y cirrosis), enfermedades respiratorias (pulmonares obstructivas, bronquitis, enfisema, asma), padecimientos hipertensivos y enfermedades arteroscleróticas.

Otros factores también favorecen la aparición de entidades patológicas, por ejemplo la obesidad, que no es considerada en todos los casos como enfermedad, pero que desencadena ciertos mecanismos metabólicos capaces de propiciar la aparición de ciertas anomalías: arterosclerosis, hipertensión, cardiopatías, diabetes mellitus y otras.

Con base en esta visión general de las enfermedades degenerativas crónicas es posible identificar cuáles son las afecciones de los distintos estados en investigación y cuál es el porcentaje de morbilidad y mortalidad que representan (véase cuadros 1 al 7).

El *Anuario estadístico del estado de Sonora* no registró información acerca de morbimortalidad, sólo proporcionó datos en los siguientes rubros: población derechohabiente, recursos humanos y unidades médicas por institución y municipio (1996:147-161).

Enfermedades reumáticas y artritis reumatoide

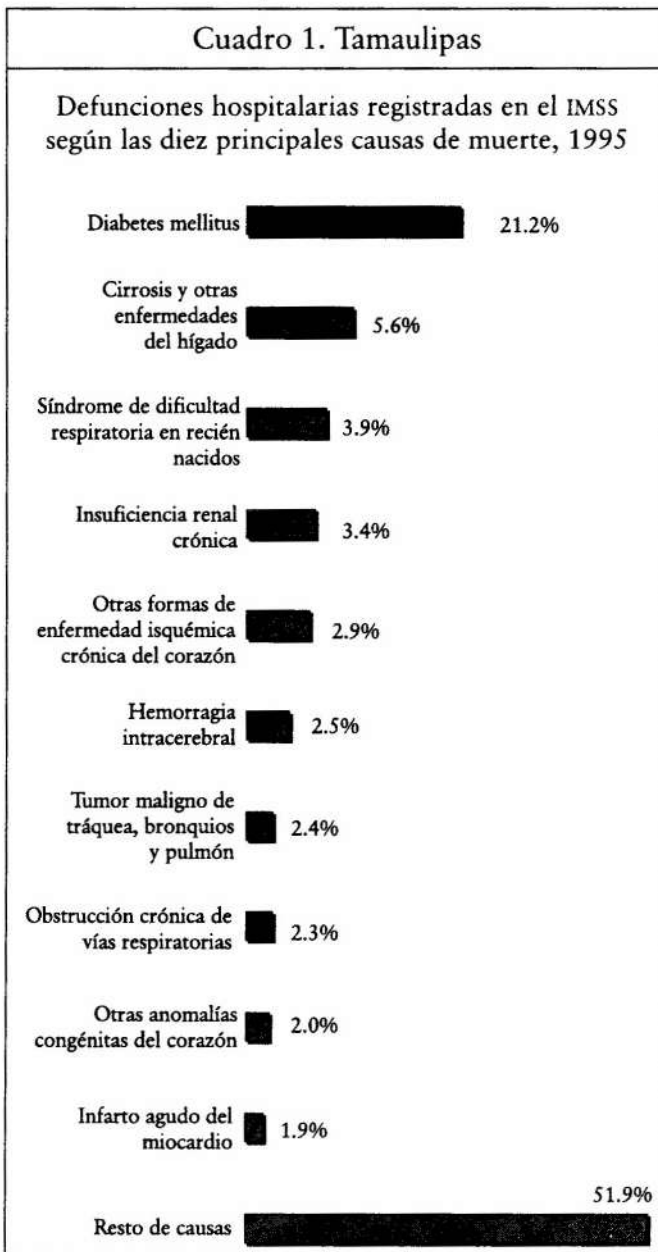
En su acepción más general, la palabra *enfermedad* alude a diferentes alteraciones y estados del organismo. Desde un punto de vista biológico, la enfermedad representa un desequilibrio del organismo, que puede identificarse de acuerdo con parámetros objetivos y topográficamente localizables (Bartoli, 1990:9-10). El objetivo de este estudio es conocer cuál es la inciden-

cia de las enfermedades reumáticas en los estados de la frontera norte de la República Mexicana.

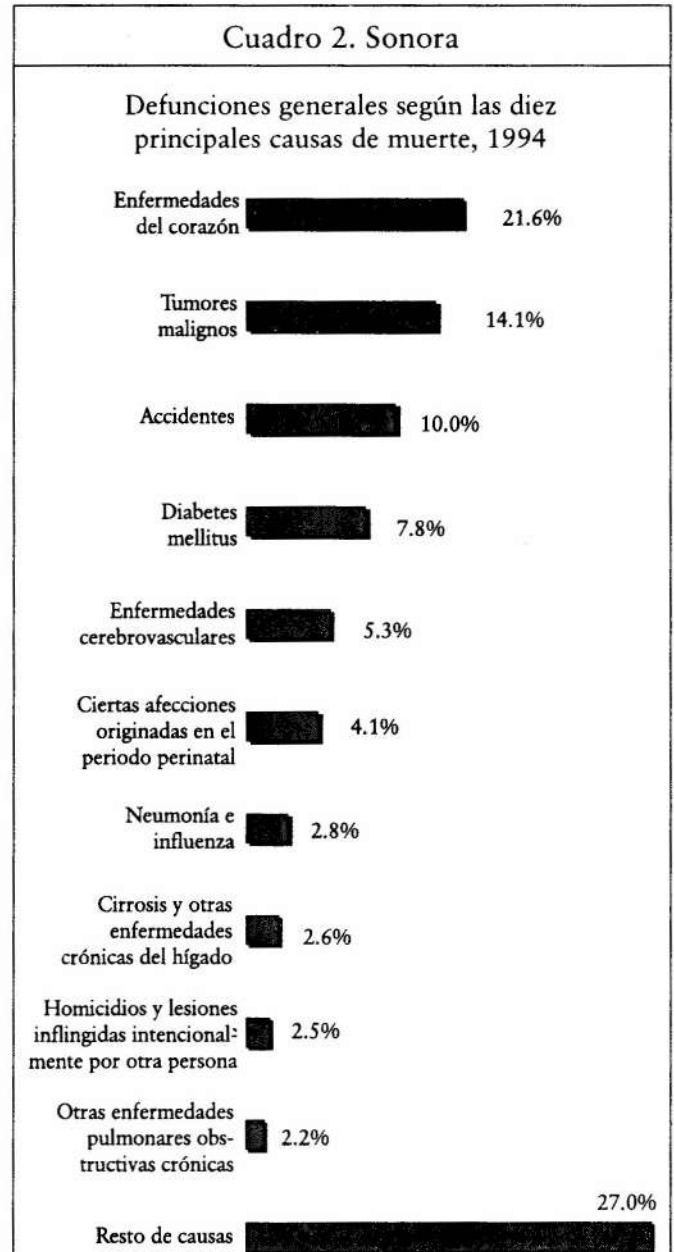
Como ya se mencionó, los padecimientos reumáticos pertenecen al grupo de enfermedades degenerativas crónicas, y a partir de 1982 los trastornos reumáticos ingresan a la lista de las primeras 20 enfermedades hospitalarias (González, 1986:9). En 1995 se registraron en

México 85 194 enfermos y se observó un impacto mayor entre personas de entre 15 a 44 años, de acuerdo con los datos de la Secretaría de Salud (Dirección General de Estadística, Informática y Evaluación, 1996:19).

Para los fines de este trabajo, a continuación se definen algunos de los términos empleados:



Fuente: Anuario estadístico del estado de Tamaulipas (1996).



Fuente: Anuario estadístico del estado de Sonora (1996).

ANTROPOLOGÍA

La *reumatología* es una subdisciplina de la medicina interna que estudia las afecciones osteomusculares e incluye a tres cuadros patológicos diferentes: reumatismo, artrosis y artritis. El reumatismo es una enfermedad de origen no traumático que provoca dolor y/o rigidez del sistema musculoesquelético y no requiere tratamiento quirúrgico para su atención.

La *artrosis* es un padecimiento articular, no inflamatorio, causado por malformaciones neoplásicas, degenerativas y metabólicas (Alarcón, 1987:1-2).

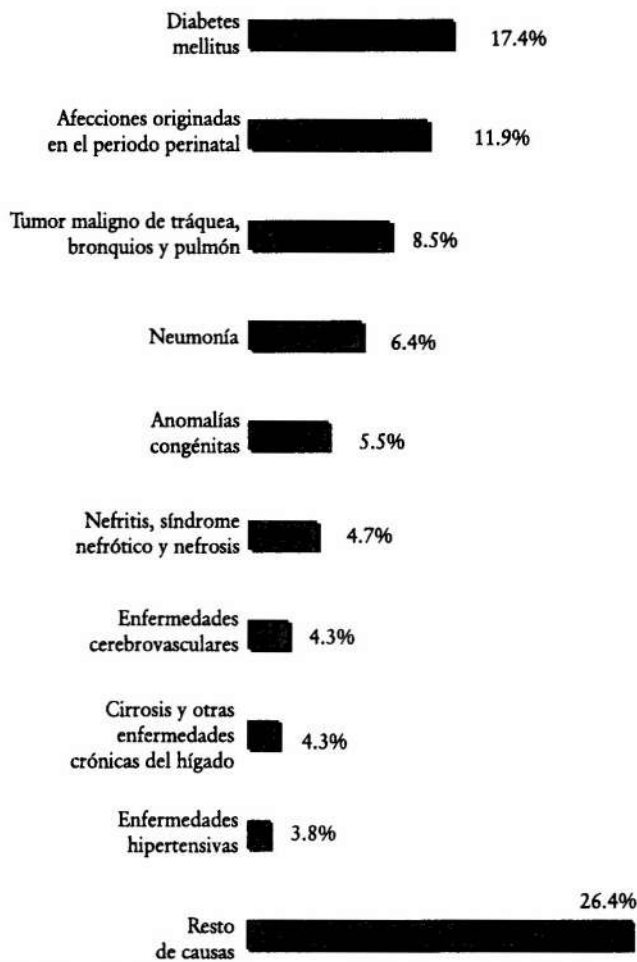
La *artritis reumatoide* es un trastorno orgánico que causa alteraciones físicas y afecta las articulaciones de las manos, mandíbula, hombros, rodillas, caderas, etcétera, además ocasiona diferentes grados de deterioro e invalidez corporal.

A partir de estos conceptos es posible estudiar las enfermedades osteomusculares que padecen los derechohabientes de las diversas instituciones de salud de los estados del norte de México. Así, en Tamaulipas, el Hospital de Petróleos Mexicanos, la Secretaría de Marina y la Secretaría de Salud registraron una población de enfermos con artritis reumatoide que representó el 7.1% del total de sus derechohabientes (*Anuario estadístico del estado de Tamaulipas, 1996*: 190-193). Por su parte, en Baja California Sur, el IMSS reportó 4.7% de enfermos con problemas osteomusculares (*Anuario estadístico del estado de Baja California Sur, 1996*:113). La Oficina de Pensiones Civiles del estado de Chihuahua registró el 4.1% en pacientes con artritis que asisten a ese nosocomio (*Anuario estadístico del estado de Chihuahua, 1996*:86), y en Nuevo León, la Secretaría de Salud señaló que el 0.7% de las personas atendidas padecían esta enfermedad (*Anuario estadístico del estado de Nuevo León, 1996*:176).

El IMSS del estado de Sonora registró 6.8% de casos de artritis reumatoide en sus derechohabientes, Baja California notificó 300 enfermos, es decir, el 1.4% (IMSS, 1992).

Cuadro 3. Baja California Sur

Defunciones hospitalarias registradas en las instituciones del sector salud según las diez principales causas de muerte, 1995



Fuente: *Anuario estadístico del Baja California Sur (1996)*.

Cuadro 4. Chihuahua



Fuente: *Anuarios estadísticos del estado de Chihuahua (1996)*.

ANTROPOLOGÍA

Los datos presentados por las instituciones de Coahuila señalan que los padecimientos reumáticos no figuran dentro de las 30 enfermedades hospitalarias (IMSS, 1992; *Anuario estadístico del estado de Coahuila*, 1996).

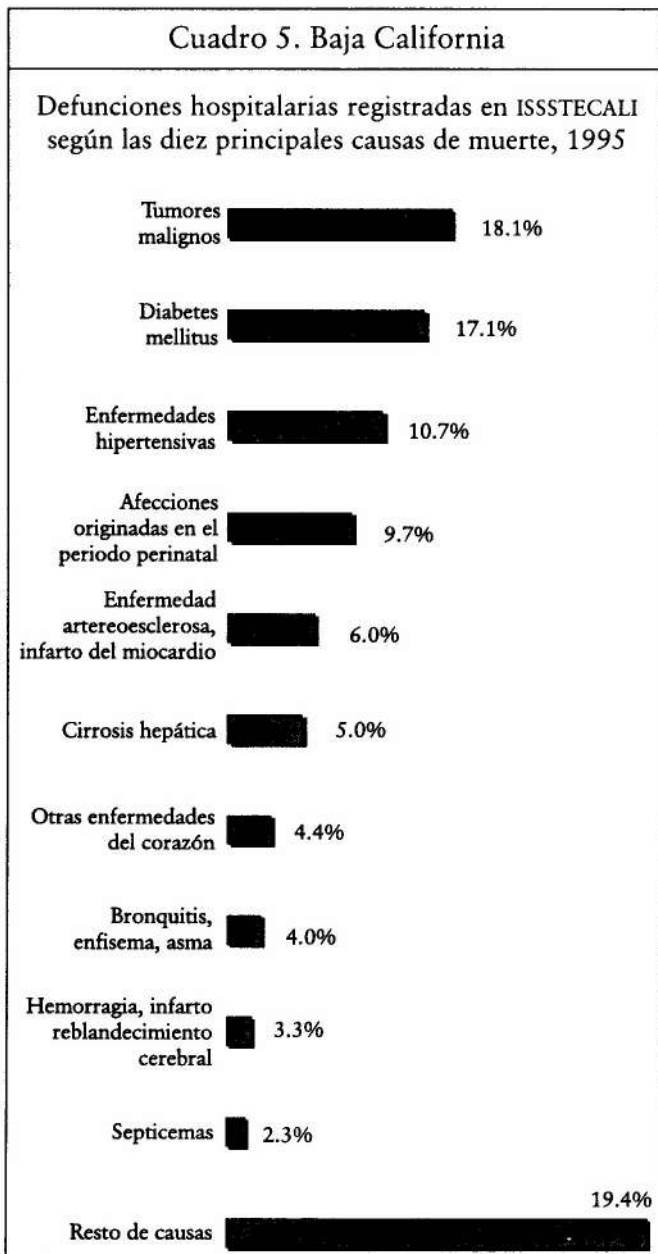
Conforme los datos sobre mortalidad y morbilidad de los estados fronterizos del norte de México, registrados en los anuarios estatales, es claro que seis de los siete estados evidenciaron este tipo de incidencia, sólo

con excepción de Sonora en el caso de mortalidad, y de Coahuila en la morbilidad.

Mortalidad

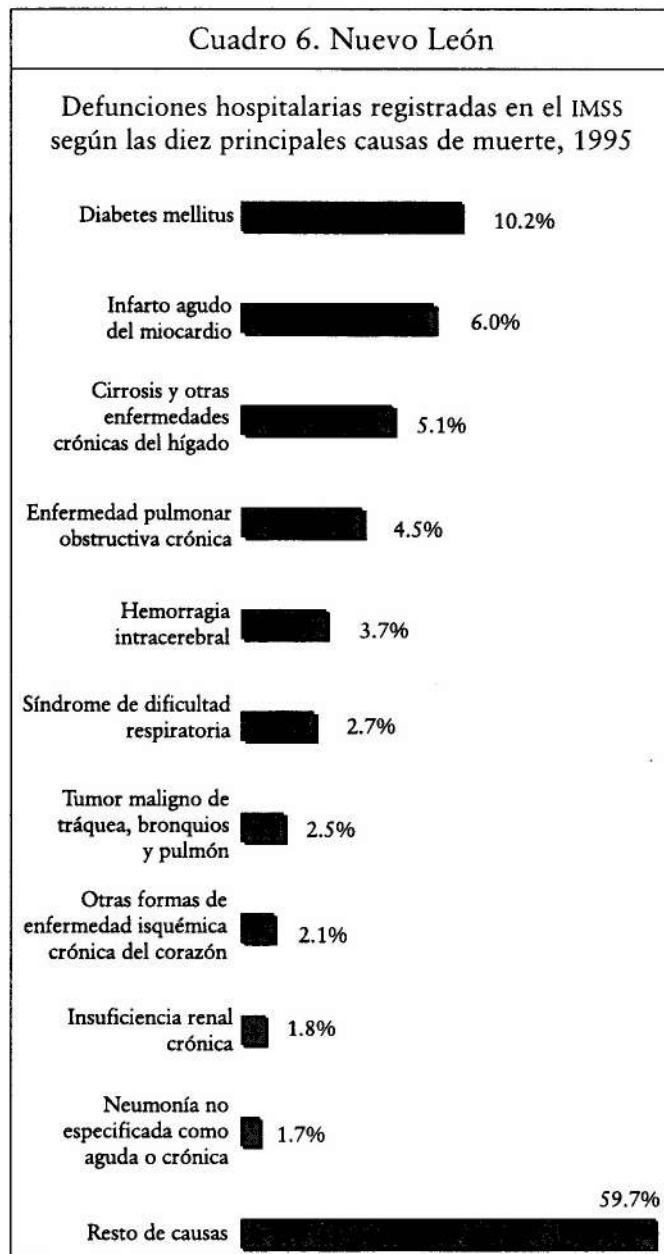
Los porcentajes estatales de mortalidad por enfermedades degenerativas crónicas fueron los siguientes: Baja

Cuadro 5. Baja California



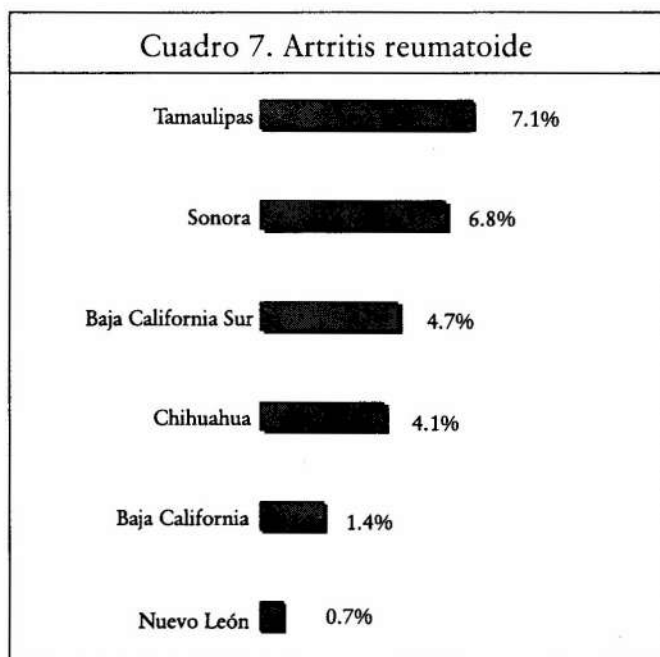
Fuente: *Anuario estadístico del estado de Baja California* (1996).

Cuadro 6. Nuevo León



Fuente: *Anuario estadístico del estado de Nuevo León* (1996).

Cuadro 7. Artritis reumatoide



Fuente: Anuarios estadísticos de los estados de Tamaulipas, Sonora, Baja California Sur, Chihuahua, Baja California y Nuevo León (1996).

California (56.9%), Baja California Sur (46%), Tamaulipas (34.5%), Nuevo León (26.2%), Chihuahua (25%) y Coahuila (21.8%); en cambio, las afecciones que mayor índice alcanzaron fueron la diabetes mellitus (74.9%), procesos neoplásicos (32.8%), hepatopatías (20.1%), isquemia cardiaca (19.6%) y padecimientos de tipo renal (15.7%).

Este patrón de anomalías representó cinco de los diez primeros lugares de mortalidad en Baja California y Baja California Sur, Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas. En la península bajacaliforniana ocuparon la mitad de las causas de mortalidad; en Coahuila, cuatro sitios de la lista antes mencionada. Como se puede observar, los porcentajes de mortalidad en los estados del norte del país son elevados.

En Nuevo León y Chihuahua, estas enfermedades fueron la cuarta causa de muerte en el estado, alcanzó el quinto lugar; en Tamaulipas, el tercero y sólo Sonora no publicó datos de mortalidad. La suma de las muertes por enfermedades degenerativas crónicas para estas entidades representaron el 16% del total registrado en la República Mexicana.

Morbilidad

En cuanto a la morbilidad de las enfermedades reumáticas en dichos estados, los porcentajes fueron los siguientes: Tamaulipas (7.1%), Sonora (6.8%), Baja California Sur (4.7%), Chihuahua (4.1%), Baja California (1.4%) y Nuevo León (.7%), cifras que suman 24.8%. Es decir, son la cuarta parte de los padecimientos atendidos en la consulta externa de los hospitales del sector salud.

Conclusiones

En esta exposición se ha observado que los índices notificados para las enfermedades degenerativas crónicas, tanto en el ámbito nacional como estatal, están notablemente elevados. Estos datos no representan nada por sí solos, si no se consideran los síntomas de algunas enfermedades y sus repercusiones en la vida familiar de los enfermos.

En el caso de la diabetes mellitus, el exceso de glucosa circulante en la sangre, con el paso del tiempo se convierte en un producto tóxico que lesiona los vasos sanguíneos y los convierte en caldo de cultivo para los microorganismos cuando ocurre un traumatismo, y si no se controla a tiempo también puede afectar los riñones, ojos y nervios.

En relación con las cardiopatías, la insuficiencia cardiaca⁴ representa la fase terminal de muchas enfermedades del miocardio que de manera gradual llevan al individuo a una discapacidad prematura.

Por último, respecto a padecimientos reumáticos, su inicio se caracteriza por dolores musculares en manos, brazos, piernas y espalda, entre otros, además de inflamación en las articulaciones e inmovilidad parcial. Así pues, los trastornos crónico-degenerativos son anomalías patológicas que tienen en común la reducción progresiva y lenta de la movilidad corporal, esto transforma de manera significativa las actividades cotidianas del enfermo y su núcleo familiar.

⁴ Disminución de la capacidad del corazón para realizar sus funciones adecuadamente.

Propuestas

Si están identificados los factores que contribuyen a desencadenar estas enfermedades, el objetivo es desde luego la prevención de su morbimortalidad. Para lograrlo, se pueden tomar en cuenta las siguientes medidas:

1. Revisión médica por lo menos dos veces al año a todos los habitantes de los estados mencionados.
2. Crear un programa de educación física que se lleve a cabo en el país, a partir de los centros de educación infantil.
3. Promover mediante los medios masivos de comunicación la conveniencia de consumir una dieta que incluya menor cantidad de sal y de productos enlatados (aunque aparentemente es una cultura alimenticia, también representa una cultura de la muerte).
4. Enfatizar por todos los medios que el sedentarismo es uno de los factores que favorecen más la aparición de estos trastornos.
5. Proveer adecuadamente los fármacos indicados para cada clase de enfermedad en los centros hospitalarios del país.

Bibliografía

Aguilar, Abigail *et al.*, *Plantas medicinales del herbario del IMSS. Cuadros básicos por aparatos y sistemas del cuerpo humano*, México, IMSS, 1994.

Alarcón-Segovia, Donato, *Introducción a la reumatología*, México, Editorial Francisco Méndez Cervantes, 1983.

Bartoli, Paolo, "Practica médica y antropología: un encuentro posible", en *La voz callada. Aproximación antropológico-social al enfermo de artritis reumatoide*, Madrid, Imprenta de la Comunidad de Madrid, 1991.

Córdova, Carrado, *Gran enciclopedia médica sarpe*, vol. 1, Grandes temas, México, 1980.

D'Allaines, Claude, *Historia de la cirugía*, Barcelona, España, Oikos-tau (Que sais je!, 26), 1971.

González, Álvaro y Laffon Roca, *Medicine*, Universidad Autónoma de Madrid, 1992.

González Caamaño, Ángel *et al.*, "Importancia de las enfermedades crónico-degenerativas dentro del panorama epidemiológico actual de México", en *Salud Pública*, vol. 28, México, 1986, pp. 3-13.

Haggard Howard, W., *El médico en la historia*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1962.

Hernández Cáliz, Martha, "Estrategias de reproducción de las unidades domésticas de los obreros de la construcción", tesis, México, ENAH, 1992.

IMSS-Subdirección General Médica, *30 diagnósticos más frecuentes de egresos hospitalarios*, México, 1992.

INEGI, *Anuario estadístico del estado de Baja California*, México, 1996.

—, *Anuario estadístico del estado de Baja California Sur*, México, 1996.

—, *Anuario estadístico del estado de Coahuila*, México, 1996.

—, *Anuario estadístico del estado de Chihuahua*, México, 1996.

—, *Anuario estadístico del estado de Nuevo León*, México, 1996.

—, *Anuario estadístico del estado de Sonora*, México, 1996.

—, *Anuario estadístico del estado de Tamaulipas*, México, 1996.

Löbsack, Theo, *Medicina y magia. Métodos y logros de los curanderos milagrosos*, México, FCE (Popular, 325), 1986.

Mansilla, Josefina *et al.*, "Ankylosing spondylitis is Indigenous to Mesoamerica", en *The Journal of Rheumatology*, 1995.

Robbins, Stanley L., "Articulaciones y estructuras relacionadas", en *Patología estructural y funcional*, México, Interamericana, 1988, pp. 1320-1341.

Secretaría de Salud, 1988-1995 Dirección General de Estadística, Informática y Evaluación, México, 1995.

—, 1996 Dirección General de Estadística, Informática y Evaluación, México, 1996.

Zaid Lagunas Rodríguez

La diversidad humana y las relaciones interétnicas

Los estereotipos son grandes mentiras basados en pequeñas verdades, hasta cierto punto poco interesantes pero muy importantes, utilizados por mentes estrechas, reduccionistas y mezquinas.

Víctor Manuel Reynoso
(*El Universal*, 01/03/1997)

Hoy día existen numerosas opiniones respecto a la naturaleza del problema racial, algunas de ellas llegan a una especie de "condena moral" del racismo en nombre de los derechos humanos, la igualdad, la democracia; otras se inclinan por la naturaleza ideológica del racismo señalando ciertos aspectos particulares de la cultura y la economía como propiciatorios del racismo; otras más aducen la lucha de clases como justificación del dominio de unas clases hacia otras, o de unos pueblos sobre otros; pero todas pretenden demostrar la falsedad de las proposiciones racistas con base en los resultados de las investigaciones realizadas por distintas ciencias, como la antropología, la psicología, la biología, la genética, etcétera.

En este breve trabajo trataremos el problema del racismo y la discriminación racial; como parte de las relaciones interétnicas, se hace una síntesis de su desarrollo histórico, procurando señalar algunas observaciones importantes.

Definición del problema

Entendemos por "problema racial" la conjunción de tres factores:

a) la *discriminación racial*, o sea el hecho concreto (histórico) de que ciertos grupos humanos discriminen a otros por sus características somáticas, psicológicas o de otro tipo,

b) el *prejuicio racial*, juicio a priori que los miembros de un grupo se forman respecto a los que pertenecen a otro u otros grupos distintos, aun sin conocerlos; es decir, la actitud mental que corresponde a la discriminación, y

c) el *racismo*, esto es, la ideología que expresa la unión de los dos primeros factores.

Hay que tomar en cuenta que cada uno de estos aspectos afecta a los otros dos, ya que los hechos históricos, la mentalidad individual y la ideología forman una unidad orgánica, y por tanto, indivisible. Sin embargo, la discriminación racial tiene su origen, mas no su justificación en los hechos históricos y sus manifestaciones repercuten en la conciencia de los hombres.

Es evidente que los seres humanos poseemos múltiples rasgos o características que nos hacen diferentes tanto física como culturalmente, en realidad no hay dos seres humanos que sean idénticos, a excepción tal vez, de los gemelos monocigóticos (formados a partir del mismo óvulo fecundado por el mismo espermatozoide).

La diversidad física de los seres humanos es un hecho de observación diaria, la apreciamos en las personas con las que convivimos cotidianamente, pero sobre todo en personas de otras partes del mundo; esto que aparentemente es una obviedad no tiene por qué producirnos ningún trastorno, sin embargo, algunos la han tomado como justificante de su actitud discriminatoria.

Hoy sabemos que todos los caracteres físicos son el resultado de la interacción entre factores genéticos y

ambientales. No obstante, hay algunos rasgos físicos que no son tan susceptibles a los cambios del medio, como el color de los ojos, de la piel y del cabello, la forma y textura de éste, la forma de la nariz, la agudeza visual y auditiva, etcétera. Los genes determinan también los límites potenciales de cualquier rasgo en cualquier ambiente dado: estatura, longevidad y desarrollo constitucional, son algunos ejemplos de este tipo de limitaciones impuestas por los genes. Así se entiende que las diferencias físicas son simplemente el producto de la interacción entre la herencia y el ambiente; esto es el proceso de adaptación de los seres humanos a diferentes medios, a pesar de ello, se les atribuye el origen de muchos de los conflictos que han conmovido al mundo, pero no nos hemos dado cuenta que lo más digno de resaltar es que gracias a ellas ha habido grandes progresos de la humanidad.

Por desgracia, los seres humanos no hemos sido capaces de superar la parte que se considera negativa de las diferencias y resaltar la positiva, ni siquiera hemos sido inteligentes para canalizar de manera adecuada tales diferencias y procurar mejorar las relaciones entre los individuos; nos hemos olvidado del sentido de cooperación que ha estado presente desde el inicio de nuestros orígenes. Esta actitud intransigente ha dado lugar a uno de los grandes males de la humanidad: la discriminación y su manifestación más exacerbada, el *racismo*, el cual alcanza tal magnitud en nuestros días que invade esferas de la sociedad antes no contaminadas. Por lo tanto, no debemos soslayar el problema, al contrario, debemos crear conciencia y combatirlo en todas sus manifestaciones, en todo lugar y en todo nivel.

Breve análisis histórico del problema racial

En la Antigüedad clásica y la Edad Media no encontramos manifestaciones de discriminación racial propiamente dicha. En Grecia y Roma antiguas, a los extranjeros se le consideraba como "bárbaros", los esclavos eran tomados como una clase social y no como un grupo racial. En la época feudal, la posesión de los medios de producción estaba dominada por la jerarquía eclesiástica y la nobleza; las divisiones en siervos y nobles se hacían en nombre de una ideología económica y religiosa principalmente, a la religión se le utilizó para justificar la dominación y la explotación de los siervos.

Con los grandes descubrimientos de ultramar y la colonización de América, Asia y África en los siglos XV y XVI, tiene lugar la primera fase del capitalismo caracterizada por la expansión mercantilista, es entonces cuando comienza a manejarse el concepto de *raza*. En las colonias se establece la esclavitud como forma de explotación de mano de obra; los teólogos españoles se dan a la tarea de probar la carencia de alma de los aborígenes de América y su supuesta "infericidad natural", ello para justificar la explotación sin cargo de conciencia alguno. Con el propósito de no permitir más las uniones entre indios, negros y españoles, se dictan leyes y se establecen costumbres en nombre de la "legitimidad" y "limpieza de sangre", pero a pesar de ello, las uniones continúan y a los descendientes se les agrupa en castas, denominadas con distintos nombres: mestizos, mulatos, sambos, lobos, entre otros. Se complicaron de tal manera estas mezclas que se acuñó el término de *no te entiendo*. Por primera vez, la discriminación racial comienza a desempeñar una función social y política definidas.

La consolidación del capitalismo europeo durante los siglos XVIII y XIX da lugar a las primeras manifestaciones del racismo teórico (pseudocientífico): el conde Henri de Boulainvilliers (1658-1722) fue el primero en defender la "superioridad" de la "sangre germana". Cristoph Meiners en 1786 predicaba en la ciudad de Gottinga la "superioridad" del blanco, en especial el de origen celta, y William Jones en 1788 inventa el "arianismo", esto es la "preeminencia de la raza aria", todo esto como sabemos no son más que irrealidades.

La época de mayor auge del capitalismo de libre concurrencia en Inglaterra, Francia y Alemania acontece entre 1840 y 1880. En esta etapa se opera la transformación del capitalismo mercantilista en capitalismo monopolista y financiero, exportador de capitales más que de mercancías, promotor de un acelerado reparto del mundo entre los grandes monopolios, en forma de "áreas de influencia". Surge así el imperialismo, época durante la cual, sin lugar a dudas, el racismo se desarrolla de manera desenfrenada alcanzando su máxima expresión, que de una u otra forma se prolonga hasta nuestros días.

Es en este tiempo cuando Arthur de Gobineau (1816-1882), quien planteó en forma sistemática la discriminación racial, recurre a supuestos argumentos y pruebas de tipo antropológico, biológico y psicológico, introduce el "arianismo", concepto que implica la superioridad



Castigos infligidos a los esclavos.

dad de los pueblos de origen ario; su teoría no era nacionalista, simplemente defiende la pureza y superioridad de la supuesta "raza aria", la cual, según él, se encontrará ocupando los estratos superiores en cualquier lugar geográfico donde se encuentre.

En esta etapa nace la antropología física, cuyas aportaciones científicas son utilizadas por los racistas mediante una serie de términos y supuestas razones para reforzar sus teorías. Es decir, la ausencia de una ideología religiosa para justificar el colonialismo y la explotación exigía sacar provecho de cualquier especulación pretendidamente científica.

Los discípulos de Gobineau como Vacher de Lapouge, H. S. Chamberlain, T. Poesche y Otto Ammon, entre 1896 y 1898, desarrollaron sus ideas y encabezaron en Europa el movimiento racista en favor de la "superioridad del blanco caucasoide, frente a los grupos de color". Intentan demostrar que los individuos con cabeza de forma alargada o dolicocefalos (característica que, según los arianistas, identifica a los arios), predominan en las ciudades, en las clases dominantes y en los pueblos más civilizados, y por lo tanto, son superiores a los de cabeza redondeada o braquicefalos que prevalecen entre los campesinos, las clases inferiores y pueblos menos civilizados.

Al mismo tiempo, cada nación imperialista reclamaba para sí un "derecho natural" sobre el resto del mundo, por lo que el racismo toma así un carácter mucho más político. El arianismo se vuelve nacionalista. En

Alemania, Chamberlain, Woltmann, Richard Wagner (el músico) y otros defienden la tesis del teutonismo, que sostiene la superioridad de la raza nórdica o germana (teutona) sobre todas las demás. En Francia, después de la guerra con Prusia, se empiezan a desarrollar dos corrientes: una, que exaltaba la "raza nórdica" francesa, y otra, sustentada por Quatrefages, Broca, Taylor, entre otros, que defiende el celtismo y que coloca a los galos (celtas) por arriba de los nórdicos. En Inglaterra y Estados Unidos toma fuerza la teoría de un "tipo anglosajón" heredero de los nórdicos y por tanto superior. En Japón aparecen también movimientos racistas en sentido nacionalista que consideran a los japoneses como una extensión de la raza aria en el Oriente (¿habrase visto tamaño absurdo?). Como podemos ver es precisamente en las grandes potencias imperialistas donde surgen, a fines del siglo XIX y principios del XX, las teorías racistas de corte nacionalista, como reflejo y justificación de la lucha por el reparto del mundo.

Otra de las raíces ideológicas de estas teorías se encuentra en el llamado "darwinismo social", que considera a la sociedad humana como un campo de batalla en el que se da una lucha de todos contra todos, donde las clases dominantes representan lo mejor de la humanidad ya que, por "selección natural" han conseguido, según ellos, el lugar que por derecho y características físicas les corresponde.

Darwin al dar a conocer sus teorías evolucionistas no tenía la intención de suministrar dos ideas completamente falsas: que el mundo animal se caracteriza por una feroz lucha por la existencia; y que, la sociedad humana, descendiente directa de ese mundo animal, tiene como particularidad la lucha, la hostilidad, la competencia desaforada y la agresividad. Estas ideas surgen en una sociedad obsesa por el pecado como la



Castigos infligidos a los esclavos.

victoriana, que hizo su propia interpretación de la teoría evolucionista darwiniana, la cual la llevaron al campo social, área donde es inaplicable, apoyando y estimulando así algunas de las ideas sociales más represivas que haya conocido nunca la sociedad occidental, que tal parece tiende a renacer en nuestros días. El propio Darwin declaró que usaba el término *lucha por la existencia* “en un sentido lato y metafórico que incluye la dependencia de un ser con respecto a otro, y también (algo muy importante) la vida del individuo y el éxito a la hora de dejar descendencia”. Fueron los seguidores más devotos de Darwin quienes mal expusieron sus ideas y las que mal interpretaron al extremo de alejarlas de su intención original.

Sabemos que en la evolución de las especies las condiciones ambientales (entorno físico) desempeñan un papel importante porque sólo cuando el ser vivo consiga rendir más, aprovecha su medio con mayor eficacia. En principio esto no guarda demasiada relación con la “lucha por la vida”, tan discutida y tan exagerada en el “darwinismo social”, sino con la experiencia de que lo mejor sustituye a lo bueno.

Las amplias consecuencias sociales de esta doctrina —como nos dice Montagu— son bien conocidas: terrible pobreza y enorme prosperidad codo a codo; baja esperanza de vida y alta mortalidad infantil y materna entre los pobres; educación limitada a las “clases superiores”; trabajo mal remunerado (con jornadas de doce horas o más); trabajo infantil (sujeto a las mismas condiciones infrahumanas que en los adultos); crueldad con los prisioneros; y todo ello explicado por la cómoda creencia de que las víctimas del sistema debían culparse a sí mismas.

La obtención de elevadas ganancias del gran capital no distinguía edades ni sexos, estaba basado en la sobreexplotación de los trabajadores de las fábricas y en un jornal escaso, lo cual se traducía en insalubridad, analfabetismo y miseria, es decir, en malas condiciones de vida de la clase proletaria, esto es, de los trabajadores.

Al mismo tiempo, aparecieron las primeras refutaciones del racismo: Levi (1896), Olóriz (1894), Beddoe (1905) y Hozué (1906), demostraron la falsedad de las teorías racistas basadas en características antropológicas como el índice cefálico. Holder, Lissauer y Virchow probaron la inexistencia de la raza aria. Sin embargo, estos científicos no lograron desterrar el racismo, que ya había hundido profundamente sus raíces, el proble-

ma se había situado más allá de las simples discusiones académicas.

La primera guerra mundial (1914-1918) fue la expresión inicial más brutal y abierta de los conflictos entre las naciones imperialistas, hizo que los planteamientos del racismo nacionalista cambiaran de tono y trajo como consecuencia la creación de condiciones apropiadas para la primera revolución socialista triunfante en Rusia, con la sexta parte de los territorios continentales escapó al dominio imperialista e inició un nuevo tipo de formación social, asestando un duro golpe al racismo, que siempre ha negado la posibilidad de que los pueblos supuestamente “inferiores” —ahora eufemísticamente llamados subdesarrollados— consigan su transformación por sí mismos. En América, la Revolución Mexicana (1910), primera en su género, intentaba un cambio de vida para los obreros y campesinos; por desgracia estas buenas intenciones se trastocaron y hasta el momento no ha habido un cambio significativo en sus condiciones de vida.

Entre 1918 y 1939, esto es, el periodo que separa las dos guerras mundiales, las posiciones sobre el problema racial siguieron, a grandes rasgos, dos caminos:

a) En Alemania principalmente, pero también en Japón e Italia, la ideología racista fue tomando características absurdas y extremas: el racismo adoptó la actitud más rabiosa hasta ahora conocida contra todo grupo que no fuera “ario”, especialmente contra los judíos por su poder económico, contra los esclavos por su socialismo y contra los negros y asiáticos (no japoneses) por considerarlos razas inferiores y por no poder colonizarlos; así, el imperialismo alemán con Hitler, el japonés con Hiroito y el italiano con Mussolini, tomaba el camino más militarista y represivo de la historia: el fascismo, como respuesta al socialismo soviético y europeo oriental, pero principalmente como una justificación para lanzarse a la conquista de mercados y fuentes de materias primas en las áreas de influencia de los imperialismos norteamericano, inglés y francés.

Los extremos a que se llegó son bien conocidos, basta recordar los estragos causados por la segunda guerra mundial no sólo en lo referente a la destrucción de ciudades y fábricas, sino sobre todo por la enorme pérdida de vidas, tanto en el campo de batalla, como en los campos de concentración y en las ciudades devastadas. La mayor manifestación del racismo, que sin

duda tuvo su máxima expresión en la Alemania nazi, coincidió con la forma más agresiva del capitalismo imperialista, la pretendida superioridad racial, esgrimida por sus dirigentes como Goebbels, Himler y otros, siendo el principal Adolfo Hitler, sólo se tomó como un pretexto para justificar la brutalidad y crueldad maligna de ellos y sus seguidores.

- b) Como consecuencia de la Gran Hecatombe, en el resto de los países imperialistas, las manifestaciones racistas se suavizaron, pero la discriminación racial continuó tanto velada como abiertamente en las acciones dirigidas en contra de la población de los países dependientes: africanos, asiáticos y latinoamericanos. De hecho, las manifestaciones discriminatorias existen en casi todos los países del orbe, dirigidas en contra de los extranjeros (xenofobia), como sucede en el Japón, o de las clases sociales depauperadas de su propia población, aunque no con la agresión que se manifiesta en Inglaterra, Francia, Alemania, pero sobre todo en Estados Unidos, Sudáfrica y Brasil en contra de las minorías étnicas o de la población negra. En países como el nuestro, la discriminación se dirige principalmente a los indígenas, a quienes se les explota, veja y persigue; además tenemos ejemplos recientes como los asesinatos de familias indígenas en Oaxaca, Guerrero, la persecución e intimidación de indígenas triques y chatinos de Oaxaca, Sierra Norte y área mixteca de Puebla, so pretexto de perseguir guerrilleros del Ejército Popular Revolucionario (EPR) y del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Crítica a algunos postulados racistas

A todas estas acciones discriminatorias ha habido oposición y las refutaciones por parte de los antropólogos a las teorías racistas no se hicieron esperar. Vallois en 1928 comprobó la falsedad de esas tesis indicando que todos los grupos humanos han alcanzado un grado evolutivo muy avanzado y que ninguna raza se puede considerar superior o inferior a otra. Por su parte, Kohlbrugge demostró en 1935 la inexistencia de diferencias raciales en el cerebro; Coon y colaboradores en 1950 afirmaban que "no se puede determinar la razón de las diferencias de actividad y habilidad cerebrales entre las razas, y tampoco la posición evolutiva del cerebro

en los pueblos actuales". Tobias (1971) formula el planteamiento más serio del problema y mediante un exhaustivo análisis crítico en el que valora la información disponible, hace una importante argumentación en la que pone en evidencia la sin razón de los alegatos racistas.

Los ideólogos del racismo se valen de la ciencia para justificar y propagar una ideología incidiosa y peligrosa. Para todo aquello que desagrada a sus sostenedores y seguidores tienen un epíteto ya establecido "inferior" que los capacita para insinuar una condena sin formularla explícitamente y para imponer la autoridad de la ciencia al servicio de sus ideologías y preferencias personales.

A estas personas habrá que preguntarles ¿para qué?, ¿para quién? o ¿por qué?, con lo que se les obligaría a despojarse de su máscara de autosuficiencia objetiva y a relevar, en primer término, sus valores y, en segundo, sus razones para hablar acerca de las probables consecuencias de distintas disposiciones o actitudes; pues con su actitud y uso del término "inferior" para dirigirse al individuo así considerado, puede ocultarse tras una fachada de objetividad e invocar la magia de la ciencia para respaldar su propaganda aberrante.

Diversos estudios realizados por investigadores expertos en el tema, como Merton y Montagu, Klineberg, Beals y Hoijer y más recientemente Lewontin y Rose, nos llevan a concluir junto con Comas (1972) que no hay la menor duda "de que los llamados *tests* mentales no miden sólo la inteligencia innata del individuo, sino que además involucran el elemento cultural, ambiental, de conocimientos adquiridos" y que "las investigaciones psicológicas y genéticas no han probado la existencia de diferencias innatas de inteligencia atribuibles a la 'raza'".

Hemos visto a grandes rasgos que el prejuicio racial es una actitud social prolongada frecuentemente por una clase explotadora, a fin de estigmatizar a algún grupo considerado como inferior; de modo que, tanto la explotación del grupo discriminado como la de sus recursos o mano de obra, puedan justificarse. Esta actitud lleva implícita el dolo, la intencionalidad y la manipulación de los miembros de los grupos considerados inferiores por parte de los que se suponen superiores, es decir, de los ostentadores de la riqueza y el poder.

Cuando las condiciones de desigualdad de un grupo con respecto a otro se repiten de una generación a otra, las generaciones subsecuentes tienden a educarse en la

ideología (creada principalmente por las clases dominantes) de que cada grupo ocupa en la sociedad el lugar histórico que le corresponde según su valor intrínseco o natural. Esta actitud se resume en el aforismo que dice: "Todos somos hechos del mismo barro, pero no es lo mismo basín que jarro", a lo cual se le opone este otro: "Intolerancia y figura, hasta la sepultura".

Otra manifestación del racismo es la actitud de prejuicio y discriminación que los racistas han adoptado frente a las poblaciones mestizas. Se ha argumentado que el mestizaje es fuente de debilidad biológica; que la prostitución y la vagancia son más frecuentes entre los mestizos que entre los individuos de "raza pura"; que entre ellos se encuentra aminorada la inmunidad contra ciertas enfermedades, etcétera. Se le atribuyen también supuestas disarmonías tanto físicas como mentales. Entre los exponentes de estas teorías tenemos a Davenport y Steggerda, quienes además imputan al mestizaje el atraso cultural en el que viven algunos países.

Hablar de esta manera es aceptar la existencia de "razas puras", pero sabemos que desde el Paleolítico superior se dio el proceso del mestizaje. La historia ofrece pruebas irrefutables de que los pueblos actuales son producto de los constantes cruzamientos como consecuencia de migraciones provocadas por sequías, inundaciones, hambrunas, comercio y guerras. Los viejos pueblos de Europa, India y Asia son simple producto de una hibridación milenaria en la que han contribuido distintos grupos: mediterráneos, sajones, noruegos, mongoles, entre otros; en tanto que los de Oceanía y América lo son de una más reciente. El mestizaje de los españoles con los amerindios —al decir de Comas— no fue de modo alguno un cruce de "razas puras", ya que el territorio español fue un crisol donde, durante muchos siglos, se fundieron muy distintos y heterogéneos elementos raciales, desde los iberos, griegos, romanos y fenicios hasta los árabes. No hay pues "raza pura" alguna.

El más elemental conocimiento de los procesos de herencia muestran que, biológicamente hablando, ni la endogamia (reproducción al interior del mismo grupo), ni la exogamia (mestizaje) son favorables o desfavorables por sí mismas. Es más, el mestizaje tiene como inmediata consecuencia disminuir las probabilidades de manifestación externa de anomalías de tipo *recesivo* (esto quiere decir que permanecen ocultas, que aparecen de manera poco frecuente) que sean peculiares en uno u otro de los grupos que se hibridan (cruzan), mien-

tras que con la endogamia se tienen mayores probabilidades de que aparezcan con mayor frecuencia los defectos de carácter recesivo que el mestizaje tiende a anular o por lo menos contrarrestar.

Cuando en un mismo país conviven individuos de distintas etnias, suele suceder que los de sectores dominantes, mediante una propaganda solapada o incluso de manera abierta, difunden los supuestos aspectos y actitudes negativas concretas relacionadas con la función social que les atribuyen a los miembros de las etnias discriminadas o entre los miembros de su propia etnia de escasos recursos. Así por ejemplo, Eidheim nos dice que el uso continuo, aunque a veces no público, de esos marbetes indica que la identidad étnica es un tema importante en las relaciones entre personas con identidades contrastantes o similares. De esta manera, con



La ilustración de Guaman Poma de Ayala muestra los crueles castigos a los indígenas.

la desventaja de una identidad étnica estigmatizada, los miembros de la etnia discriminada tratan de calificar como participantes de la sociedad predominante; con el fin de serlo se ven obligados a desarrollar diversas tácticas: adopción de la ropa, de la lengua o modismos del lenguaje, imitación de actitudes y conductas observadas en la etnia o clase en el poder, para prevenir o tolerar sanciones de dicha población dominante; de aquí que el control de la impresión que se puede dar de la identidad se convierte en una constante preocupación para los actores.

Generalmente, los prejuicios raciales se presentan en forma de discriminación y desigualdad ante la ley para circular y residir, para expresar libremente pensamiento, religión y opinión; para reunirse, asociarse y aun para casarse; para tener libre derecho al trabajo y a igual remuneración; acceso a cargos públicos, entre otros.

En gran medida, el desconocimiento incompleto o desfigurado que el hombre tiene de sí mismo y de los demás, es lo que, en parte, provoca los problemas de la discriminación racial, el despojo de los derechos o, en el peor de los casos, el genocidio, la vejación o el linchamiento.

Es inconcebible que un color de epidermis o el largo de una nariz, como dijera Morín, puedan polarizar las mayores violencias del ser humano; que la explotación, más que la ayuda mutua, sea la respuesta fundamental a todo problema; que el amor se desnaturalice o se fetichice tan fácilmente. Cabe suponer que la cultura y la civilización “verdaderas” expulsarían al menos las grandes miserias y reducirían tal vez las carencias.

El antropólogo Ashley Montagu, gran estudioso de la evolución y comportamiento humano, nos hace ver que en nuestra propia época, la mayor parte de nosotros se ha acostumbrado tanto a vivir cada uno para sí mismo que nos resulta difícil comprender que, durante la mayor parte de la historia humana, todos los hombres por necesidad hayan llevado una vida de compromiso con el bienestar de sus semejantes.

No debemos olvidar que todos los hombres somos semejantes en los aspectos fundamentales e importantes, y que todos compartimos aquellas cualidades que nos hacen humanos, por lo que todo comportamiento aberrante, como el racismo y otro tipo de discriminación o acto violento en contra de cualquier individuo o grupo, por el sólo hecho de ser diferente de nosotros en lo físico, cultural, social, ideológico o en lo conductual, no tiene cabida en nuestro mundo que se dice civilizado y humano. La justicia social es una necesidad imperativa, que debe ocupar un primerísimo lugar en cualquier país que se precie de democrático. No habrá democracia mientras en el mundo haya injusticia, hambre, insalubridad, analfabetismo, esto es, mientras no sean satisfechas las necesidades básicas de la población depauperada y no sea erradicada la discriminación racial y social.

El racismo “perpetra una violación tan ultrajante de la dignidad de los seres humanos, que no debe fomentarse bajo ningún pretexto; asimismo retrasa el desarrollo de las potencialidades ilimitadas de sus víctimas, corrompe a los que lo cometen y malogran el progreso humano” (Mohabbat, 1995:13).

No quiero terminar mi exposición sin antes referirme a un bello poema herencia de la cultura náhuatl:

Amo el canto del ceniztle,
pájaro de cuatrocientas voces.
Amo el color del jade
y el enervante perfume de las flores;
pero amo más a mi hermano el hombre.

El mensaje de sabiduría que nos lega es de amor y comprensión hacia nuestros semejantes, en él están implícitas, la razón y la conmiseración que deben prevalecer en todos nosotros. Aceptar este mensaje requiere por principio la aceptación de la unidad de la especie humana y el abandono de todo tipo de prejuicios.

Bibliografía

- Beer, Z. J. (ed.), *Sudáfrica y el problema de las razas*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1963.
- Biddiss, Michael D. (comp.), *Gobineau. Escritos políticos*, México, Extemporáneos, 1973.
- Cardoso, Óscar Raúl, "El olvido de los pobres. México: cuando el Estado queda siempre lejos", en *AL de Puebla*, secc. A Fondo, 1997.
- Comas, Juan, *Razas y racismo, trayectoria y antología*, México, SEP (Sep-setentas, 43), 1972.
- Dávila, Villiers, David, "'Persistencia del racismo'. ¿Quién era más güerito Hitler o Mussolini?", en *AL de Puebla*, 16 de diciembre de 1997, p. 7a.
- Dunn, L. C. y Th. Dobszhansky, *Herencia raza y sociedad*, México, FCE (Breviarios), 1956.
- Eidheim, Harald, "Cuando la identidad étnica es un estigma social", en F. Barth (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, México, FCE, 1976, pp. 50-74.
- Elso, Javier, "El fundamento del racismo. Ciudadanos ordinarios", en *AL de Puebla*, 9 de diciembre de 1997, p. 7a.
- Eysenck, H. J., "Raza, inteligencia y educación", en *Muy Interesante*, Barcelona, España, Ediciones Orbis (Biblioteca de Divulgación Científica), 1985.
- Guzmán Pérez, Manuel, "Intolerancia y figura hasta la sepultura", en *El Universal Puebla*, 24 de marzo de 1997, p. 10.
- Herrera Charolet, Rodolfo, "Cura amarga. Capitalismo salvaje", en *AL de Puebla*, 3 de enero de 1998.
- , "Pesadilla neoliberal. Un proyecto a veinte años", en *AL de Puebla*, 5 de enero de 1998.
- , "Si la Svastika se moderniza... La eficacia de una política económica", en *AL de Puebla*, 21 de enero de 1998.
- Lagunas R., Zaid, "La discriminación social, el prejuicio racial y el racismo, males que aún perduran", en *Testimonios*, Puebla, México, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Puebla, 1992.
- , "El racismo: problema actual de viejas raíces", en *Antropológicas*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1992, pp. 10-13.
- Lewontin, R. C., S. Rose y I. J. Kamin, *No está en los genes. Crítica del racismo biológico*, Barcelona, España, Grijalbo Mondadori, 1996.
- McClelland, J. S., *La derecha francesa (de maistre a maurras)*, México, Extemporáneos, 1975.
- Meller, Lorenzo, "Agenda ciudadana. Etnia, Estado y Nación: una lucha sin fin", en *AL de Puebla*, 5 de febrero de 1998, p. 6a.
- Nohabbat, Navid, *La intolerancia. Un valor para la convivencia y la paz*, Barcelona, España, Editorial Bahá'i de España, 1995.
- Montagu, M. F. Ashley, *La naturaleza de la agresividad humana*, Madrid, España, Alianza Editorial, 1978.
- Morín, Edgar, *Por una política del hombre*, México, Extemporáneos, 1971.
- Pois, Robert (comp.), *Alfred Rosenberg. Obras escogidas*, México, Extemporáneos, 1972.
- Serrano, Carlos, "Antropología vs. Racismo", en *Antropológicas* 4, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1992, pp. 8-10.
- Stavenhagen, Rodolfo, "Antropología y racismo: un debate inconcluso", en *Antropológicas*, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1992, pp. 5-8.
- Stirner, Max, *El único y su propiedad*, selección e introducción de John Carrol, México, Extemporáneos, 1975.
- The Miami Herald*, "School segregation creeps up anew", 14 de abril de 1997.
- Tobias, P. V. "Volumen cerebral, sustancia gris y raza", en *Anales de Antropología* 3, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1971.

Araceli Rivera Estrada, José A. Garza Leal y José Garza Garza

Unidades bioculturales en el sur de Nuevo León

El presente trabajo expone los resultados de los primeros restos esqueléticos recuperados en bocaminas en el estado de Nuevo León, particularmente en la porción sur del mismo.

El material óseo ha permitido conocer algunos rasgos físicos de individuos que habitaron esa región del estado en épocas prehistóricas, e inferir ciertas prácticas rituales en torno a los muertos.

Ello nos conduce a plantear este tipo de materiales no sólo como fenómeno biológico, es decir, como despojos humanos sino, y sobre todo, cultural, ya que las evidencias reflejan: "su herencia, clima, dieta, actividades y cultura en general" (Jaén, 1974:155).

Considerando que la presente investigación implica cuestiones tanto médicas y antropológicas, como arqueológicas e históricas, aquí se aborda solamente lo referente a prácticas funerarias prehispánicas y coloniales y consideraciones relacionadas a la población negra, puesto que constituye el rasgo distintivo de la muestra del material óseo humano procedente de la cueva de Las Calaveras.

Antecedentes

En marzo de 1996 se difundió en los diarios locales el hallazgo de "10 crá-

neos en una cueva". El material fue recogido por la Procuraduría General del Estado para su estudio y llevado a Servicios Periciales en Monterrey.

Dado que se informó al Centro INAH Nuevo León que junto a los entierros habían sido encontrados collares y textiles, realizamos una primera visita al lugar.¹

La cueva se localiza en el ejido llamado Santa Rita, perteneciente al municipio de Doctor Arroyo, su acceso se sitúa a la altura del kilómetro 70 por la carretera Saltillo-Matehuala; la cueva se ubica hacia el suroeste del ejido, a unos 10 km aproximadamente, en la cima de una loma. En la primera visita se recolectó una mandíbula en la primera cámara, no obstante que el resto del material fue hallado en la tercera que es más profunda. Al interior no se localizó ningún otro material. En los alrededores se recolectaron algunos materiales líticos. El sitio fue registrado ante la Dirección de Registro Arqueológico.

¹ En septiembre se efectuó una segunda visita al ejido con la finalidad de recuperar estos materiales, de entrevistarnos con algunas personas que pudieran proporcionar mayor información sobre los entierros y en todo caso de recuperar otros posibles restos óseos en superficie; sin embargo, no fue posible debido a la negativa de los ejidatarios a prestar apoyo.

Hasta agosto de 1996, la Procuraduría General del Estado dio por terminados sus estudios periciales, por lo que el material óseo fue llevado a instalaciones de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL).

A raíz de este hallazgo se han estado realizando estudios relacionados a la antropología física conjuntamente con el Centro INAH Nuevo León y personal especializado de la Facultad de Medicina de la UANL. Así, por lo que respecta a los entierros de Santa Rita cabe mencionar que inicialmente se llevaron a cabo estudios morfométricos y de reconstrucción facial. El material fue medido, fotografiado, sometido a rayos X y ultravioleta y posteriormente digitalizado, lo que en conjunto permitió detectar huellas de corte intencionales, tanto en cráneos, particularmente en las órbitas oculares, en los cóndilos derechos y en las superficies alveolares, como en huesos largos.

Materiales y métodos

El estudio del material óseo rescatado en la cueva de Las Calaveras hasta el momento ha generado las siguientes consideraciones:

- 1) Las condiciones de preservación de la muestra son regulares, dada su

exposición en superficie resultado de saqueo.

- 2) La muestra consta de quince cráneos, seis costillas, un fémur, una tibia, dos peronés, cinco húmeros, once coxales, dos escápulas, tres vértebras, una mandíbula y tres fragmentos óseos.
- 3) Ningún espécimen óseo mostró evidencias de trauma *antemortem* o lesiones que pudieran indicar la causa o la manera de muerte.
- 4) De los cráneos sólo cinco reunieron los perfiles necesarios para ser evaluados por medio del análisis de Giles y Elliot para la determinación del sexo y la raza (Garza *et al.*, 1996:1), finalmente se reportó un espécimen de sexo masculino y cuatro de sexo femenino. El primero fue clasificado como perteneciente a la raza americana, tres a raza negra y el resto a raza blanca (Garza, 1996:4).
- 5) La edad fue determinada por medio de parámetros relacionados con el cierre sutural, el desarrollo de la dentición y otros parámetros antropométricos para huesos poscraneales. Fueron reportadas edades aproximadas comprendidas entre los ocho y los 50 años (*ibid.*:8-9).
- 6) Se obtuvieron los índices craneales para cada uno de los cráneos estudiados, resultando especímenes dolicoocráneos y mesocráneos (*ibid.*:8).
- 7) La única mandíbula recuperada, así como los cráneos y la mayoría de los huesos largos analizados muestran huellas de corte, lo que hace suponer que se trata de elementos propiciatorios mitocorreligiosos (*ibid.*:91). Cabe agregar que dichos cortes fueron por instrumentos punzocortantes, probablemente *postmortem*, ya que no representan regeneración de tejido óseo.

Prácticas funerarias

Prehispánicas

Noreste de México

Para Nuevo León, el cronista Alonso de León apunta lo siguiente acerca de la muerte y los entierros de los indígenas:

A los difuntos que no han de comer (que no es a todos), los entierran en el campo; y por guardar el cuerpo de animales que no le desentierren, siembran la sepultura de nopales o hacen un cercadillo, como una gran rueda de molino, de ramas cercadas y espesas con que está seguro. A otros quemaban y la ceniza entierran (De León, 1961).

Así, en Nuevo León parece haber existido tanto la práctica misma del enterramiento como el hábito de ingerir carne humana:

Existía la costumbre de comerse los cuerpos de los parientes muertos, para emparentar con ellos (Romano, 1974:105).

Sin embargo, es probable que su ingestión estuviera regulada por preceptos religiosos, es decir, que la costumbre de comerse a los muertos o beber sus huesos molidos se daban en contextos religiosos, no como parte de la dieta normal.

Romano hace una referencia interesante respecto al sistema de enterramientos en el norte de México y dice que:

se emplearon especialmente las cuevas naturales para enterrar a los muertos (*op. cit.*:104).

En la cueva de La Candelaria:

Los cadáveres, sin excepción, estaban envueltos en mantas de gran tama-

ño, en posición flexionada o fetal. Para mantener la forma del bulto funerario el cadáver era atado con cuerdas que daban la apariencia de una red y se cosían los sitios de cierre o doblez[...] La ofrenda era colocada dentro del bulto (*ibid.*:105).

Sur de Estados Unidos

Específicamente en relación a la presencia de materiales óseos humanos trabajados y obtenidos de contexto arqueológico, tenemos varios ejemplos procedentes de exploraciones realizadas en el estado de Texas.

En 1969 en excavaciones realizadas en el sureste de Texas fueron encontrados huesos humanos alterados deliberadamente; consistían en partes modificadas de húmeros, huesos largos con las terminaciones proximales y distales cortadas y partes de costillas. En el sitio El Pescador, condado de Kleberg, se encontraron 22 artefactos de hueso humano, incluyendo 17 partes de húmeros ("tubos de hueso") (Hester, 1969:326-328).

El caso más representativo es el entierro 11c, que fue producto de las excavaciones realizadas en 1966 en el sitio Floyd Morris en el condado de Cameron en el valle de Texas donde se excavaron un total de 18 entierros.

El entierro 11c se trata de un entierro en bulto, de un adulto masculino que presentaba sinostosis completa de todas las suturas craneanas. Su edad probablemente pasaba de los 40 años. Los huesos largos eran robustos así como la calota y mandíbula. Las anomalías esqueléticas incluían una lesión (engrosamiento cortical sin visible periostitis), cerca del punto medio de la parte medial de la tibia derecha y una leve osteoporosis en la calota cerca del bregma. Se observaron alteraciones

hechas por el hombre en el radio en forma de surcos y fracturas. Además, todos los huesos estaban cubiertos con una sustancia oscura (¿chapopote?) y un pigmento rojo, y había una pequeña área quemada en la fractura proximal del cúbito derecho.

De igual forma, se observaron otros atributos en el material esquelético resultado probablemente de la alteración humana, aunque la evidencia era menos concreta. Los dos voluminosos radios recobrados estaban bien preservados, lo que evidenciaba el medio ambiente inmediato de los entierros, permitiendo la conservación de los huesos de las extremidades. Asimismo, las regiones basal y facial del cráneo no incluían huesos, particularmente los temporales desconociéndose las causas de no preservación.

No se sabe qué tratamiento recibieron esos huesos, pero parece que alguna actividad anterior al entierro provocó la destrucción de la parte más baja y facial del cráneo, así como de los huesos largos de las extremidades. La mandíbula también presentaba alteración *postmortem*, que indicaba actividad humana intencional. Todos los dientes, excepto las raíces del segundo premolar derecho y el primer molar, habían sido extraídos y no había evidencia de reabsorción alveolar. El alvéolo anterior del premolar izquierdo al segundo premolar fue destruido al remover una gran sección del hueso: *antemortem* la depresión resultante había sido excavada así como los cortes en sesgo. La causa de esta alteración de la mandíbula es incierta; puede haber sido congénita o puede haber ocurrido durante la excavación. La superficie alterada en apariencia era más reciente que el resto del hueso, pero no tanto como otros dos huesos rotos al momento de la excavación (Collins, 1969:131).

Coloniales

“Consumada la Conquista y realizada la evangelización, los feligreses cristianos hicieron regir sus prácticas funerarias de acuerdo a su culto y ante la necesidad de asignar un lugar para enterrar a sus muertos, decidieron hacerlo dentro de las propias iglesias que se construyeron en esa época” (Márquez, 1984:45).

El cadáver era amortajado vistiéndosele con sus mejores galas o envolviéndolo en un petate, para depositarlo finalmente en un ataúd de madera. Debía pagarse cierta cantidad por derechos parroquiales. Los entierros se efectuaban haciendo fosas en el piso y registrando el lugar en un libro, mediante una numeración.

Entre un sinnúmero de testamentos que se cuentan en el Ramo Civil del Archivo Municipal de Monterrey, el siguiente ilustra ampliamente las prácticas referidas. Con fecha 8 de noviembre de 1634, Juan López, vecino de la ciudad de Monterrey, del Nuevo Reyno de León manda en su testamento:

que si su Divina Magestad fuere servido de llevarme de esta enfermedad mi cuerpo sea sepultado en la iglesia del monasterio del señor San Francisco desta ciudad en la sepultura que mis albaceas les pareciere, y si fuere hora de celebrar el día que falleciere se me diga una misa cantada y ofrendada como es costumbre a la voluntad de dichos albaceas y acompañen mi cuerpo el guardián y sacerdotes que se allaron presentes y si hubiere avitto de el ceráfico San Francisco por la debocion que le e tenido y tengo me amortajen mi cuerpo con él y paguese la limosna y si no fuere ora de missa se me diga luego otro día y se pague la limosna acostumbrada haciéndome equidad.²

² Se escribe el texto paleografiado de manera textual (Archivo Municipal de Monte-

Las Calaveras, Doctor Arroyo, Nuevo León

Desafortunadamente, los restos encontrados en la cueva de Las Calaveras han sido producto de saqueo, por lo que se desconoce si fueron “primarios” o “secundarios”, o bien, si para su inhumación “los cadáveres fueron enterrados o depositados en alguna posición en particular” (Romano, 1974: 86). Lo que sí es evidente es el contexto religioso en que fueron efectuados y probablemente, la presencia de cortes en los materiales óseos se hallen asociados a prácticas de carácter ritual.

No obstante, con la información que fue posible obtener mediante la inspección del lugar y la recolección de algunos materiales óseos, los entierros son ubicados en el tipo “indirectos” al estar localizados en “cuevas, grutas o cavernas naturales” (*ibid.*:86). Además, los restos no mostraban relación anatómica adecuada sino que quedaron agrupados de manera irregular, por lo que quedan clasificados como “enterramientos secundarios” (*ibid.*:89).

Por último, cabe aclarar que los enterramientos pudieron haber sido de un solo individuo o de varios, o bien puede tratarse de inhumaciones simultáneas, pero esto podría ser únicamente comprobado mediante excavación arqueológica.

Conclusiones

No obstante que por el momento la investigación interdisciplinaria acerca de la población aborigen del noreste es todavía incipiente, cabe indicar que desde el punto de vista histórico y an-

reyy, Ramo Civil, vol. IV, legajo 2 [1638], exp. 14).

tropológico, nos encontramos ante un hallazgo relevante vinculado a sistemas de enterramiento en el sur de Nuevo León no reportado en fuentes documentales.

La exploración de una bocamina similar en un municipio próximo al que aquí hemos hecho referencia,³ y algunos informes⁴ en torno a la existencia de otras más en los municipios de Mier y Noriega y Galeana, nos colocan ante un producto de la aculturación originada por la migración de diversos grupos al sur del estado, provenientes de Hidalgo, Querétaro y Guanajuato, zonas de importante explotación agrícola y cría de ganados, además de intenso mestizaje.

A partir de 1635 comienzan a entrar ovejas al Nuevo Reino de León, y al paso del tiempo, los inmensos pastizales se convirtieron en vastas áreas de huizaches, retamas, mezquites y nopales; estas haciendas de ganado eran escoltadas por gente armada y por pastores —entre 60 y 100—, a pie y a caballo, siendo estos indios “laboriosos”, negros, mulatos, coyotes o zambos, acompañados de sus mujeres e hijos. Sin embargo, se sabe que el ganado era constantemente diezmado por los continuos robos y matanzas que de ellos hacían los indios naturales.

Además “un alto porcentaje de los procesos penales que guarda el Archivo Municipal de Monterrey se refieren a muertes de pastores a manos de los indios” (Del Hoyo, 1979).

Estas migraciones, que comenzaban en noviembre y terminaban en mayo,

no sólo beneficiaron la economía minera, agrícola y ganadera del Nuevo Reino, sino que impactaron costumbres y tradiciones de los antiguos pobladores. Por ello aunque como se mencionó en el testamento de un vecino de la ciudad de Monterrey, la costumbre generalizada era el enterramiento en cementerios dentro de las iglesias, hacia el sur de Nuevo León donde la transhumancia de ganados fue intensiva y continua, la inhumación de pastores indios y negros fue común en bocaminas —que son numerosas—, ya que simultáneamente la minería aunque no constituyó un emporio, fue una actividad fomentada durante la época colonial, con la que se logró atraer mayor afluencia de pobladores al Nuevo Reino.

Las probables causas de muerte de estos pastores debieron ser, además de las provocadas a manos de los indios, epidemias frecuentes de viruelas, gripe, tuberculosis, tifo, enfermedades intestinales y venéreas, padecimientos que no solamente afectaron a estos grupos sino que causaron la extinción casi total de las bandas nómadas del estado.

Finalmente, cabe suponer que en otro momento, los esqueletos fueron exhumados y sometidos a prácticas apoyadas posiblemente en supersticiones y creencias que tuvieron su origen en ritos indígenas o africanos que se mezclaron con creencias católicas.

Bibliografía

Anderson, A.E., “Costumbres funerarias del Delta del Río Grande”, en *Bulletin of the Texas Archaeological Society*, vol. 40, 1969.
 Brothwell, D.R., *Desenterrando huesos*, México, FCE, 1987.
 Cavazos Garza, Israel, “Matehuala, jurisdicción del Nuevo Reino de León

(1638-1718)”, en *Humanitas* 14, Monterrey, UANL, 1973.

- , “La misión de San Pablo de los Labradores (hoy ciudad de Galeana, N.L.)”, en *Humanitas* 20, Monterrey, UANL, 1979.
 Collins, Michael B., “Two Phistoric Cemetery Sites in the lower Rio Grande Valle of Texas”, Part I. The Floyo Morris Site. A Prehistoric Cemetery Site in Cameron County, Texas, en *Bulletin of the Texas Archaeological Society*, vol. 40, 1969.
 De León, Alonso, “Relación y discursos del descubrimiento, población y pacificación de este Nuevo Reino de León: temperamento y calidad de la tierra”, en *Historia de Nuevo León, con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México*, México, Biblioteca de Nuevo León, Gobierno del Estado de Nuevo León, CEA/UANL, 1961.
 Del Hoyo, Eugenio, *Esclavitud y encomiendas de indios en el Nuevo Reino de León*, S. XVI-XVII, Monterrey, AGENL, 1985.
 —, *Historia del Nuevo Reino de León (1577-1723)*, Monterrey, Editorial Al Voleo, ITESSEM, 1979.
 Faulhaber, Johanna, “El mestizaje durante la época colonial en México”, en *Antropología física, época moderna y contemporánea*, México, SEP-INAH, 1976, pp. 71-119.
 Garza Garza, José, José Alberto Garza Leal y Araceli Rivera E., *Identificación forense de restos óseos humanos por medio de métodos antropométricos*, Monterrey, XIV Congreso Nacional de Investigación Biomédica, Facultad de Medicina, UANL, 1996.
 Gómez Danés, Pedro, “Negros y mulatos en el Nuevo Reino de León 1600-1795”, en *Serie Orgullosamente Bárbaros* 19, Monterrey, Nuevo León, AGENL, 1996.
 Hester, Thomas Roy, “Two Phistoric Cemetery Sites in the lower Rio Grande Valle of Texas”, Part II. Additional Materials from the Ayala Site, a Prehispanic Cemetery Site in the Hidalgo Country, Texas, en *Bulle-*

³ Las Calaveras, municipio de Mier y Noriega, Nuevo León: Arturo Romano Pacheco, *Informe sobre materiales arqueológicos procedente de la Cueva de Las Calaveras, ejido La Cardona, Municipio de Mier y Noriega, Estado de Nuevo León*, México, DAF-INAH, 1996.

⁴ Comunicación personal con el profesor Roberto Puente Galindo y ejidatarios.

tin of the Texas Archaeological Society, vol. 40, 1969.

—, “Artefactos de huesos humanos del sureste de Texas”, en *American Antiquity*, vol. 34, núm. 3, 1969, pp. 326-328.

Jaén Esquivel, María Teresa, “Algunas características físicas de la población prehispánica en México”, en *Antropología física, época prehispánica*, vol. 3, México, SEP-INAH, 1974a, pp. 113-135.

—, “Osteopatología”, en *Antropología física, época prehispánica*, vol. 3, México, SEP-INAH, 1974b, pp. 153-178.

López Alonso, Sergio, “La alimentación en el México prehispánico”, en *Antropología física, época prehispánica*, vol. 3, México, SEP-INAH, 1974, pp. 137-152.

Márquez Morfín, Lourdes, *Sociedad colonial y enfermedad*, México, INAH, (Científica, 136), 1984.

Rivera Estrada, Araceli, “Rito y ceremonial de las unidades bioculturales en Balcón de Moctezuma, Tamaulipas”, conferencia presentada en la Mesa Redonda *La Arqueología en Tamaulipas*, en II Festival Cultural en la Costa del Seno Mexicano, Ciudad Victoria, Tamaulipas, 1989.

—, “Panorama general de la arqueología en el sur de Nuevo León: cueva de la zona de derrumbes”, en *Orgullosamente Bárbaros 4*, Monterrey, Nuevo León, AGENL, 1995a.

—, “Rito y Ceremonial de las unidades bio-culturales en Balcón de Moctezuma, Tamaulipas, *SOCIOTAM*, vol. V, núm. 1, Ciudad Victoria, Tamaulipas, UAT-UNAM, 1995b.

—, Proyecto de investigación registro y catalogación de sitios arqueológicos en el extremo sur de Nuevo León”, Informe Técnico 1996, Centro INAH Nuevo León/Archivo Técnico INAH, 1997.

Romano Pacheco, Arturo, “Sistema de enterramientos”, en *Antropología física, época prehispánica*, vol. 3, México, SEP-INAH, 1974a, pp. 53-112.

Vizcaya, Isidro, “Composición étnica de la población de Nuevo León a la Consumación de la Independencia”, en *Humanitas*, 10, Monterrey, UANL, 1969.

Ignacio Guzmán Betancourt

Ramón Arzápalo Marín y Yolanda Lastra (comps.)

Vitalidad e influencia de las lenguas indígenas en Latinoamérica

México, IIA, UNAM, 1995, 599 pp.

La presencia de Morris Swadesh, lingüista norteamericano, fue sin lugar a dudas determinante para el desarrollo de la lingüística moderna en nuestro país, en particular para la lingüística llamada antropológica, es decir, la especializada en el estudio de las lenguas indígenas habladas en el territorio mexicano.

En efecto, se puede afirmar que desde su primer y breve ingreso a México, entre 1939 y 1941, invitado por el gobierno mexicano para participar en la I Asamblea de Filólogos y Lingüistas y para hacerse cargo de la ejecución de un proyecto de política lingüística, su vasta preparación, así como la brillantez, novedad y originalidad de sus ideas en torno de los hechos lingüísticos, había causado honda impresión entre los cultivadores de la lingüística indigenista, y despertado múltiples inquietudes en los investigadores de las culturas autóctonas. Sin embargo, una influencia más profunda habría de ejercer el pensamiento de este sabio excepcional a raíz de su segunda estadía prolongada en el país de 1956 al 20 de julio de 1967, fecha en que le sorprendió la muerte en plena y fecunda actividad intelectual. Fue invitado por el Instituto Nacional Indigenista para ocuparse de la preparación y asesoría de programas para la educación de diversos grupos indígenas, y otras instituciones nacionales aprovecharon

sus vastos conocimientos y experiencias referentes a arduos problemas lingüísticos y, en general, antropológicos. La Universidad Nacional y la Escuela Nacional de Antropología e Historia se beneficiaron ampliamente con sus enseñanzas al ofrecerle, la primera, un puesto de investigador en la sección de lingüística del entonces Instituto de Historia y, la segunda, numerosos cursos de distintas materias en la especialidad de lingüística.

Portavoz y a la vez representante de primer orden de la escuela lingüística estadounidense, Swadesh no solamente contribuyó a difundir en nuestro medio académico y científico las teorías y métodos de Sapir, Bloomfield, Boas, Kroeber y otros connotados lingüistas-antropólogos de aquel tiempo, sino también divulgó sus propias ideas, planteamientos y soluciones a las más variadas cuestiones lingüísticas. Puede afirmarse que la década que Swadesh vivió en México, la última de su existencia, fue uno de los periodos más activos y fructíferos de su vida, como lo prueba no sólo su abundante y original producción bibliográfica fechada en ese lapso, sino también la pervivencia de sus doctrinas y enseñanzas tanto en los investigadores que él formó en las instituciones en donde impartió cursos, como en los discípulos de éstos. No resulta exagerado ni oportunista afirmar que, directa o indirectamente,

tamente, muchos de los lingüistas que hoy día trabajamos en ese campo nos hemos beneficiado con sus enseñanzas, e incluso disfrutamos de las condiciones que él contribuyó a fomentar para el desarrollo y práctica de la lingüística científica en México.

Por ello, en 1987, y seguramente con motivo de su vigésimo aniversario luctuoso, un grupo de investigadores del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, encabezado por el doctor Daniel Cazés —quien había sido su alumno en la ENAH— tuvo la buena idea de organizar el primer coloquio con el nombre y en honor del inolvidable maestro.

Tres años más tarde, en 1990, otro grupo de investigadores del mismo instituto, dirigido esta vez por los doctores Ramón Arzápalo y Yolanda Lastra, emprenden y llevan a feliz término la organización del segundo coloquio llamado “Mauricio Swadesh”, el cual se efectuó con intensas sesiones de trabajo durante la primera semana de octubre de dicho año. La temática general de este coloquio giró en torno a las nociones de “Vitalidad e influencia de las lenguas indígenas en Latinoamérica”.

El segundo de los coloquios Swadesh tiene sobre su antecesor una ventaja insoslayable: la publicación de un volumen que reúne, por una parte, la gran mayoría de los textos presentados por sus autores con el carácter privilegiado de ponencias plenarias y, por otra, una buena cantidad de textos correspondientes a las ponencias libres.

La memoria del II Coloquio Mauricio Swadesh, publicada por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, es un libro de amplias dimensiones, no sólo en lo que respecta al tamaño del formato y al volumen resultante de sus bien colmadas páginas, sino sobre todo en lo que se refie-

re a los alcances del variado contenido que encierra.

Coordinado por dos investigadores de reconocida trayectoria académica, Ramón Arzápalo y Yolanda Lastra, el presente libro lleva el expresivo título que sirviera como *leitmotiv* de la segunda edición del coloquio: *Vitalidad e influencia de las lenguas indígenas en Latinoamérica*, nombre que, como veremos más adelante, no concuerda de manera rigurosa con las delimitaciones lingüística y geográfica que anuncia.

La obra está dividida en dos partes principales: la primera comprende 15 de las 16 ponencias plenarias que fueron leídas en el coloquio, y ocupan nada menos que las primeras 253 páginas; la segunda parte la integran 29 de los 76 trabajos que, según indican los compiladores en la introducción, se presentaron en calidad de ponencias libres. Estos últimos textos ocupan las restantes páginas del tomo y están ordenadas de acuerdo con los campos metodológicos en los que se inscriben las investigaciones: 1) Teoría lingüística, lingüística histórica e historia de la lingüística; 2) Lingüística descriptiva y tipología; 3) Semántica; 4) Etnolingüística y sociolingüística; 5) Lingüística y otras disciplinas.

Cabe señalar que aunque esta distribución no se efectúa de manera explícita en los textos del primer grupo, es decir, los correspondientes a las plenarias, los temas que se tratan en ellas se ajustan en términos generales a los campos mencionados.

Ahora bien, hace un momento mencioné el no estricto apego de los trabajos a la temática central del coloquio, que fue justamente sobre “Vitalidad e influencia de las lenguas indígenas en Latinoamérica”, pues según se observa en la publicación, hay varios estudios que, por un lado, se sitúan fuera del ámbito lingüístico de Latinoamé-

rica, como son algunas investigaciones que abordan lenguas indígenas de Estados Unidos; y, por otro, estudios que versan sobre lenguas no indígenas como el español, francés, latín, etcétera. Esto, desde luego, no me parece una anomalía seria ni una incongruencia censurable; por el contrario, lo interpreto como un recurso de sana apertura hacia otros dominios lingüísticos y geográficos y, también, como un legítimo deseo de conocer y aprovechar los planteamientos y soluciones que se practican en otras áreas de nuestra ciencia. Si he mencionado este hecho, ha sido sólo con la intención de destacar el valor y la riqueza de esta obra.

Los editores del volumen me han encomendado formular algunos comentarios acerca de los estudios que integran la primera parte. En primer lugar, me parece conveniente señalar el esfuerzo que hicieron los organizadores del II Coloquio Swadesh por lograr la participación de un número considerable de investigadores, tanto nacionales como extranjeros, de reconocida trayectoria académica, para depositar en ellos la responsabilidad de dictar las comunicaciones plenarias del evento. De este modo, en esta sección encontramos trabajos provenientes de especialistas cuyos nombres nos son familiares y académicamente muy respetables: Bernard Comrie, Hans-Heinrich Lieb, Yakov Malkiel, Beatriz Garza Cuarón, Emilia Ferreiro, Josefina García, Susana Cuevas, entre otros.

Indiscutiblemente esta cautelosa y atinada selección de los expositores magistrales se tradujo en el alto nivel científico que sobresalen en la gran mayoría de los quince estudios que, de algún modo, fungen como cartas de presentación del volumen. En todos ellos se aprecia el afán por presentar los hechos estudiados con sumo rigor metodológico y sin perder de vista los fundamen-

tos teóricos subyacentes en cada una de las exposiciones. Conscientes de que sus ideas y planteamientos van dirigidos a especialistas de varios campos de la lingüística e incluso de otras disciplinas, sobresale su empeño por tornar asequibles a la mayoría, las arduas y complejas cuestiones que cada uno maneja. Algunos de ellos exponen valiosas aportaciones acerca del desarrollo histórico de los problemas que estudian, y otros tienen cuidado en explicar el significado de los conceptos y términos propios de las teorías que sustentan sus investigaciones. Asimismo, no está por demás mencionar, entre los múltiples méritos que poseen estos trabajos, las aportaciones bibliográficas que por lo general incluyen los autores en sus respectivos estudios. Esto, desde luego, permite no solamente orientar en el campo a eventuales investigadores interesados en informarse aún más de ciertas cuestiones o problemas, sino ofrecer la posibilidad de situar las investigaciones en el ambiente académico en el que se desarrollan.

Ahora bien, entre los textos de las plenarias que por distintas razones despertaron más mi interés como lector e investigador, menciono en primer término a aquellos que abordan asuntos que la lingüística actual tiende inexplicablemente a marginar, como es el estudio de los procesos de adquisición de la escritura, el análisis semiótico de escrituras antiguas, la evaluación de las relaciones entre la lingüística y disciplinas tradicionales como la retórica clásica, la importancia de la lingüística para el estudio de problemas epis-

temológicos y, por último, la aplicación de métodos y técnicas lingüísticas en proyectos tan especializados como los que intentan producir, con fines eminentemente prácticos, habla sintética de calidad aceptable. Esta serie de cuestiones es tratada por los expertos Emilia Ferreiro, Gordon Brotherston, Helena Beristáin, José Luis Díaz y Maricela Amador.

Por lo que respecta a otros trabajos, también llamaron mi atención el instructivo y ameno repaso que efectúa Jakov Malkiel respecto a las nociones de "cultismo" y "semicultismo", ilustrado con ejemplos provenientes de lenguas romances y otros idiomas europeos; el bien documentado trabajo de Beatriz Garza Cuarón acerca de las "Políticas lingüísticas en el siglo XIX mexicano", así como los aleccionadores estudios "Sobre predicados, argumentos y la predicación" de Ramón Arzápalo y "El sistema de posesión en amuzgo" de Susana Cuevas.

Ahora bien, creo honesto de mi parte agregar que, tanto en algunos de los trabajos mencionados como en otros hasta ahora no aludidos, tropecé con algunas dificultades para seguir el hilo de las exposiciones, y esto no porque los autores expusieran sus temas torpe o defectuosamente, sino debido a mi alejamiento de los campos, cuestiones y problemas que en ellas se tratan. Sin embargo, esto no me impide reconocer y ponderar el valor y la importancia de todos estos trabajos. Así, por ejemplo, el estudio de Bernard Comrie sobre "La forma inversa: contribución de las lenguas indígenas americanas a

la tipología lingüística" (ilustrado con ejemplos tomados de lenguas algonquinas); el de Hans-Heinrich Lieb acerca de la "Rección, valencia, y el concepto de palabra" (ilustrado con ejemplos del latín y del ojibwa); el de Shana Poplack referente a "La variación en el modo verbal al modo variacionista" que se basa en el análisis del peculiar francés hablado en una comunidad de Ottawa, Canadá.

Todas estas opciones teóricas y metodológicas, toda esta pluralidad de enfoques, planteamientos y solución específica de problemas lingüísticos que encierra esta obra, pueden servir de modelo y guía para investigaciones que se realicen en México y en otros lugares acerca de lenguas indígenas y no indígenas.

En resumen, el volumen puede considerarse no sólo como la simple (que no es tan simple) recopilación de muchos de los trabajos que se presentaron en el II Coloquio Swadesh, sino más bien como una muestra valiosísima e insustituible del quehacer lingüístico efectuado por investigadores mexicanos y de otras partes del mundo en estas últimas décadas del siglo XX.

Ojalá que todas estas experiencias sirvan también para motivar a otras personas a comprometerse en la organización del III Coloquio Mauricio Swadesh, y entregar un testimonio tan valioso como este volumen coordinado por Ramón Arzápalo y Yolanda Lastra. Recordemos que en este año, 1999, se cumplen 32 años de la muerte de este insigne maestro, pilar de nuestra moderna lingüística.

Sergio Tamayo Flores

Amparo Sevilla
Flor de Asfalto.
Las expresiones culturales del
Movimiento Urbano Popular
 México, INAH (Científica, 379), 1998, 159 pp.

Este libro trata acerca de la historiografía del movimiento social en México a finales de los años sesentas y en los ochentas; que remueve de los escombros neoliberales el pensamiento estructuralista de entonces, desde Manuel Castells y Jordi Borja hasta Ramírez Sáiz y Pedro Moctezuma. También rescata la dimensión cultural para abordar el estudio de los movimientos sociales, rompiendo con el mismo Castells y rehabilitando a Simmel, Wirth y Park, el fundamento del interaccionismo simbólico a quienes vincula con Krotz, Nivón y Massolo. Más adelante expone claramente al lector la heterogeneidad cultural de la base social del movimiento y se detiene después en las contradicciones de las prácticas de género al interior del movimiento. Después de atravesar este puente epistemológico, que recorre momentos diversos de reflexión académica y política, se ubica [el libro] en la construcción de identidades a la que relaciona con las reivindicaciones de aquellos colonos ubicados en la esfera del consumo y les cuestiona a ellos su posición o ausencia de posición clasista. Además concluye con un excelente capítulo acerca de la semiótica de la comunicación popular, escrito seguramente entre la segunda y tercera etapa intelectual de Amparo.

El libro es polémico en sí mismo porque reivindica al movimiento urbano como él mismo lo definía en los

ochentas. Un movimiento es, dice Castells en su reciente libro sobre la era informacional, lo que él mismo dice que es. Habría que decir que Castells también transformó su propio pensamiento que fue de un estructuralismo economista en los sesentas, a una revisión de la significación social del espacio urbano en los ochentas, a la perspectiva de la ciudad global, dual e informacional de los noventas. Amparo, por su parte, hace un recorrido historiográfico donde cuestiona en cada capítulo los planteamientos teóricos y argumentativos de diversos periodos.

¿Es el Movimiento Urbano Popular una acción colectiva de obreros y desempleados que esperan en la reserva ser contratados en las fábricas de una ciudad, definida a su vez como industrial y entendida en un monismo con respecto a la urbanización acelerada, caótica, tremendista y característica del capitalismo? ¿Sus demandas se ubican claramente al Movimiento Urbano Popular (MUP) como un movimiento clasista y lo diferencian teóricamente de los movimientos sociales urbanos? ¿De dónde provenían esas definiciones? ¿A partir de qué elementos objetivos y subjetivos, como Amparo señala, fue posible argumentar al MUP de esa manera?

La maestra Sevilla aclara que en su participación política desde 1980 en la Unión de Colonos, Inquilinos y Solicitantes de Vivienda "Libertad",

llamada como grito de lucha "Canaña", había un cierto sesgo que a veces se inclinaba hacia posiciones más ideológicas y otras veces a una necesidad intelectual, académica, de entender con todas sus contradicciones el momento complejísimo de la construcción identitaria.

También en el capítulo dos, el tratamiento del libro es a través de una revisión historiográfica, pero ahora ubicada en la dimensión cultural, que se desgarró de la premonición estructuralista de definir a como diera lugar al MUP como clasista, ese proceso de conversión objetiva e ideológica que desde Engels nos habían hecho pensar que la proletarianización del campesinado, el paso de la cultura rural a la urbana, de la tradición a la modernización, era un paso obligado por las determinaciones de la economía política y que lo demás tendría que llegar por su propio pie. ¿O más bien la ruptura entre el campo y la ciudad se reflejaban en una ruptura urbana y rural?, ¿entre migraciones de ciudades a ciudades?, ¿de movimientos internos de barrios a colonias, del centro a la periferia?

Una evidencia, en todo caso, si a rupturas se refiere, es la ruptura de la vida cotidiana de muchas mujeres que decidieron participar en el movimiento. Me pregunto ¿por qué algunas decidieron participar y otras no?, ¿por qué algunas participaron más que otras?,

¿por qué, incluso, algunas no concluyeron el proceso de colectivización?, ¿acaso por frustración y desánimo al no alcanzar las expectativas culturales planteadas desde su origen?

Estas preguntas tienen que ver con una aproximación metodológica que Amparo rescata desde la perspectiva de la vida cotidiana. Combina entrevistas a profundidad con referencias comparables de otros movimientos parecidos en experiencias ideológicas y políticas como San Miguel Teotongo o el CDP de Durango. Esto permite, por un lado, diferenciar la ansiedad de los líderes, con la visión de los cuadros medios y la brecha cultural e ideológica con las bases sociales del movimiento o de la organización. Por otro lado, permite hacer una crítica constructiva de los obstáculos culturales a los que las mujeres se enfrentan al interior del movimiento, contra aquellos mecanismos inhibitorios tanto de hombres como de mujeres hacia las mujeres que participan. Los líderes más cautos les dirían "feministas pequeñoburguesas", los cuadros medios y muchos y muchas desde la base llegarían a decirles "las locas", "las putas", "las chismosas".

Habría mayores obstáculos y más densos mecanismos inhibitorios, diría, si compramos la división cultural del trabajo al interior del movimiento feminista, propiamente dicho, en el cual, durante los ochentas, las militantes feministas del movimiento popular eran techadas por otras feministas como "las popularicas". Y más aún, la contradicción se reduce si pensásemos en todas aquellas mujeres que al no verse cubiertas sus expectativas entran en procesos de frustración, repliegue y vuelven a la normalidad no únicamente institucional, sino a su vida cotidiana anterior, aceptando pasivamente, otra vez, los golpes del marido y la violencia intrafamiliar. Poco se ha dicho de

estos procesos, comentados en una metáfora por Francesco Alberoni en su libro *Movimiento e institución*, y después en otro intitulado *Enamoramiento y amor*. Movimiento y enamoramiento es una misma situación de efervescencia, exhalación de energías, transgresión de institucionalidades, de la vida cotidiana, pues. El movimiento es el espacio donde nada es previsible, todo es incierto, y la identidad de la pareja o del grupo se fusiona hasta la diferenciación individual. Al contrario, la vida cotidiana, o la vuelta a la institucionalidad, es una esfera de lo previsible, de la monotonía, de la reglamentación y la rutina, de la memoria, de las tradiciones y las costumbres.

Pero el enamoramiento puede devenir en amor, como el movimiento en institución. O el enamoramiento puede degenerar en desamor y hasta en frustración y odio. Así pasa análogamente con el movimiento social y sería una interesante veta de análisis.

No en vano, en el movimiento hay una necesidad de crear todo de nuevo, la lectura de la historia cambia, la significación de los hitos y los emblemas se contraponen a la creación de nuevos puntos de referencia cultural, todas ellas expresiones simbólicas a las que hace referencia la autora en el capítulo cinco de este libro. El análisis semiótico de los signos, los símbolos y la significación cultural de los medios de comunicación popular son muy prometedores. Amparo, en la introducción, nos dice que el estudio semiótico se había enfocado en el análisis del logotipo de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (CONAMUP). Debido a que primero leí la introducción, pensé que no únicamente la imagen institucional de la Coordinadora debía ser objeto de análisis semiológico, sino también otros lenguajes, como el oral, el impreso, el

emblemático, el caporal, el de la vestimenta. Afortunadamente para mí, y para los lectores el estudio aborda todas estas manifestaciones.

La vía oral, la apropiación de un lenguaje propio, es mezcla de la retórica de los líderes, marxista, revolucionaria, proletaria, con el del tipo popular, el trabajador o desempleado de la periferia. Pero está también el lenguaje propio de la vestimenta, a la que no se hace referencia, pero que sutilmente identifica, a veces tan ingenuamente, a los líderes y los aparta de las bases: botas mineras; *jeans*; camisa de franela a cuadros; morral de cuero, de yute o de lana; cabellos largos; barba, si se puede, y un periódico, el *Unomásuno* o *La Jornada*, después, enrollado y metido hasta la mitad en el morral que cuelga del hombro izquierdo. Las mujeres por su parte, también de *jeans* y camisa a cuadros o faldas amplias tipo hindú, huaraches o botas mineras, blusas amplias, rebozo y morral de lana o de cuero. Mientras tanto, la base social usa "terlenka", zapatos de vestir corrientes, o de tacón si son mujeres trabajadoras, o mandil si son amas de casa, camisa lisa, generalmente blanca y por supuesto, no usan morral ni nada parecido.

Las imágenes y palabras impresas en carteles, pancartas, mantas, boletines, folletos, también mostrarán la visión de la élite dirigente del movimiento que busca identificarse con su verdadera base. Un ejemplo que se expone en este libro: "Iztapalapa crece y progresa", que rezaba en una pinta de la delegación, y a la que se añade clandestinamente: "con la Conamup". La imaginación de dirigentes y cuadros medios es muy importante para establecer la necesaria vinculación con la opinión pública. El movimiento, dicen algunos teóricos, necesita persuadir: ésa es la tarea fundamental de cualquier organización; si no lo

logra, su futuro es ciertamente el fracaso.

El nombre de los boletines muestra una necesidad de referirse a aquellos términos que le han dado un sentido a su lucha: *El marro y la cuña*, *La faena*, *El lagartijo*, *El impopular*, *Bordo*, *La toma*, nombres que se vinculan con experiencias, referentes cotidianos o sucesos colectivos que evocan la historia colectiva del movimiento.

Este capítulo es la síntesis de *Flor de asfalto*, o de las centenas de flores que surgen de la negritud de la ciudad y que Amparo ha podido delinear adecuadamente. Queda únicamente hacer referencia a algunos aspectos metodológicos. ¿Por qué analizar los movimientos sociales desde el ámbito de la cultura? En primer lugar, porque la cultura, como dice la autora, es una red de esquemas que definen al individuo y con la que éste define al mundo y a sí mismo. Las acciones colectivas no son reflejos mecánicos de la indignación social. Son resultado de reflexiones y razonamientos múltiples edificados por experiencias culturales, posiciones sociales de los individuos en la estructura laboral, formas de interacción simbólica entre individuos, etcétera, elementos que le dan sentido a la acción social, situaciones mezcladas de cultura y política, economía y personalidad. ¿Por qué y cómo los individuos deciden participar y ser partícipes de la construcción de una acción colectiva? ¿Cuáles son los mecanismos o mediaciones que atan una con otra las determinaciones objetivas y los procesos cargados de simbolismos y subjetividades? ¿Cómo saber que las crisis estructurales desatan movimientos cargados de energías liberadas? ¿Cómo comprender la manera en que diferentes experiencias enfrentan y resuelven de distinta manera las crisis, los conflictos y la alteridad?

Una forma es observando los procesos desde la dimensión cultural, sin que eso signifique renunciar a las otras dimensiones de la política y la economía. No obstante, el capítulo uno nos recuerda fríamente la mecánica traducción del marxismo sobre el rugiente Movimiento Urbano Popular, por lo que su importancia estriba en no olvidar las condiciones objetivas de la acción colectiva. De otra manera caeríamos en una posición ingenua de pensar que es lo cultural, únicamente, sin otras mediaciones como la lucha por el poder y las posiciones políticas, lo que define las estrategias sociales. Por eso es fundamental tomar en cuenta la participación de organizaciones políticas, del PRI en el movimiento popular, por supuesto; pero también de la izquierda y durante los años setentas y ochentas de la OIR-LM, MRP, ACNR, ULR, ORPC, PRT, CS, LOM.

Este movimiento plagado de líderes pertenecientes principalmente a la clase media ilustrada pudo desarrollarse en lo social, político y cultural por esa relación intrínseca con los partidos políticos. Melucci y Touraine pueden tener mucha razón en definir ciertas características de los llamados nuevos movimientos sociales, pero no en cuanto a la autonomía e independencia de tales movimientos de cualquier partido político. La participación y la emergencia de partidos políticos en la posmodernidad es una necesidad estructural, ya lo vimos con la fatídica experiencia de la votación por los consejos vecinales en el Distrito Federal. ¿Quién va a votar por la planilla uno? ¿Qué dice, significa o representa la planilla uno de la colonia Portales? Nada absolutamente. Por ello, los movimientos por naturaleza están ligados a las prácticas de los partidos políticos, ya sea en forma abierta, como en algunas organizaciones del PRD, ya sea

en forma directa, mediante la presencia de dirigentes centrales que al mismo tiempo son militantes de partidos políticos, ya sea de manera indirecta, en donde las organizaciones políticas se sumergen en los movimientos, y parecen no existir y estar fusionados, artificialmente con el llamado "pueblo", como fue el caso de la OIR o es el caso actual de la organización política Uníos.

Las pretensiones de Amparo han podido ser cubiertas en un importante acercamiento a la cultura política de algunas organizaciones del movimiento social. Ella dice en una parte de la introducción que sus pretensiones como antropóloga de ser traductora del mundo simbólico del movimiento se estrellaron con las primeras concepciones románticas de pueblo. Se estrellaron, así se supondría, por el enfrentamiento no resuelto entre la propia cultura de investigador distante o distinta a la cultura del sujeto colectivo a quien se examina. Esto es muy importante decirlo porque muestra, en primer lugar una honestidad intelectual y pone en debate las limitaciones de la etnografía urbana, que, por su parte, pueden ser resueltas si se les reconoce. Se confrontan, en efecto tres culturas, aquella del que se estudia, aquella del o de la que estudia y una que proviene de la propia trayectoria de la teoría social. ¿Cómo evitar el etnocentrismo? O al revés: ¿Cómo evitar la identidad con el sujeto que se estudia, que pueda llevar a hacer una apología sesgada cultural, política e ideológicamente?

La respuesta, por supuesto relativizada, es asumir que existe una relación-tensión entre el sujeto y el investigador; relación y a su vez tensión entre la proximidad y el distanciamiento, la cercanía cotidiana primero y el alejamiento empírico después. Eso es lo que vivió la autora cuando nos ha-

bla en este libro de sus facetas dinámicas que le permitieron vivir intensas experiencias, mientras que en otros momentos fue capaz de realizar profundas reflexiones que la llenaban, de por sí, de confusiones y rupturas, como dice bien, epistemológicas. Creo que Amparo pudo insertarse en la contradicción y salir airosa, negoció siempre estos dos momentos, intercambió identidades mediante la interacción con el sujeto de estudio que la hizo pasar de ser forastera primero, a ser experta después.

Este libro trata de cómo un movimiento social puede entenderse como una expresión de la cultura política; y de cómo la cultura política busca una ruptura de largo plazo con respecto a la enorme heterogeneidad en la conciencia de los individuos, del temor por el enorme control social, de la desconfianza a la participación política y de la enorme pasividad individualista, es decir, un rompimiento con la vida cotidiana. Para ello vincula conceptos de género, significaciones emotivas de las prácticas sociales y la construcción de identidades colectivas. Es un libro que llena y a su vez abre líneas importantes de investigación: las contradicciones de género en los movimientos sociales; la importancia de definir a los actores y a los sujetos sociales, revolucionarios o no, clasistas o heterogéneos; las alianzas políticas; y finalmente la necesidad de realizar estudios de etnografía urbana enfocados a entender los procesos de construcción identitaria. Un libro que, digo yo con toda franqueza, debe estar en todas nuestras bibliotecas privadas y públicas.

Las mujeres muertas durante el parto eran equivalencia de los guerreros muertos en el campo de batalla. E iban a un paraíso llamado Cincalco (De *cintli*, maíz; *calli*, casa; *co*, en). Se las representaba con sólo una faja y una serpiente atada a la cintura. Durante el velorio eran escoltadas para evitar que los futuros guerreros previeran su buen augurio arrancándoles un brazo. Ya en el paraíso se volvían diosas: Cihuateteo (*cihua*, mujer; *teotl*, dios; prefijo *te* duplicado para el plural). Estas diosas, con garras en los pies, bajaban de noche y eran muy temidas de mujeres y niños.



CIHUATETEO

Divina esencia mi nombre de mujer
 mi corazón es muerte, que te ofrezco;
 mi diadema es de cráneos
 hay calaveras en mi basamento.
 Por eso te detengo:
 amarga vida no avances más conmigo.
 Espantable en las noches
 ante niños y hembras
 aunque venga de Cincalco
 aunque venga de la Casa del Sustento
 muero venciendo;
 cuida por eso
 que no arranquen mi brazo los muchachos.
 Me fui pechos al viento
 atada en la cintura llevaba una serpiente.

Luis Barjau

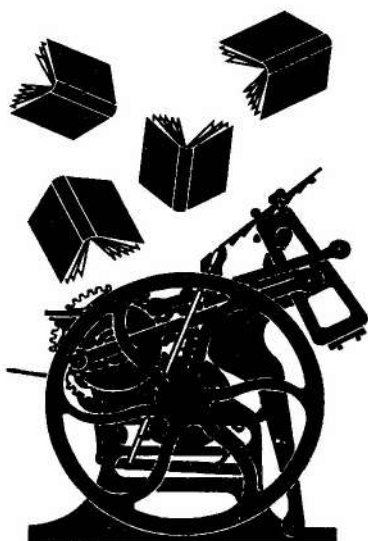
Estímulos a la CREACIÓN ARTÍSTICA

Una guía completa y actualizada sobre las distintas opciones que existen en México para el apoyo a los artistas

Los programas de apoyo a la creación artística, siendo de invaluable importancia para la comunidad creativa mexicana, requieren ser difundidos para cumplir su objetivo a cabalidad. Con tal propósito, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Regional se ha propuesto editar, de manera anual, el libro *Estímulos a la creación artística 1999*. Aquí se incluyen los apoyos otorgados tanto por instituciones federales como estatales, municipales, centros de educación superior empresas privadas y agrupaciones civiles.

Esta edición incluye un total de 457 estímulos divididos en las siguientes disciplinas:

- antropología e historia • artes plásticas y visuales
 - arte y medios de comunicación • cine y video
- cultura infantil y juvenil • culturas populares • danza
 - literatura • música • producción editorial • teatro



XI • F E R I A E X P O S I C I Ó N D E L • L I B R O • D E A N T R O P O L O G Í A E • H I S T O R I A • 1 9 9 9

Sesenta años por el patrimonio cultural de México

del 14 al 24 de octubre 1999

MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

Reforma y Gandhi, Chapultepec, México, D.F.

Libros • CD ROM • Música • Cine • Videos
Fotos • Carteles • Juegos • Cuentacuentos
Exposiciones • Danza • Talleres infantiles • Cursos
Presentaciones de libros • Conferencias magistrales

MARTES 19 descuentos especiales a:
académicos, investigadores y estudiantes

Entrada Libre



CONACULTA • INAH

Para mayor información comunicarse a los teléfonos 5207 4559 y 5207 4573

L I B R O S



ANOS POR EL
PATRIMONIO
CULTURAL DE
MÉXICO
1939-1999
I N A H